

LAS MUJERES CUENTAN

LAS MUJERES CUENTAN

VII CONCURS LITERARI DE NARRATIVA PER A DONES



GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL





CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL
Consellera
Hble. Sra. D^a Alicia de Miguel García

Diseño de Portada
Efectiva
Coordinación y Maquetación
Devicienti Servicios Gráficos

Impresión
IVADIS

Primera edición: marzo, 2007
©de los textos: las autoras
©de la presente edición: Generalitat Valenciana, 2007

ISBN: 978-84-482-4659-4
Depósito Legal: V-1896-2007

SUMARI

Pròleg	9
<i>Igualdad sin letra pequeña.</i>	
Anna Gimeno Berbegal	11
1r premi	
<i>Las sombras del horizonte.</i> Llum Quiñonero Hernández	23
Accèssit Associacions	
<i>Rostros de mujer.</i> María E. Martínez Iglesias	39
Accèssit Lliure	
<i>Venas que esconden aire.</i> María Isabel Castells Valle	47
Finalistes	
<i>Desde el más allá.</i> María Albiar García	55
<i>La nit de Penèlope.</i> Eva María Albiol González	61
<i>Un gratat d'arròs.</i> Estrella Alvarado Cortés	65
<i>La Vicenta y Mari Pau.</i> Antonia Bueno Mingallón	81
<i>Calidad de vida.</i> María África Camillada Huerta	89

<i>¿Yo?</i> . Olga Cuesta Núñez	95
<i>Tacto sin límite</i> . Ana Fernández de Córdoba	101
<i>La pelota en la mano</i> . Rosa María Gascón Ruiz de Azagra	107
<i>A eso de las cinco</i> . Lola Hernández Francés	115
<i>Aislado</i> . Ángeles Hernández Poveda	123
<i>Librería</i> . Ángela Izquierdo Zaragoza	127
<i>De matinada</i> . María Amparo Julià Burgos	143
<i>Maricela in red</i> . Rocío Macho Ronco	149
<i>Viure sense tu</i> . Rocío Macho Ronco	157
<i>Isabel y las piedras</i> . Mado Martínez Muñóz	163
<i>Juegos iniciáticos</i> . Pura Martorell Ortells	177
<i>Por rebosamiento</i> . María José Moreno Vázquez	193
<i>¿Cuántas horas duerme una madre?</i>	
Miren Edurne Mugarra Soldevila	201
<i>L'amic</i> . Carmen Rufino Vell	209
<i>Ja ho saps</i> . Núria Vizcarro Boix	235

Bajo el título genérico *Las mujeres cuentan*, la Generalitat, a través de la Conselleria de Bienestar Social, edita anualmente un volumen que recopila los relatos ganadores y finalistas del concurso literario de narrativa para mujeres de la Comunitat que convocamos año tras año, desde hace ya siete.

La vitalidad de las mujeres de nuestra tierra se refleja en la acogida de estos volúmenes, que ha ido mucho más allá de lo que esperaba la Biblioteca de la Mujer de la Conselleria de Bienestar Social cuando lanzó esta iniciativa hace ya unos años. Este certamen para mujeres escritoras no profesionales ha ido creciendo en número de obras candidatas, en calidad y en interés entre las asociaciones y las mujeres, y constituye una pieza más en la construcción de la sociedad cada vez más equitativa que queremos.

Al recoger no sólo los relatos ganadores y finalistas, sino una amplia selección de obras presentadas, ésta es una publicación única en España. En concursos similares en proyección y resultados no suele plantearse una difusión tan extensa a las narraciones pero nosotros hemos querido desde el principio dar a conocer un conjunto representativo de literatura amateur femenina de nuestro tiempo, porque cuando se trata de promoción de la mujer y de lucha por el reconocimiento de su igualdad, la comunicación y la visibilidad son claves.

Los relatos de *Las mujeres cuentan* forman un todo singular, un espejo de la creatividad de las valencianas, abiertas a todas las tendencias, sensibilidades, modas y estilos. Un ejemplo del empuje de las mujeres para hacer oír su voz literaria, romper esquemas, salir de su anonimato y hacerse presentes en el mundo de la cultura.

Desde nuestra responsabilidad pública, seguiremos con todo entusiasmo al frente de esta iniciativa, con la seguridad de que entre todos conseguiremos que el placer de la lectura y escritura sea una espléndida realidad sin ninguna clase de distinción de género.

Alicia de Miguel García
Consellera de Bienestar Social

| GUALDAD SIN LETRA PEQUEÑA

Anna Gimeno

Con bastante frecuencia, cuando las mujeres *cuentan*, las cosas comienzan a cambiar. Y esto ocurre fundamentalmente por una razón, porque una nueva mirada, una perspectiva distinta, se incorpora a las decisiones. La contribución de las mujeres a la literatura, a la economía y a la política, entre otros ámbitos, ha sido una realidad en mayor o menor medida siempre y, pese a ello, su existencia ha sido silenciada, se le ha negado el espacio que merecía en la Historia y se le ha privado de visibilidad y reconocimiento social. Resulta por ello especialmente destacable una iniciativa cuyo objeto principal es que las mujeres cuenten, que se hagan visibles y que dispongan de un espacio más para expresarse y darse a conocer, porque aún es necesario.

Tanto la convocatoria de LAS MUJERES CUENTAN como los textos de sus participantes, además del valor que tienen por sí mismos, son valiosos por lo que significan como parte de una larga historia que comenzó hace muchísimos años, cuyas prime-

ras páginas quedaron en blanco porque a las mujeres no les estaba permitido *contar*.

Con los premios de LAS MUJERES CUENTAN, las autoras celebran haber escrito una historia, haber ganado un premio con ella y la posibilidad de ver publicado su texto, y este hecho tiene, como apuntaba, no solo el valor que le corresponde por sí mismo sino además el de ser un nuevo eslabón de un largo y costoso proceso que tiene mucho que ver con la visibilidad de las mujeres y que si bien ha avanzado un importantísimo trecho, no ha concluido todavía.

A lo largo de la Historia, las mujeres hemos encontrado muchas dificultades para escribir pero aún así lo hemos hecho y por muchas razones, quizá la más importante ha sido la de hacernos visibles, reconocernos, reafirmarnos y quebrar el silencio al que históricamente hemos estado condenadas.

Es significativo que los tres relatos que han sido galardonados en esta edición estén escritos en primera persona, porque muchas mujeres lo hacen así, sobre todo en sus primeras obras y porque tenemos aún muchas cosas que decir. La escritora Isabel-Clara Simó me explicó en una entrevista su personal interpretación sobre ello: que las mujeres, decía, tenemos aún muchas cosas que contar sobre nosotras mismas y es posible que insistamos en la primera persona aún durante mucho tiempo, hasta que todo aquello que nos han obligado a silenciar salga a la luz.

Cuando Elisa Sanchis me propuso participar en el acto de entrega de premios de LAS MUJERES CUENTAN, varias casualidades coincidieron. Era un momento en que me encontraba preparando un reportaje acerca de las últimas investigaciones publicadas en Valencia sobre mujeres y trabajaba también con mujeres en un proyecto sobre la recuperación de la historia oral en el barrio de Benimaclet.

En esos días, parapetada en la mesa del despacho tras una montaña de libros, descubrí a Olimpia de Gouges y su desatendida historia y comencé a profundizar en todo lo que me había perdido sobre lo que han contado las mujeres en la Historia.

Olimpia fue una mujer que encontró a su paso muchas dificultades para escribir y publicar sus escritos y que pese a ello, entre otros muchos textos, en el año 1791, escribió la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, porque consideró que la Declaración de los Derechos del Hombre, pese a su pretendida universalidad y racionalidad era una declaración restrictiva por no incluir a las mujeres.

A Olimpia, a pesar de ser una pensadora política de primer orden y una escritora comprometida, resulta difícil encontrarla en nuestros libros de Historia. Les invito, de hecho, a que intenten hallarla en el capítulo de la Revolución Francesa de cualquier libro escolar de Historia Contemporánea. Afortunadamente, un libro prologado por Oliva Blanco¹, cuenta cómo Olimpia de Gouges fue acusada por sus detractores de ser prostituta y analfabeta. También hubo hombres que con especial petulancia se atrevieron a afirmar, sin reconocer entre su público a la propia víctima de sus insultos, que habían recibido los favores sexuales de Olimpia a cambio de escribir para ella algún que otro texto político.

Esta mujer, conocida también por su belleza y por atreverse a decir en público lo que otras mujeres sólo manifestaban en privado, se apasionó por los asuntos más comprometidos, y en sus escritos abogó contra la esclavitud, defendió a los más débiles y humildes, escribió contra la entrada forzosa en religión de muchas mujeres, publicó textos a favor del divorcio y del amor libre 150 años antes de que lo hiciera Simone de Beauvoir, propuso la creación de un impuesto sobre el lujo (que ella misma se adelantó a pagar para dar ejemplo) para sufragar casas de acogida para ancianos, niños abandonados y madres solteras, reivindicó el

¹ *Escritos políticos. Olimpia de Gouges*. Prólogo de Oliva Blanco. Institució Alfons el Magnànim. Diputació de València. 2005.

reconocimiento de los hijos fuera del matrimonio y la participación política de las mujeres, entre otros derechos que hoy, una vez conquistados, nos parecen irrenunciables.

Y aunque la historiografía ha reducido prácticamente el papel de las mujeres en la Revolución Francesa a su participación en motines relacionados con el precio del pan, en realidad las revolucionarias hicieron suyo el discurso de la provocadora Olimpia, participaron intensamente en actividades políticas, estuvieron presentes en la toma de la Bastilla y plasmaron sus reivindicaciones en los *Cuadernos de quejas*, con el propósito de hacerse oír ante los representantes de los Estados Generales.

En la misma época, Mary Wollstonecraft rebatió una a una las posiciones discriminatorias que sostenía el famoso y celebrado Rousseau con su Contrato Social, en el que las mujeres no estaban incluidas como ciudadanas con derechos políticos. Y, de nuevo, fue Olimpia de Gouges la que superando a Rousseau propuso incluso un nuevo Contrato Social entre el hombre y la mujer que regulara de un modo igualitario las relaciones entre ambos sexos.

Advertida Olimpia de que había ido demasiado lejos y antes de retirarse a la campaña francesa, escribió un testamento político con especial ironía. Fue denunciada por su propio impresor y, paradoja cruel de la Historia, en la Plaza de la Revolución, presidida por la estatua de la libertad, Olimpia de Gouges fue guillotinaada.

Desgraciadamente, las falacias sobre las mujeres todavía no han terminado aunque nos encontremos en el siglo XXI, a más de doscientos años de distancia de estos hechos. Aún hoy, nos vemos obligadas a exigir a los que se hacen llamar expertos, mayor precisión y justicia en sus palabras. Historiadores, sociólogos, columnistas de reconocido prestigio, profesores, comparten el tópico, por citar un caso, de señalar, por ejemplo, el siglo XX como el momento en que se produjo la incorporación de la mujer al trabajo.

Lo dicen con esas palabras, como si la mujer hasta ese momento nunca hubiera trabajado, cuando las primeras manos que sembraron la tierra y facilitaron la agricultura fueron de una mujer. Partiendo de esa base, imagínense los años que llevamos trabajando, eso sí, y puede que ahí estribe la diferencia de interpretación de algunos investigadores, se trataba de un trabajo casi siempre sin contrato, sin seguridad social y sobre todo sin remuneración. Y a eso, los mismos expertos que al tratarse del caso de un hombre lo llaman explotación laboral, cuando es el caso de una mujer, simplemente no lo consideran ni trabajo.

Pero volviendo a las dificultades con las que se han enfrentado las mujeres para escribir y a los relatos premiados que se publican en este volumen, pienso en esas historias que millones de mujeres jamás han podido contar y en lo importante que es precisamente que se cumpla lo que reza el título de este concurso, que LAS MUJERES CUENTEN, y es importante que *cuenten* en dos sentidos, en que sean tomadas en consideración y en que puedan relatar lo que sienten, lo que observan, lo que analizan, lo que hacen, lo que denuncian, lo que inventan, lo que sueñan... porque han sido demasiados siglos de silencio, intentando levantar la voz contra viento y marea frente a un muro de imposiciones para que se colara al menos un susurro entre las grietas de un sistema patriarcal.

Un concurso de narrativa de mujeres en el siglo XXI puede parecer algo poco extraordinario, sin especial singularidad, pero, como decía al principio, es importante observarlo desde la perspectiva del lugar que este concurso ocupa en la historia de silencios de las mujeres. He querido imaginarme el rostro de felicidad de Olimpia de Gouges si alguien le hubiera dado la oportunidad de presentar sus escritos a un concurso organizado ex profeso para las mujeres o si hubiese tenido la oportunidad de publicar sus textos sin la amenaza de represalias.

De alguna forma cuando las mujeres que podemos escribir hoy lo hacemos, somos un eslabón más de una cadena que existe porque hubo otras mujeres que muy atrás allanaron el camino. Y de alguna manera, cada nuevo texto escrito por una mujer es un homenaje a todas aquellas que no tuvieron la oportunidad de hacerlo o no las dejaron.

En la obra *Historia de las Mujeres en España y Latinoamérica*², dirigida por la historiadora valenciana, Isabel Morant, se pueden encontrar numerosos ejemplos. En el siglo XVI fue precisamente una religiosa, Teresa de Jesús, la que abrió para las mujeres una de esas grietas a través de la cual colar algunos susurros, una posibilidad de expresarse mediante la escritura, usando la pluma ellas mismas o dictando a terceros. Como imitación de la autobiografía espiritual escrita por la santa, se permitió que las mujeres escribieran, pero solo por mandato de sus confesores, por supuesto varones, y exclusivamente sobre su vida espiritual. Pero lo que inicialmente pretendió ser un instrumento de control, acabó en cierto modo autorizando a las mujeres como portavoces de sí mismas, aunque fuera de forma vigilada y bajo censura, para escribir sobre todo aquello que tenía que ver con su experiencia personal y su espiritualidad primero, y poco a poco también con otras experiencias, cada vez menos espirituales.

Con el tiempo, las autoridades ilustradas consideraron que estos textos, sus autoras y sus lectoras eran cada vez más extravagantes y que superaban los límites del buen gusto y este género desapareció. Pero algunas mujeres, pese a las dificultades, encontraron nuevos modos de expresarse y de aprender. A Cecilia de Sà, como a otras muchas mujeres del siglo XVI, su padre le prohibió expresamente aprender a leer y a escribir, pero Cecilia se las ingenió para contravenirle sustituyendo la pluma por la aguja y el papel por la tela. De hecho en aquella época una almohadilla de bordar podía acabar siendo una pequeña biblioteca. En el

² *Historia de las Mujeres en España y América Latina*. Isabel Morant (Dir.) Ediciones Cátedra. 2005. Madrid

trabajo dirigido por Morant, se cuenta que muchos de los libros poseídos por las vallisoletanas del siglo XVI se encontraban mezclados con hilos y telas en arcas y cofrecillos.

En aquella época, en 1545 exactamente, Juan Luis Vives defendió que las mujeres aprendieran a leer de igual modo que los hombres, explicando que privar del conocimiento de las letras a un género y al otro sería como desarmar un soldado y dejarlo entre enemigos. El planteamiento, no crean que era para que las mujeres conocieran mejor el mundo en el que vivían y adquirieran recursos para ser más libres, para ser más conscientes y más dueñas de sí mismas. El debate solo perseguía, como otros muchos debates sociales y políticos que los hombres han sostenido sobre las mujeres sin las mujeres, discernir si para la práctica religiosa, para educar a los hijos y para llevar una casa, era conveniente que las mujeres supieran leer y escribir.

En aquellos momentos, realmente la lectura y la escritura, que se aprendían por separado, tenían para hombres y mujeres un valor más bien instrumental. Pero esto que parece muy lejano, hace ya casi 500 años, no lo es tanto, ya que hoy en día aún existe alguna generación viva de mujeres que fueron educadas de manera diferente a los hombres, para la práctica religiosa, el cuidado de los hijos y el gobierno de la casa.

Un siglo después de que Vives defendiera la alfabetización para todos, aún hubo mujeres perseguidas por la Inquisición a causa de sus escritos y textos de mujeres incorporados al Índice de Libros Prohibidos. En aquella época y hasta no hace demasiado tiempo la ignorancia de la escritura era considerada consustancial a la condición femenina. Ha habido no pocos autores dedicados a descalificar a las mujeres que escribían e incluso quienes aseguraron que una mujer escribiendo significaba, entre otras cosas, un peligro para la paz del espíritu y un signo de la decadencia de los tiempos.

Las ideas sobre la inferioridad de las mujeres se esgrimieron inicialmente desde la religión, pero en la Ilustración estas teorías ya no podían sostenerse y la superioridad masculina tuvo que ser fundamentada de nuevo. Si nuestra inferioridad había sido originariamente presentada como de origen divino, después la naturaleza pasó a ser la culpable.

Como explica Arantxa Bea en su ensayo sobre la discriminación de las mujeres³, gran parte de las ideas de las que se ha nutrido el discurso misógino, que todavía está presente en nuestra sociedad, tiene su origen en aquella época, en la Ilustración. Renombrados filósofos, como Hegel, Schopenhauer o Kierkegaard, se encargaron de argumentar las teorías que concedían a la mujer una naturaleza inferior al hombre.

También en esos momentos hubo mujeres que escribieron y que expresaron ideas contrarias a estos pensadores pero sus teorías han sido olvidadas o más bien desterradas de la historia del pensamiento occidental.

Con el Romanticismo no nos fue mejor a las mujeres. Los románticos, al mismo tiempo que construyeron la ficción de una mujer ideal, dejaron a las mujeres reales sin poder ejercer su autonomía, negándoles su individualidad.

Es evidente que a lo largo de la historia los hombres han tenido un miedo inmenso a la igualdad y a sus consecuencias, pero también es evidente que pese a ello las mujeres, aún desprovistas de instrumentos, han encontrado formas de expresarse y de buscar su propia individualidad. A lo largo de la historia las mujeres se las han ingeniado para escribir y leer libros, para publicarlos, editarlos y venderlos. Y como muestra basta el ejemplo que apunta en un reciente estudio Fernando Bouza⁴: la primera edición del Quijote salió de una imprenta propiedad de una mujer, María Rodríguez de Rivalde.

³ *La xiqueta que volia ser*. Claus per entendre el món. Entendre la discriminació de les dones. Arantxa Bea. Edicions del Bullent. Desembre de 2004. Picanya. València.

⁴ "Memorias de la lectura y la escritura de las mujeres en el Siglo de Oro", de Fernando Bouza en *Historia de las Mujeres en España y América Latina*. El Mundo Moderno. Volumen II. Isabel Morant (Dir.). *Ob. cit.*

No solo es importante, es imprescindible que existan certámenes como éste, porque las mujeres tenemos aún mucho que contar y necesitamos cauces solventes para difundir nuestro pensamiento y saldar así una deuda histórica pendiente.

El hecho de que se publiquen en este libro los relatos premiados es una muestra de que el camino avanzado por las mujeres en su propio beneficio es importante. Pero el hecho de contar con ello y de vernos en un entorno radicalmente distinto al que pudieron conocer las mujeres que nos precedieron, no ha de ocultar que las mujeres seguimos reivindicando igualdad con respecto a los hombres porque aún no podemos decir que la hayamos conseguido. Es más, incluso todavía es común pensar en la igualdad como si ésta sólo fuera a beneficiarnos a nosotras, algo incierto e injusto porque precisamente muchos derechos que hoy disfrutamos y entendemos como imprescindibles y muchos aspectos que han mejorado la calidad de vida de todos, son conquistas civiles de las mujeres, que no han sido reconocidas como tales.

Ha sido importante que las mujeres *contáran*, es necesario que las mujeres *cuenten* y más necesario todavía que las mujeres sigan *contando* porque la Igualdad, ese contrato entre hombres y mujeres, que más allá de lo que proponía Rousseau, defendió Olimpia de Gouges, no puede seguir conservando una "letra pequeña".

Es necesario un nuevo contrato social, y esta vez sin trampas, para que las mujeres cuenten de verdad, porque nuestro contrato vigente aún conserva una "letra pequeña" que dice, por ejemplo, que las mujeres españolas jóvenes en la actualidad son la generación más preparada de nuestra historia y sin embargo siguen siendo los hombres los que ocupan en mayor medida los puestos de responsabilidad. También la letra pequeña del contrato dice que las mujeres seguimos cobrando menos que los hombres por realizar las mismas tareas, que la mujer se ocupa mayoritariamente de la responsabilidad y la ejecución de las tareas domésticas, del

cuidado de los enfermos y ancianos de la familia y de los hijos y que dos de cada tres analfabetos adultos del mundo son mujeres, lo que significa que cerca de 600 millones de mujeres aún hoy no pueden leer ni escribir. No es éste el lugar para extenderse sobre los casos de violencia de género, pero sí para recordar que el 70% de las personas que viven en la extrema pobreza en el mundo son mujeres.

No está todo dicho, ni todo escrito y las mujeres han de *contar* con mayúsculas, como hace la ganadora de esta edición cuando habla en su relato sobre la importancia de la memoria, de las historias propias, de arrojar luz sobre lo que hemos sido y sobre los lugares de dónde venimos.

Las mujeres tenemos que *contar* para encontrar lo que somos y, sobre todo, para afirmar lo que queremos ser.

1r PREMI

L AS SOMBRAS DEL HORIZONTE

Llum Quiñonero Hernández

Río Chico, Barlovento, Venezuela,
24 de junio de 2005.

Querida Luisa:

No sé por dónde abordar mi carta. Llevo un rato escribiendo y borrando para empezar otra vez. Tengo rabia, Luisa, mucha rabia.

Es el día de San Juan y los tambores suenan sin cesar desde hace días; así celebran la llegada del verano caribeño estas gentes descendientes de esclavos y esclavas de África. ¿En qué lugar de su cuerpo guardan la memoria de ese dolor inabarcable?

Su tronar me acompaña, acompasa mi respiración y siento como retumban dentro de mi propio cuerpo abotargado; a su compás golpean mi corazón y mi memoria se une con la de ellos, como si la música hilvanara los vacíos y sosegara mi dolor.

¡Hay tantas cosas que me gustaría conocer para explicarte lo que yo todavía no comprendo!

Ahora solo sé nombrar mi propia confusión.

Que vaya por delante lo que más te concierne: no voy a volver, no al menos por ahora; ni siquiera me importa malograr mi carrera. Tal vez te esté perdiendo a ti también pero ahora no sé cómo evitarlo. ¿Acaso está en mi mano que tú me entiendas? Ni siquiera yo sé bien quien soy ¿cómo me atrevo entonces a pedirte a ti que me comprendas?

Las emociones se me amontonan en los dedos con los que busco cada letra, no es fácil ponerle nombre a lo que me está sucediendo.

Dejar Bruselas fue un descanso, necesitaba volver a casa y sentía que mi hogar no estaba en ninguna de las ciudades que había recorrido en las últimas dos décadas. Menos en esa capital gris, llena de funcionarios transparentes. ¿Dónde está mi hogar? No lo sé, Luisa, no lo sé. Pensé que lo nuestro podía funcionar ¿estaba equivocada? Ahora solo tengo preguntas, cada vez más preguntas.

Cuando te dije que necesitaba viajar a Venezuela lo juzgaste, me lo dijiste, como otra ventolera más de las mías, como si fuera una excusa para alejarme de tu lado. ¡No fui capaz de transmitirte mi necesidad, tal vez porque era tan mía que no podía ser compartida! Mi necesidad no era alejarme de ti sino acercarme a mi misma. No es lo mismo, aunque entiendo que para ti tenía las mismas consecuencias.

¿Por dónde empezar?

Pasé el último año sin separarme de Lola; a pesar de las protestas de todos, también de las tuyas, sentía, sin que ella me lo hubiera pedido, que se lo debía, pero sobre todo me lo debía a mi misma. Acompañarla durante los últimos meses de su vida, era una necesidad, por penosa que me resultara. En realidad, se convirtió en mi mejor viaje, aunque nadie más que yo lo entendiera así. Pero eso es otro asunto que ahora no viene al caso.

Lola fue siempre como mi abuela, tal vez fue como mi madre, no sé. De niña, me pedía que la llamara yaya pero mi madre me decía que ella no era mi yaya que la llamara Lola. Algo había entre ellas que las convertía en irreconciliables; si una decía dulce, la otra opinaba que salado. Discutían por todo, también por mí, en un querre querre que no las permitía estar en paz.

En realidad Lola lo fue todo para mí, un todo lleno de amarguras que nunca entendí. Conforme pasaba los años lejos de ella, aumentaba en mi interior una congoja, un pesar al que no podía ponerle nombre. ¡Cuántas veces lo hemos hablado tú y yo!

Las últimas semanas, Lola casi no tenía fuerzas pero balbuceaba nombres de personas desconocidas; jamás me habló de su pasado, ni supe nunca de su vida más que vaguedades; siempre guardó silencio, como si no hubiera tenido más existencia que la que yo conocía; sus horas de silencio triste mientras cosía, su mirada perdida mientras rezaba. Pero muchas, muchas veces la sorprendí llorando sin que nunca me explicara el motivo.

Durante mis noches de insomnio a su lado, repetía un nombre, el de Esperanza. Y hablaba como si el rencor y la rudeza de siempre la hubieran abandonado.

¿Quién era Esperanza?

-¿Quién es Esperanza, Lola?

-No sé, no sé, estoy muy cansada, -me contestaba- y me miraba como si viera algo que no era yo.

Una tarde que parecía menos debilitada dijo que me debía algo, que había una persona que me deseaba conocer. Me pidió que la perdonara. Yo no sabía si deliraba o si dar crédito a sus palabras. Me dijo entonces lo mucho que me quería, lo mucho que también quiso a mi madre:

-Pero yo no quería que fueras como ella, yo no quería que te fueras, tú eras mi niña, mi niña -me repetía.

Era la primera vez que yo sentía que me estaba hablando de ella misma.

Se había quedado tan delgada que a penas me costaba moverla ni cambiarle las sábanas, ni lavarle el cuerpo entero, convertido casi en una pluma dolorida. Se quería morir. Me lastimaba verla acabarse, perderla; pero con 90 años, la vida se le iba. Sentía que el vigor que me había entregado, sus tostadas con aceite y sal, sus cientos de cuentos, sus regañinas, los vestidos que de niña me cosía, los remiendos de mis sábanas, sus sopas de ajo, todo eso formaba parte de lo mejor de mí misma, aunque nunca me dijera que me quería. ¿Cómo permitir que justo en el momento de su debilidad se fuera sola a morir entre desconocidos? Me quedé con ella en el pequeño apartamento de La Albufereta, aquel piso que logró comprar después de cuidar la portería durante veinticinco años. Aquel horizonte inalcanzable frente al que yo crecí sin saber que más allá había otros mares y otras orillas que me miraban.

Le había dicho tantas veces, siendo niña, que ella no era quien

para mandarme, la había rechazado en tantas ocasiones, que necesitaba quitarme de encima esa furia doblegada, ese encono que nacía en sus palabras repetidas una y otra vez cuando me reñía porque me negaba a obedecerla.

-¡¡Eres como tu madre!!, -me repetía.

He pasado la vida con un pesar grande metido en el cuerpo, algo parecido al abandono al que no se le da nombre. En cada relación que he iniciado sentía el terror de una pérdida amenazante que se acababa produciendo.

Pasar de los cuarenta me ha servido para aceptar que todo tiene un precio pero que yo puedo elegir mi forma de vivir si estoy dispuesta a pagarlo. ¡Me gustaría tanto que me comprendieras!

Ahora sé por qué fui con ella sin que me lo pidiera pero hace un año solo respondía a un deseo que me salía del alma: despedirme de Lola, acompañarla en la soledad de su propia muerte, suavizar mi dolor de perderla; como si estando a su lado, le alargara la vida, como si tuviera la posibilidad de postergar mi propia orfandad, aligerar el desconsuelo anónimo que siempre me ha acompañado. Como si con ella, pudiera acercarme a mi misma.

De pequeña, mi madre me decía que la quería más a Lola que a ella; tal vez sea verdad. Pasaba meses sin dar señales de vida y yo con Lola, en la portería de aquellos apartamentos de la playa, sin más familia que nosotras.

Mamá estaba fuera y punto.

-Mira, mañaca, tu madre está trabajando y su trabajo está lejos.

En el cole decían que yo no tenía madre antes incluso de que eso fuera verdad. Escuchaba risitas que no entendía y me peleaba a patadas con más de una de mi clase. Algunas no me hablaban y nunca supe porqué. Pensaba que era porque no tenía padre. ¿Era por eso? ¿Y a mí para qué me hacía falta un padre?

-¿A qué se dedica tu mamá? -me preguntó un día una estúpida de mi clase. No sabía porqué pero la agarré de los pelos y no la solté hasta que la monja nos separó; yo fui la castigada sin recreo durante todo un mes. Nunca le conté a Lola lo ocurrido, ni tampoco a mi madre. Era una niña y sin saber, sabía. Del oficio de mi madre nadie hablaba.

Lola me decía que mi mamá era representante de calzado y que iba por toda España vendiendo zapatos. Al acostarme, me susurraba historias de cenicientas que lucían sus zapatos. ¿Era eso cierto? Pero un día no volvió; no volvió viva. Yo tenía ocho años.

¿Qué edad es buena para perder a la madre? Había sido un accidente, su coche se salió de la carretera, me dijeron. Recuerdo que Lola vino a buscarme al colegio vestida de negro, dijo que mi mamá se había ido al cielo; para mí fue como otro más de sus viajes, entonces casi no sentí que la había perdido. Crecí con Lola como mi única familia y con el horizonte inmenso del mar como interlocutor. Pasaba horas mirando la nada azul, como si esperara una respuesta a preguntas que no sabía formular.

Mi vida entonces no cambió. Durante meses Lola lloraba y yo lloraba al verla triste; después, nada. Por mucho que intentara saber detalles, Lola no me explicaba nada; el dolor no se menta; el pasado no existe, me decía, hay que mirar ara adelante, siempre para adelante. En mi carnet de identidad constaba como hija natural, sin padre conocido, me habían dicho las monjas en el colegio.

A los veinte años me fui de casa; primero, a trabajar y a estudiar a Madrid y después, de ciudad en ciudad, como si lo que necesitaba estuviera siempre en otro lugar. Varias veces al año, volvía a Alicante, a estar con Lola, a ver de nuevo el horizonte azul que añoraba.

Hasta que me llamaron un día porque Lola estaba muy grave, hospitalizada, no me di cuenta del terror que me producía la posibilidad de perderla. Yo que hacía veinte años que me había ido de casa, sentí que necesitaba acompañarla, como si para ser quien soy la precisara a ella, su cercanía, sus olores, su mirada; sin saberlo, necesitaba sobre todo sus secretos.

Cuando Lola murió no supe quien yacía en aquella cama; como si se hubiera hecho visible algo que llevara conmigo desde siempre, sentí urgencia por averiguar lo que nunca me había contado. Como si su silencio me llamara a gritos.

¿De que valía que te explicara que antes de que llegaran los de la funeraria yo había revuelto sus armarios como si por fin me hubiera dado permiso para hacerlo? ¿Cómo hacerte entender que cuando encontré las fotos metidas en un doble fondo de su pequeña maleta sentí que estaba delante de un tesoro caliente y luminoso?

Tú insistías, vuelve a Bruselas. Pero yo tenía otras necesidades, una corriente me empujaba a vencer el miedo, a perseguir una incertidumbre que salía de mi corazón y de mis tripas.

Fue entonces cuando encontré las cartas, las fotos, la dirección de Barlovento, en Venezuela. De todas las fotos, había una con la imagen de dos mujeres jóvenes y radiantes.

No daba crédito a lo que tenía delante: una de ellas era Lola ¿Quién era la miliciana? Leí las cartas como quien encuentra agua en un desierto tras jornadas de travesía. La otra era Esperanza. Y tenía una carta de ella fechada tres años atrás. Esperanza le contaba sobre la muerte de su compañero, sobre el miedo a la soledad total que se cernía sobre ella. Le decía también a que no se resignaba a morir sin conocerme.

Estaba muerta sobre la cama y sentía que cobraba vida, como si ahora me empujará a descubrir lo que siempre había guardado para ella.

Ese algo, Luisa, ese algo es el nombre de mi abuela; ahora lo sé. Mi abuela, la madre de mi madre está viva, se llama Esperanza. Era ella la miliciana de la foto.

Casi no puedo dormir desde que he llegado a este país. No sólo por el calor arrollador de esta zona ardiente, también porque tengo el corazón que no me cabe en el pecho. Y paso días enteros que no puedo hablar, que sólo tengo ganas de llorar, que voy hasta la playa y camino sin enterarme de las horas que pasan. Y me quedó allí, como si formara parte de este océano solitario, que parece que me calma porque me llena los sentidos, mientras camino por una orilla repleta de vida, de peces que saltan entre la espuma, de multitud de conchas que se quedan entregadas en la arena, entre restos de naufragios antiguos, de algas, de olas que se baten por llegar y por volverse al mar.

Cuando llamé desde España, le dije mi nombre y que quería conocerla; todavía no estaba segura de lo que estaba ocurriendo, ni de lo que buscaba. -Lola ha muerto- Sentí que titubeaba, como si de pronto le faltara la respiración; susurró un sí y su voz pareció salir de otro lugar diferente que su garganta. Le pedí permiso para ir a visitarla.

Fue a esperarme al aeropuerto de Caracas como si en lugar de 90 años tuviera la edad del desconcierto. Allí mismo tiró de mi maleta y trató de ser ella quien la cargara. No sé donde consiguió el dinero para el taxi, creo que lo pidió prestado. Sabe de mí más que yo misma. Dónde he vivido, las comidas que me gustan, las ropas que me pongo... conoce de mis amores con mujeres sin que yo se lo hubiera confesado jamás a Lola; ellas lo sabían. Ellas, las dueñas de todos los secretos, también de los míos.

Todas las preguntas de mi vida las he traído a este encuentro. Todas.

Necesito tiempo; tiempo para charlar, para respirar y dejarle espacio a cada recuerdo; tiempo para llorar, para sacar del pecho esta presión que no me deja respirar. Vine a conocer la historia de Lola y me encuentro con la mía. ¿Qué te parece? Con la mía, con la de mi país, Luisa, con nuestra historia, esa contra la que tú repites, ¡son cosas del pasado!

Es el presente Luisa, mi presente. Aún no puedo entender tanto silencio y ahora soy yo la que siente rencor, y náuseas como si hubiera destapado una caja llena de huevos podridos y no pudiera quitarme su peste de encima.

Necesitaré mucha energía para digerir lo que me cuenta y lo que no quiere decir, lo que yo todavía no puedo oír. No doy crédito a que sea verdad lo que me ocurre.

Dice que durante todos estos años, se sentaba a la orilla de la playa de Río Chico y me hablaba, que hablaba conmigo y también con Lola. Dice que nunca perdió la esperanza de conocerme.

-Mira, tenía razón. Tú has venido hasta mí cuando yo ya casi no puedo conmigo. Hay algo, una fuerza que nos une, una ener-

gía que podemos usar si somos capaces de descubrirla. Yo así lo creo, -me dice.

A veces me levanto con una furia amarga, con el recuerdo de mi madre fijo en mi frente. Esperanza se calla cuando pronuncio su nombre y los ojos se le quedan fijos en ese lugar donde mira como si lo viera todo y luego me abraza como si hubiera salido de un túnel aciago. En ese túnel estoy también yo, Luisa.

Vivo en su pequeña casa con huerta, construida por ella misma y su marido, un polaco que murió va a hacer ahora cuatro años. Me acuesto en una hamaca y paso horas oyendo el rumor del río que pasa a pocos metros para llegar hasta el Atlántico. El calor me agota; hay días que me parece que no puedo seguir hablando con ella porque siento que no me caben más conmociones en el cuerpo. Ella me observa con esos ojos brillantes, llenos de cataratas, que parece que todo lo ven y se calla, como si atravesara un mar de acontecimientos que le pesan.

No logro seguir un hilo de su historia porque ella pasa de un asunto a otro; de una guerra a otra, de una cárcel a otra, de un país a otro. Hasta el momento sólo he logrado saber que estuvo encarcelada en Alicante y después en Albacete y también en Ventas, en Madrid. Que la condenaron a treinta años y que un buen día, la avisaron de que era libre. En el papel que le entregaron venía su nombre pero no coincidían los nombres de sus padres, ni su lugar de nacimiento. Había un error. Le estaban dando una libertad que no le correspondía. ¿Te imaginas? Una libertad que no le correspondía ¡qué paradoja!

Salió de Ventas en 1942 y se fue al encuentro de Lola. Mi madre había nacido en la cárcel. ¿Sabes qué hizo? Proponerle a Lola que la cuidara, Lola que había vuelto a su pueblo, y la

habían paseado después de afeitarse la cabeza para que el pueblo entero supiera que se trataba de una roja. Con eso les valió, a ella no la encerraron porque Lola era la sirvienta de los padres de mi abuela; mi abuela era la militante; ella, su amiga que la enseñó a leer.

Lola salió de Lorca y se fue a un lugar que no la conocieran; ese lugar era Valencia; su único contacto allí era una murciana que había salvado el pellejo gracias a que se había convertido en la amante del jefe de policía; amante y dueña de una casa de citas. La murciana, Rosita, las acogió a las dos. Esperanza tuvo noticias de ellas años después, cuando acabó la guerra europea.

¿Se convirtió Lola en una prostituta? Esperanza no me contesta; no lo sabe o no quiere decírmelo. ¿Quiero yo saberlo? ¿Y qué si lo fue? Tengo miedo, ¿podré con las respuestas?

Mientras, mi abuela salió clandestinamente por los Pirineos. Francia estaba en guerra y llena de republicanos españoles muertos de hambre y de necesidad. No sé cómo sobrevivió, malviviendo en todas partes, compartiendo miserias con sus compañeras anarquistas en París, en Burdeos, en Marsella. Allí, al menos, no la perseguía la policía de Franco.

Hay veces que nos miramos y las dos lloramos a cántaros en silencio, como si las lágrimas fuera la forma de acercarnos.

Esperanza vivió en Francia hasta la muerte de mi madre, esperando un cambio que nunca llegó porque Franco seguía en el poder y consolidaba su dictadura. Había pasado a España, cargada de telas de contrabando, para ver a Lola y a mi madre. Pero en la segunda visita la detuvieron y se libró de nuevo de la cárcel porque dieron por buena su documentación falsa. Al final, su

delito la protegió; la creyeron una estraperlista solamente y no pasó más de diez meses encerrada.

A mi madre, Lola le había dicho que Esperanza estaba muerta.

¿La perdonó Esperanza? Todavía no lo sé.

Luisa: por la noche me quedo mirando el cielo de esta tierra que revienta de vida, de urbanizaciones de lujo protegidas por alambradas y muros y de hombres y mujeres pobres descendientes de esclavos de hace no tanto tiempo. A veces me parece que no hay más sitio en el cielo para tanta estrella y hasta mirarlas me sobrecoge.

Con frecuencia me despierto y creo que estoy metida en un sueño que me parece real. Esperanza es mi abuela. Malvive con una pequeña pensión que le da para poco más que comer frugalmente. Vive sola, como yo, Luisa. Sola.

No voy a volver a Bruselas, no por ahora. No sé todavía dónde está mi hogar. ¿Cómo se averigua semejante cosa? ¿Entiendes lo que me pasa? ¿Lo entiendes?

Haz lo que quieras con mis cosas; ahora nada de todo eso mi interesa; creo que todo me da igual.

¡Esperanza no para de hacerme preguntas! ¿Me atreveré yo a pronunciar las mías?

Le hablo de Lola y le hablo de mi madre. Ella me habla de Francia, de Polonia, de Argentina, de la República traicionada, de la revolución que tocaron con las manos durante la guerra, del precio de aquella libertad. Está llena de angustia y a la vez, me

parece que sigue soñando, ¿cómo es posible con todo el dolor que causaron sus sueños?

Dice que ahora que me conoce ya no se quiere morir, que tiene tantas cosas que hacer conmigo, que le faltará vida aunque viva cien años.

Voy a necesitar tiempo para poner todas las piezas en su sitio. No vuelvas a decirme que vivo en el pasado. Nunca he pisado la tierra con más certeza que ahora que no sé bien quién soy pero ¿sabes Luisa? Siento a ratos un coraje feroz que me hace daño pero que es mío. No sé si lo que tengo es dolor o insensibilidad.

Nunca como ahora he sentido tanta cólera, Luisa; contra Esperanza, contra Lola, contra mi madre y también contra mí misma. A veces creo que es esa furia la que me da fuerza y se traduce en tristeza y luego delante del mar me sosiego y la brisa me ayuda a recordar que son mi historia, a pesar de sus secretos a los que todavía no he renunciado y que me duelen cada vez que me entra aire en los pulmones, ese aire que tantas veces he respirado desde la otra orilla mirando la nada. ¡Hay tantas cosas que no vemos!

Mientras te escribo casi a tientas, a la luz de la luna, siguen trocando los tambores cuando son las doce de la noche y el calor abraza el aire.

Dice Don Quijote que la peor derrota es el desaliento. Me lo ha repetido ella que parece un archivo de chispeantes citas literarias, y que pasa de la desesperanza al entusiasmo como si a la vez fuera una adolescente y una anciana. Cuando se queja de su exilio eterno, pienso en Lola y en mi madre, mi pobre madre desquiciada, ellas que se quedaron en aquella España llena de sombras vivas, mi país.

Esperanza es un caos lleno de vida. Con ella no han podido. Y yo no voy a ser menos porque no quiero irme de Venezuela sin averiguar lo que me corresponde.

Estoy agotada, exhausta pero mañana me gustaría ser capaz de decir lo mismo que Esperanza me ha dicho hoy al despertarme. "Hoy es el día más hermoso de nuestra vida, querido Sancho".

¡Qué absurdo! ¿No te parece?

No tengo más que decirte. Los tambores continúan vibrantes. Siento que soy la mano que aporrea y el cuero golpeado y me dan ganas de saltar y gritar sobre la hoguera.

Con todo mi amor.

Julia

ACCÈSSIT
ASSOCIACIONS

ROSTROS DE MUJER

María E. Martínez Iglesias

*¿Dónde está mi identidad,
en lo que me dejan ser
o en lo que me gustaría ser?*

Hoy he subido al tren antes de que amaneciera, como cada día, para que la noche fuera el cómplice que esconde en mi expresión las huellas de no haber descansado lo suficiente, tampoco hoy. La noche, buena amiga, me permite seguir soñando durante el trayecto y alejar aún un poco el comienzo de la jornada.

Y aún sin abrir del todo los ojos, nada más sentarme me sorprende ver reflejado un rostro de mujer en el cristal de la ventana, que la oscuridad ha convertido en espejo. Veo la imagen de una mujer cansada, cuya expresión delata, hasta hacerla transparente, sus circunstancias. Y sin embargo no dice nada de ella misma, de sus deseos o aspiraciones, de sus sueños. Veo un ros-

tro que afirma sin paliativos que no tiene una vida: es la vida la que la tiene a ella. Y la arrastra o la empuja sin miramientos.

Cada arruga de su cara es como una astilla de tiempo clavada con dolor que remite a su historia y no puedo evitar la tentación de leer ese mensaje, esa denuncia. Porque las arrugas de la frente se le formaron al encogerla por el dolor, cuando éste no podía aguantarse sin gestos. O por la interrogación y el asombro, cuando ella misma no podía entender lo que le estaba pasando, cuando se escandalizaba de su propia vida.

Y sin embargo parece tan sencilla, tan discreta, con tan poco que contar... Como si nunca hubiera sido ella la protagonista. Como si fuera terriblemente consciente de que su historia no puede interesarle a nadie. Porque sus manos no han levantado edificios, ni curado enfermos. Sus manos tienen grietas de detergente y de lejía. De humedad y de frío. Su historia no puede interesarle a nadie porque las comisuras de su boca no tienen nada que contar. No tienen arrugas por la risa, ni por largas e interesantes conversaciones. Son sólo fruto del tiempo.

Quizá haya detrás unos hijos que piden cada vez más, que gastan para unas zapatillas de marca americana o un móvil lo que ella suda en una semana. Unos hijos que nunca le preguntan si está bien, ni le felicitan por su cumpleaños. Quizá haya detrás un marido al que le gusta la comida con un especial punto de sal que casi nunca acierta, y que sólo se muestra cercano cuando ve el fútbol en el sofá en el mismo pequeño comedor en que ella está recogiendo la mesa. Un marido que tal vez a veces intente explicarle las cosas a golpes que le permitan desahogar su propia miseria.

Seguro que no tiene cita para la peluquería esta semana, ni está pensando en comprarse ropa interior nueva, ni una barra

de labios de un color que le favorezca. No ha quedado el viernes con sus amigas para tomar un café y contarse sus cosas. Y hace muchos años que no pisa un cine. Desde que eran novios.

No puedo evitar pensar que, mientras mira al resto de mujeres del tren, a la mujer que veo reflejada en el cristal le gustaría ser otra. Tal vez aquella chica con cara de recién casada al fondo del vagón, reluciente ya a tan temprana hora por el brillo en la mirada. Seguro que ella sí tendrá cosas que contar, e incluso alguien a quien le encanta oír las. Cuando llegue a casa esta noche hará la cena junto a su joven marido. Y le pondrán sal a gusto de los dos.

Su media sonrisa, sin arrugas, es toda una declaración de felicidad, de vida plena, de estar exactamente con quien quiere estar. De sentirse respetada, querida, apoyada. Su seguridad, casi ingenua, muestra que no está sola, que hay alguien con quien va a poder construir su mundo. A medias.

La mujer que veo reflejada en el cristal querría ser también aquella otra del traje impecable. Mayor que ella, sin duda, pero con mejor aspecto, porque el tiempo no le pasa por encima arrastrando, sino acariciándole unas facciones suaves, cuidadas. Es difícil saber si tiene alguien que la quiera, pero una cosa evidente deja traslucir: ella sí se quiere. Así que siempre tendrá cariño cerca. Ha optado por sí misma, por ser quien es. Y con el paso de los años sigue estando orgullosa de lo que ve en el espejo.

Tiene en el rostro la paz que da ser exactamente quien quiere ser, no lo que esperan de ella los demás. Ella probablemente pudo estudiar, y eligió sus estudios, y su profesión después. Y tiene, seguro, un salario digno, acorde a su formación. Y eligió también sus amores, y decidió lo que estaba y lo que no estaba dispuesta a darles, porque sabía que era necesario poner límites: el límite del respeto a la dignidad propia, sin concesiones.

Si pudiera volver atrás, la mujer que hay detrás del rostro que veo en el cristal desearía ser esa chica que duerme apoyada en la ventanilla, despreocupada, con los libros al lado y una carpeta medio abierta de la que salen unos folios escritos con letras redondas. Lleva unos pendientes preciosos, hechos a mano por alguna indígena guatemalteca, seguramente. A su madre no le parece escandaloso ni denigrante que la joven se haga varios taldros en cada oreja. Le gusta ver a la adolescente sentirse libre, estrenar sus alas con soltura, con gracia. A la madre le gusta que su hija sea ella misma. Por eso se llevan bien, porque, aunque se saben de generaciones distintas, se respetan.

La joven lo tiene todo. Le ha tocado nacer en la parte del mundo donde nacen las privilegiadas, las mujeres con derechos: con vivienda digna, con estudios, con amigos, con una familia que te cuida, con salud... Por eso nada perturba su sueño, por eso se encuentra relajada, sin complejos, incluso en un sitio público. Por eso no hay huellas en su piel perfecta. Ni las habrá, por suerte para ella.

La mujer que sigo viendo en el cristal podría haber sido cualquiera de ellas. Tal vez si no hubiera nacido donde nació. Si no se hubiera casado tan joven, tan pronto. Si hubiera podido estudiar, o hubiera querido. Si no hubiera tenido tanta necesidad de escapar de una casa donde sólo era un estorbo. Si no se hubiera ido con el primero que le hizo una sugerencia que parecía, en su inexperta juventud, la promesa de un amor eterno. Si fuera capaz de quejarse o de pedir alguna vez. Si no la hubieran utilizado siempre todos, sin tenerla en cuenta...

En su rostro se ve que lo que soñó amor eterno no vino, que nadie la quiso tanto como para subirla al cielo, que nadie la besó con tanta intensidad, ni siquiera con tanta ternura. Que nadie le

dijo todas las cosas que le habría gustado oír. Ni siquiera alguna de ellas. Que nadie la abraza nunca, que nadie la escucha, que nadie nunca le trajo un vaso de leche caliente a la cama para que durmiera bien.

En vez de amor, su mirada perdida muestra que fue desamor lo que encontró y, ese sí, eterno. Porque probablemente ya nunca nadie le hará sentir esas cosas que sólo se sienten cuando aún eres joven e inexperta. Y le duele cada minuto de esa cruda realidad. Y de vez en cuando le asalta una mueca de disgusto que parece sorprenderla incluso a ella, como si ni siquiera eso fuera propio.

Ya amanece. El tren está llegando a su destino y ya no veo el rostro de la mujer reflejado en el cristal. Ya se fue la noche, cómplice de mi huida, de mi desdoblamiento. Ya sólo quedo yo: mi imagen, la que he estado viendo como si fuera de otra, ha desaparecido por efecto de la luz del sol. Sólo quedo yo, la de todos los días. La que acabará con las piernas hinchadas de estar de pie en el almacén de naranjas, en un país que no es el mío. Hablando una lengua que a penas entiendo. Cobrando una miseria. Y preguntándome con temor si habré puesto hoy bastante sal a la comida que he tenido que dejar hecha antes de salir.

ACCÈSSIT
LLIURE

VENAS QUE ESCONDEN AIRE

María Isabel Castells Valle

A mis hijos

El abuelo Emilio vive con nosotros. Es un niño de metro ochenta y tres que carraspea cuando las preguntas le incomodan. Sin sus lentes de gruesos cristales apenas distingue ya un bulto de otro y cuando duerme frunce el ceño igual que lo hacen los bebés. El abuelo Emilio siempre ha presumido, con humildad, de haber tomado y dejado muchas cosas en la vida. Si bien lo que le permiten tomar ahora son pastillas con formas, tamaños y colores muy diferentes. La más redonda, la que tiene el olor anisado y dulzón de la Quina San Clemente es para el azúcar; la alargada azul y roja para la tensión, que dice mamá la tiene por las nubes; la de plástico que es igual que una chuchería si no fuera para lo que es le disminuye el colesterol y el resto de las grageas, diminutas y con apariencia de juanolas pero muy blancas, son todas para el olvido. El abuelo Emilio no sólo ha olvidado mi nombre sino también que yo sea su nieto.

Para ir al cuarto de baño el abuelo se pierde. Sí, ya sé que es difícil perderse en un piso de noventa metros cuadrados, un solo pasillo y seis puertas. La de la habitación del abuelo tiene además un adhesivo circular anaranjado y enorme. Todos sabemos de sobra que ésa es su habitación aunque no llevara la pegatina pero mamá la ha puesto ahí por él, para que no se equivoque de cuarto. Cuando el abuelo está acurrucado, llorando y perdido al final del pasillo en la única de sus paredes que no tiene ninguna puerta, mamá lo toma del brazo, le acaricia y le besa la cara mientras no cesa de repetir: No llores papá, que no pasa nada, que no pasa nada... El abuelo tiene Alzheimer, me dice mamá a la que se le han humedecido los ojos de repente.

Yo no sé muy bien qué es eso del Alzheimer, pero en una ocasión el abuelo escondió las llaves de casa bajo el colchón de su cama y cuando le preguntamos qué había hecho con ellas, el problema que planteó fue qué son y para qué sirven las llaves. Por eso cuando mamá nombra la dolencia que sufre el abuelo lo hace como la enfermedad del olvido, dice que es más sencilla de pronunciar que la otra palabra.

El abuelo se pasa el día sentado en el sillón que hay junto a la ventana abrigado por las faldas de la mesa camilla. Pierde la mirada en algún punto del horizonte. Yo diría que sus ojos miran lejos, muy lejos, quizá estén buscando el pueblo donde nació, donde pasábamos los veranos en la casa de la era, donde el ajetreo y las prisas de la ciudad se esfumaban con el cambio de aires, que olía a tomillo y espliego; y aunque era pequeño y no tenía mucho porvenir, como decían algunos, a mí me gustaba el pueblo.

La voluntad del abuelo no fue nunca la de vivir en la ciudad. Nadie iba a sacarlo, si no era con los pies por delante, de los cuatro muros de adobe de su casa. Ni dejaría perder los frutales del

huerto que eran para él como hijos a los que había de mimar además de cuidar y que vete a saber cómo estarán ahora de broza. Él no necesitaba de enseñanzas para ensarmentar o llevar el rijuelo de la cepa. Que hay quehaceres, decía, que no requieren de conocimiento, sólo del tesón con el que se nace y el del abuelo era envidiable.

Cuando el día aún no había despuntado me despertaba para llevarme al campo con él. ¡Vamos, Carlitos, hoy te voy a enseñar cómo se hace un espantapájaros! Y sólo había que decírmelo una vez y ya estaba subido al carro y cogido a las riendas. Pasábamos frente al bar del sindicato en la plaza de la iglesia donde Florencio y Cipriano, los mejores amigos del abuelo, calentaban las tripas antes de la jornada. Pero el abuelo no, él nunca pisó un bar, decía que la cazalla quemaba el estómago y una ronda llevaba a otra. Hacíamos una parada en la vaquería de Aniceto donde desayunábamos un cuenco de leche recién ordeñada y la nata me dibujaba un gracioso bigote sobre el labio.

El primer espantapájaros que armé parecía todo menos una figura humana. Con el tiempo hicieron en él un nido las babosillas, unos pájaros blancos y negros que abundaban en aquel cielo tan azul.

En el sótano de la casa de la era, donde más me gustaba jugar y donde el abuelo guardaba los aperos del campo y las andas que llevaban al santo en las procesiones, se aspiraba el olor a tierra húmeda. Perseguía pequeños reptiles de cabeza desproporcionada que zigzagueaban por entre los recovecos de las enjalbegadas paredes de piedra. Su presencia en las entrañas de una casa pronosticaba siempre buenas mieses, decía el abuelo. Permanecía allí abajo hasta que los últimos retazos de luz de poniente eran recogidos por el tragaluz ojival por donde también se colaba el aroma de la sopa de ajo de la cena.

El abuelo Emilio nunca había estado enfermo. Por eso se me hace tan extraño reconocer en el hombre que vive con nosotros a mi abuelo. Son cosas mías y no se las digo a mamá por si se enfada. Algunas tardes me siento junto a él y me abrigo con las mismas faldas de la mesa camilla y observo por la misma ventana en la que tiene perdida la mirada y le pregunto qué está contemplando tan comprometido. Pero el abuelo, sin dejar de mirar al horizonte, no contesta a mi pregunta. Sea lo que sea, lo que esté mirando, me quedo a su lado a pesar de que no sé si sabe que lo estoy y le susurro que le quiero más que a nadie en el mundo, aunque eso sí lo sabe porque pone su mano en la que se cruzan venas que parecen llevar aire dentro sobre la mía y le da unas palmaditas. Y entonces se nos acerca mamá con el acerico pleno de alfileres cogido en la muñeca a traerle al abuelo una de esas pastillas diminutas con apariencia de juanolas, pero muy blancas, que son para el olvido y de paso nos pregunta qué hacemos tan callados. Nada, le contesto. ¿Verdad que el abuelo se pondrá bien? ¿Verdad que sí? Mama sonrío pero no dice nada y yo no insisto. Quiero pensar que sí, que algún día el abuelo me llevará de nuevo al campo e iremos de pesca. Haremos muchos espantapájaros para que los cuervos no piquen los trigales y me sentará sobre sus rodillas y se lamentará, como hacía siempre, de que me llame Carlos y no Emilio como él. Con lo tirilla y espabilao que decía que era.

A veces el abuelo sestea en el sillón. Su rostro denota una paz infinita. Mamá no me deja hacer ningún ruido mientras él duerme. Copio los deberes en la mesa camilla y de vez en cuando levanto la mirada del cuaderno y me quedo largo rato observándole. Así, dormido, el abuelo parece el de siempre. Sin embargo todo se desbarata cuando se despierta y sigue desorientado y no entiendo bien lo que dice. Le repito a mamá que esas pastillas que toma para el olvido o como quiera que se llame su enferme-

dad son realmente como las juanolas, que puede que le alivien algo pero que curar, lo que se dice curar, no lo hacen. Mamá sonríe pero no dice nada, me considera aún pequeño para comprender las cosas y yo sigo sin insistirle aunque me quedo con las ganas de decirle que ya no soy tan niño.

Mamá se ha presentado en el colegio antes de la hora de salida. Nada más ver su cara sabía que algo no iba bien. El abuelo Emilio está ingresado en el hospital. Ha tenido una de esas crisis que le estrangulan el poco aire que consume. Insisto una y otra vez en ir a verle y mi reiteración convence a mamá que, finalmente, me deja que la acompañe.

Mientras ella abandona un momento la habitación me quedo a solas con él. Por lo menos media decena de gomas transparentes se lían al cuerpo de mi abuelo como una enredadera salvaje y yo me asusto mucho. La del gotero le marca un cardenal entre los pliegues de su antebrazo. El líquido del interior de una bolsa que cuelga del lateral de la cama, mediante un gancho metálico, me recuerda al zumo de manzana que mamá envasa al vacío. Junto a la cabecera hay un complicado aparato que no cesa de reflejar en una pantalla trazos y números que cambian a cada momento y no sé muy bien su cometido. Pero lo que más llama mí atención son sus talones forrados de algodón. Parecen estar en el previo a calzar unas botas de fútbol para evitar los dolorosos esguinces de tobillo pero el mullido, me explica una señora muy amable que cuida de otro enfermo en la misma habitación, únicamente evita la rozadura de una apelmazada sábana bajera. Como si no pagáramos, murmura por lo bajito. Me siento en el borde de la cama justo al lado de una bombona de oxígeno. Le sonrío y no digo nada igual que mamá hace conmigo. Y no digo nada porque no sé qué decirle. Y para mi sorpresa, el abuelo me devuelve la sonrisa y un parpadeo lento y directo como si deseara manifestar,

con el inesperado gesto, su alegría al verme. Estoy deseoso de que mamá entre cuanto antes por esa puerta para contarle lo que el abuelo acaba de hacer. Pero por más que giro una y otra vez la cabeza ella no aparece. Sí lo hace una enfermera que ha provocado que me levante de repente y me vuelva a sentar al confundirla con mamá. En las manos lleva una bandeja y sobre ella un vaso de agua y las mismas pastillas diminutas con apariencia de juanolas, pero muy blancas, que son para el olvido. ¡No! Grito nada más verlas. ¿Pero qué te ocurre, chiquillo? Parece que has visto a un fantasma, me dice la enfermera. En ese preciso momento mamá irrumpe en la habitación y yo me lanzo hacia ella alborotado, como si se hubiera ausentado varios días y no unos minutos. ¡No dejes que le dé las pastillas al abuelo! ¡Por favor, mamá, no dejes que lo haga! Pero Carlitos, cariño. ¿Qué te ocurre? El abuelo ya no necesita más pastillas, ya no está enfermo. Me ha sonreído y también me ha reconocido. La enfermera y mamá se miran sorprendidas. Mamá le hace un gesto con la mano como diciéndole que se quede donde está. Cree que no me he dado cuenta. A continuación mira al abuelo Emilio y se lleva la mano a la boca que está a punto de decir algo pero no lo hace y después me mira a mí y acto seguido me saca de la habitación. Sus ojos chispean desde que le han mirado y sus manos están temblorosas cuando me acarician la cara. No es para menos, sé que está tan contenta como yo de que el abuelo esté mejor y le insisto nuevamente. ¿Ya no tomará más esas pastillas, verdad, mamá? Por primera vez a mamá le cuesta esbozar una sonrisa. No Carlitos, el abuelo ya no las necesita.

FINALISTES

DESDE EL MÁS ALLÁ

María Albiar García

Hace mucho tiempo deseaba estar en cada estrella, en cada planeta, en cada luna, en cada constelación que conocías, en cada libro que leías, y en todos y cada uno de tus pensamientos. Quería ser la protagonista de la película de tu vida, la figura central de tus fotografías.

Me sumergía y me perdía en tus profundos ojos oceánicos, y podía sentir toda tu vida con sólo contemplarlos, capturando tu historia en tan sólo un instante. Soñaba con tus besos y tus abrazos, y deseaba conocerte y recorrerte cada tramo, cada pulgada, cada conexión neuronal de tu mente y perderme en tus pensamientos, fluir en tu torrente sanguíneo sintiendo cada latido de tu corazón y fundirme en tus sentimientos, traspasar tu piel y llegar hasta lo más profundo de tu alma, y todo ello grabarlo en mi memoria emotiva.

Me dedicabas tu tiempo para complacerme, para llenarme de caricias y abrazos. Cada vez que oía tu voz, percibía tu dulce y

suave aroma y te acariciaba suavemente, un universo de sensaciones fluía por todo mi cuerpo. Avivabas un fuego tan ardiente en mi interior, que hubiera sido imposible apagarlo ni con el agua de todos los océanos del mundo. Recuerdo que yo desataba en tí una dulce violencia, un amor desenfrenado y voraz, unos ojos hambrientos, donde tus pupilas se dilataban por el sólo deseo de poseerme, y donde sólo tú podías colmar el hambre y la sed que tenía de tí. Palidecía de amor sólo ante la simple presencia de tu rostro, deseaba cobijarme en el rincón de tu guarida, y anhelaba el refugio y el calor de tu cuerpo en todo momento. Te olía y me embriagabas, te tocaba y me encendías, te sentía y te saboreaba en mis sentimientos, te veía y te imaginaba en mis pensamientos, y te oía en lo más hondo del sonoro silencio.

Eras toda mi vida, me regalabas palabras de amor e infinidad de detalles que te hacían un universo ante mis ojos. Ardía en deseos de acercarme a ti y besar tus labios, y anhelaba con todas mis fuerzas abrazarte y acariciarte. Controlabas y rompías el ritmo de mi respiración y cada latido de mi corazón, que latía por tí constantemente, manteniendo mis constantes vitales y poseías el poder de transformar completamente mi realidad en tan sólo un instante. Vibrábamos hasta perder la noción del tiempo y el espacio, nos adentrábamos en otros mundos, olvidando la realidad que nos envolvía. Vivimos momentos donde sólo existíamos tú y yo, donde el tiempo se detenía para nosotros, donde perduraba ese momento eternamente, mientras el mundo continuaba a 5000 revoluciones por minuto.

Te necesitaba tanto como a la tierra, al sol, al aire que respiramos, y te deseaba con tanta ansiedad, como el esclavo desea su libertad. Nos fundíamos en un sueño donde no sabíamos el límite entre tú y yo, donde nuestras almas se confundían durante toda la noche, y donde todo tu ser impregnaba los rincones más pro-

fundos de mi cuerpo y de mi corazón. Todo lo demás no importaba, solos tú y yo compartiendo todo nuestro ser, con intensidad tan infinita como la explosión de mil volcanes en un solo segundo, y a la vez tan fugaz como un breve sueño nocturno.

Quería aliviarte el dolor y la pena de tu pasado, darte mi aliento cuando no lo encontraras, acariciar tus talones de Aquiles y desprenderte de todo tu dolor. Sólo deseaba alimentar a tu corazón de amor, de sueños, de ilusión y de felicidad.

Recuerdo que te amaba infinitamente, sin condiciones, como siempre, y que mi ser se veía reflejado en ti como algo único y especial. Sentía la fortaleza de tu cuerpo cuando me rodeabas con tus brazos y cuando me cogías la cara con tus enormes manos para besarme. Todo eso hacía que me sintiera protegida de cualquier agresión, de cualquier cosa que me dañara. ¿Te acuerdas? Recuerdo que me decías: "*Mi amor, eres mi flor, mi miel, mi boca, mis ojos, mi corazón, mi todo...*"

Pero poco a poco, fuiste olvidándote de todas esas cosas, empezaste a comportarte de otra forma, como si algo empezara a ensombrecer a esa persona que yo conocí una vez y de la cual me enamoré, y entonces empecé a aferrarme al pensamiento de que un día recapacitarías y recordarías lo que fuiste antes. Te fui llenando de oportunidades infinitas para poder recobrarte, y así me fuí sumergiendo poco a poco en mi autoengaño alimentándome de esos recuerdos que me hacían sentir todavía viva.

El alcohol empezó a ser tu mejor compañía, y empezaste a venir con alguna copa de más al acabar el trabajo. Empecé a sentirte tenso y preocupado. Por aquél entonces yo lo entendía, te seguía amando sin condiciones, estabas pasando por una mala racha, y no tenías otra forma de manejarte con tu impotencia a la

hora de afrontar las cosas. Intenté ayudarte, pero de alguna parte emergió de ti un orgullo que hasta entonces no conocía. Empezaste a recordarme donde estaba mi sitio, porque mi ser siempre se había visto reflejado en ti, en como me mirabas, en como me tratabas, y así empezaste a perpetuar la insignificante imagen de mí misma a lo largo del tiempo. Era como si en esos momentos te sintieras poseído y no fueras tú. Y cuantas veces me lo recordabas: "*Cariño, no era yo. Perdóname. Sabes que te quiero. No lo volveré a hacer. Te lo prometo*". Fuí siempre tu hombre para apoyarte, tu soporte, tu lugar para desahogarte, pero eso ya no te bastaba. Todavía te adoraba inmensamente, quería ofrecerte todo lo posible y gastar hasta mi último aliento para que volvieras a ser tú: el de antes. Quería recuperar mi amor perdido...

Tu aliento y tu piel que desprendía el olor alterado de tu sudor por el alcohol lo intenté encontrar hasta sexy, y me rompías muchas veces la ropa deseando fervorosamente hacer el amor con esa dulce violencia que entonces la encontraba muy atrayente. Lo achacaba a tu carácter algo fuerte e impulsivo. Me insultabas y me decías que yo era tu putita particular.

Demasiados pañuelos blancos fueron empapados de lágrimas ensangrentadas, demasiado tiempo aguanté mis silencios... ahora lo sé. Ni siquiera daba importancia a las heridas y a los moratones del día siguiente, llegándome a creer mis propias mentiras en las innumerables excusas que daba a la gente: "*Me he caído. Qué torpe soy...*".

En una de esas noches donde tu furia se desató hizo que naciera Luis, nuestro hijo. ¿Te acuerdas? Supongo que no. De alguna forma Luis fue la eterna excusa que en los últimos años me seguía manteniendo unida a ti.

Mi deber como cónyuge era satisfacerte y apoyarte en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, y así fui cumpliendo cada una de las leyes para mantener nuestra relación, para recuperarte por todos los medios, aún a riesgo de que mi propia felicidad se fuera desvaneciendo lentamente y la poca estima y valía que le quedaba a mi ser y residía en mi corazón también fuera desapareciendo. Me enseñaron a seguir las normas, como hija, como mujer, como madre, cumpliendo las leyes humanas y las divinas, para que aguantara pasara lo que pasara, manteniendo los lazos de nuestra unión que con el tiempo se fueron tornado en pesadas cadenas. Me fue tan difícil olvidar todo aquello que mi inconsciente me iba recordando día tras día, que poco a poco empecé a olvidarme de mí misma, de mis propias necesidades, de tener un papel que aguantara todo, que disculpara todo, que perdonara todo, que entendiera todo...

No tuve tiempo para darme cuenta de muchas cosas. Ya era demasiado tarde. Recuerdo que muchas veces me decías: *"Mi vida, eres mía y me perteneces. Te pertenezco. Nos pertenecemos el uno al otro"*.

Cada vez que yo intentaba ver algo nuevo a mí misma, algo con lo que yo pudiera sentirme mejor, tú venías y me seguías recordando lo que era, me impedías crecer, me impedías amarte y lo que es peor, me impedías amarme a mí misma, creándome desconfianza, miedo, inseguridad. Y engendraste en mí todo un mundo de temor, aquello de lo que hace mucho tiempo decías que me protegerías. Ya con el paso del tiempo, apenas reconocía el hombre del cual me enamoré, ni tampoco me reconocía a mí misma, porque durante todos mis años me seguí viendo reflejada en ti. Con mis alas rotas, yo ya era un vago recuerdo de lo que antes fui, igual que tú. El amor se fue convirtiendo en dependencia, la protección en temor, el ofrecimiento de ayuda en amena-

za... fuiste provocando cada vez más una oscuridad en mi interior. Cada vez era más difícil salir de un túnel donde poco a poco la luz que divisaba iba alejándose cada vez más. Lograste impedir que la flor que portaba dentro se abriera al mundo y a la vida. Me impediste seguir mi propio camino, porque querías que me mantuviera en el tuyo para perpetuar tu ego, tu valía frente a la gente... lo conseguiste. Ya no sigo en tu camino. De alguna forma no querías que lo siguiera excepto si no era contigo.

Y ya desde aquí, todavía con el recuerdo de la sangre en mi cuerpo viendo la cara de horror de nuestro hijo, te digo todo esto desde lo más profundo de mí misma, porque jamás pude decírtelo, porque jamás quisiste darme la oportunidad para salvarme ni para salvarte a ti mismo... espero al menos que alguien se salve.

L A NIT DE PENÈLOPE

Eva M^a Albiol González

L ope té ara tres anys més que jo: un abisme. Sempre els ha tingut però jo no me n'havia adonat fins aquesta nit. Passeja amb gràcia els seus vint-i-tres des d'unes sabates altíssimes. És més alta que jo fins i tot descalça, i amb els talons em passa més d'un cap. Per la resta, no duu una roba molt cridanera sinó, com quasi sempre, texans i samarreta negra. Els llavis lluent, això sí. Lope està demanant que algú la bese mentre balla i riu sense parar. Pel que jo sé, ho aconseguix sempre que vol.

De seguida que la veig sé que està de tornada. Fa molts anys que va deixar enrere l'institut, i treballa de dilluns a dissabte; jo estudio segon de carrera. En boca de Lope, segon de carrera i que t'ho pague ton pare- és com segon de pàrvuls. Ella, en canvi, surt de casa com qui sap que s'ho ha guanyat, sense demanar permís ni diners. A les altres, envoltant-la, se'ns nota un aire d'uniforme d'escola, d'inexperiència, de vint anys que no són res. Nosaltres encara no ens atrevim amb el perfum de senyora, i agraïm els besos com si no ens correspondrien.

La una i mitja. No sé com ha estat, però de sobte em trobo tota sola a la barra, i Lope compareix per demanar dues cerveses. No ho sol fer, això de convidar: la norma que s'aplica a la colla és que cadascú paga allò que beu. Crec que és la manera que tenen alguns de retraure'ns que ells ja es guanyen les garrofes. Per això em sorprén tant que em demane una canya. El Nabuco és un gari-to de mala mort regentat per bessons malcarats; més val demanar-hi la cervesa ben freda si no vols que et servisquen pixum. A Lope, però, no li cal afegir res: ha alçat dos dits i els gots, frescos com les matinades d'agost, han aterrat davant dels meus nassos. Que el cambrer del Nabuco et pose un sotagot és un luxe asiàtic, mai millor dit. M'empasso sense respirar la millor cervesa del món.

Estic nerviosa -on és tothom?-, però és Lope qui comença a parlar tot d'una. Diu les coses que m'imaginava, i que, alhora, sé que no podré repetir. Resumint, que ella també s'estimaria que son pare li pagara la carrera, qualsevol carrera, haver fet Batxillerat com nosaltres. Però que son pare és un cabró i un fill de puta que l'únic decent que ha fet en la vida ha estat tocar el dos. I que està farta del poble, de la faena, que vol veure pel·lícules en versió original a València com fem nosaltres entre setmana i no preocupar-se de si aplega a final de mes. Al Nabuco no gasten molt en llum, i potser per això o per la cervesa -com hi ha arribat la segona?-, no capto de seguida que Lope plora. Part del joc, penso. Si fóra jo algú em tractaria de bleda, segurament el bessó lleig. Lope pot fer melodrama, perquè a ella tot li està permés.

Les llàgrimes cauen en silenci. Les llàgrimes de Lope són capaces d'esborrar la música. No reacciono. Què s'esperava? Que li diguera que tampoc no està tan malament, que ella és independent i jo no? Que els tios cauen com a mosques als seus peus i a mi ni em miren? Que sempre se n'ha fotut de les versions originals...? Si ho diguera, em sentiria més estúpida encara.

Al final abandonem el bar. La mitja nit que queda s'intueix llarga. Caminem callades una bona estona, immunes al xivarri de les festes. El carrer està ple de fantasmes que criden i beuen, transparents. Jo avanço recriminant-me per no tindre paraules, per actuar realment com una figa molla, per no animar-la com s'ha d'animar una princesa. Perquè Lope és una princesa per molt que porte samarreta de Zara, i els cabells tintats. Tothom sap que les princeses són rosses: és normal que Lope rectifiqui la natura si la natura s'ha equivocat amb el color dels cabells.

Engega el seu Vespino. És la primera vegada que munto amb ella. Recorrem bona part del poble; anem i tornem sense mirar els senyals de circulació, sense saludar ningú. Volant, si es pot volar a cinquanta per hora. Jo, almenys, no toco de peus a terra. Em sap greu no viure a Nova York perquè les avingudes siguen inacabables i viatjar així tota la nit, i que la nit no mora mai. Em desperta una rialla pròpia i torno a riure de la sorpresa; no puc parar. Lope gira el cap, riu amb mi i accelera. La màgia.

Apleguem als pubs on està la resta de la colla, i el moment fuig. Laia i Anna m'observen amb enveja i pregunten d'on venim amb curiositat verinosa. Sort que no venim d'enlloc. És estrany, no? Perquè tan prompte van fer divuit anys els pares els van regalar un cotxe amb llantes d'aliatge. Jo no tinc moto, ni cotxe, ni carnet de conduir, ni tan sols una bicicleta que pugui dir meua. En canvi, de sobte resulta que el més interessant és arribar de paquet amb Lope, dalt d'un Vespino heretat de no se sap quants germans, vell i despintat. Això és el que la converteix en una princesa, suposo.

Després tot corre massa de pressa. Bevem. Les altres potser no tant, però jo bec molt. I apareix Xesc amb la cantilena de sempre: estem fets l'un per l'altra, segons ell. Em demana perdó per enèsima vegada i representa de genolls -no m'ho puc creure!- el

seu rol de bon jan perversament tractat per mi. Llavors li dono l'esquena, molesta per haver-li de donar alguna cosa, i continuo bevent. Xesc és un malson. Fa tan sols sis mesos me n'hauria anat amb ell a la fi del món sense acomiadar-me. Ara em sembla patètic haver-me'n enamorat.

Més tard ve Pau i ballem una estona. En un moment donat Pau em diu que no, però jo no tinc consciència del que li he proposat. Potser fa sis mesos hauria vingut amb mi a la fi del món.

És clar que el món, l'amor i jo no estem ben sincronitzats. El món volta al ritme de les princeses. Lope ho sap i segueix movent-se com l'ama de la música, com la reina de les bruixes, com jo donaria un braç per moure'm. Em mira. Ulls que són imants. Què vols, Penèlope? No li escau el nom, penso en un llampec: ella mai no esperaria un amant teixint i desteixint un brodat inútil. Ella no s'avorriria ni un instant: agafaria la jupa, es pintaria els llavis i eixiria a ballar. Per això no em faig esperar més.

Partim agafades de la mà, ignorant el recel indignat de Laia, d'Anna i de les altres. M'és igual què han endevinat.

Ara tampoc no anirem enlloc, probablement. Però la mirada d'una princesa et fa créixer de cop, i la nit a punt d'extingir-se recomença carregada de promeses, encara que siguem falses.

UN GRAPAT D'ARRÒS

Estrella Alvarado Cortés

Maria Heredia cantussejava mentres anava levant fulls secs i flors marcides als seus geranis.

Encara que era enjorn, feia una bona estona que s'havia alçat. La neteja diària de sa casa i de la seua persona eren els primers quefers a què es dedicava, abans d'obrir el finestral que donava accés al xicotet balcó que des d'aquell moment, i ja a qualsevol hora, trobaria una bona excusa per a eixir al llarg de tot el dia.

Va mirar distretament a un costat i a l'altre del carrer; sí, era el mateix carrer de sempre, però des de feia algun temps havia anat canviant fins a deixar de ser-ho.

En els més de vint anys que ella vivia allí s'havien anat succeint els canvis. Al principi, imperceptibles: entrades i eixides de veïns, revoc d'unes fatxades en perjuí de totes les que continuaven que-

dant deslluïdes; canvis en els cotxes aparcats en les voreres, més nous cada vegada, de colors més atrevits i formes més audaces. Canvis en els comerços, en els costums, en els sons i en les olors; canvis en la forma de viure. Però des de feia relativament poc -va intentar sense èxit fixar una data de referència- fins l'essència mateixa del barri havia canviat.

Tímidament van començar a mudar-se els negres. Sí, potser això sí ho recordava bé; els primers van ser els negres. Mamita Munga va ser la més cridanera, amb tots els quilos que arrossegava la seua immensa figura i amb aquells estranys vestits de colors estridents impossibles de combinar per una altra que no fóra ella; ara ja hi havia tal mescladissa que ni tan sols cridava l'atenció al seu pas.

El barri del Remei s'havia anat colonitzant a poc a poc amb races, costums i formes de vida que aconseguiren relegar els veïns de tota la vida que, quasi de puntelles, se n'havien anat anant a poblar altres barris, abandonant a la seua sort els cada vegada menys que es resistien a marxar quedant-se atrinxerats en les seues cases.

Maria no podia ni plantejar-se el moure's d'allí: on aniria? Del piset en què vivia des que va arribar a Alacant per a casar-se amb Remigi ni tan sols li corresponia l'usdefruit, i tampoc mantenia una relació prou fluida amb els generosos fills del seu segon marit com per a explicar-los com s'estava posant el barri; a més, ells seguien a Conca sense mostrar el més mínim interès ni per ella ni per Alacant, amb la qual cosa Maria havia decidit que seguir callada era el millor.

S'havia fet a la idea de suportar tots els canvis que vingueren i només estava disposada a eixir d'aquella casa amb els peus per davant. Mentrestant, continuaria observant amb interès tot el que passava en el barri des del seu balcó replet de flors.

Va llançar un profund sospir i va entrar en el salonet. Va tancar la lleba i va esperar que els seus ulls s'acostumaren a la llum de l'estança, llavors va tirar una mirada al seu voltant: les parets, que una vegada van ser blanques, tenien una tonalitat crema que, per ser uniforme, no parlava de brutícia, si no més bé d'abandonat oblit.

Les cortines, sempre descorregudes per a facilitar-li l'eixida al balcó, penjaven a un costat i a l'altre del finestral omplint visualment un espai que en realitat no ocupaven. I aquell quadro que ja es va trobar a la seua arribada, -aquell quadro que a força de veure-ho havia deixat de paréixer-li tan espantós- ple de gossos, de rabosots, de cavalls i d'hòmens ridículament vestits, ocupava pràcticament l'única paret de l'habitació.

Els mobles, ben curats per ella, deixaven que el temps els embolicara amb la pàtina misteriosa que acaba convertint les coses en antigues, si aconseguixen botar elegantment el mur de la paraula "vell".

Les butaques i el sofà, afonat en el centre, on sempre s'assentava ella, cercaven el televisor, cridaner contrapunt modern entre tanta harmonia desfasada...

Aquell salonet era el centre de la casa, amb portes a totes les habitacions, inclús al carrer, i també era el centre de la seua vida. Aquella sala i el seu balcó eren la seua illa, el seu refugi, el seu niu; quasi, quasi, el seu paradís terrenal. Allí s'havia sentit sempre fora del perill del món i del seu passat, i ara, fins del seu futur.

Tots els sotsobres, les amargures i les males estones de l'ahir es van anar desdibuixant des del primer moment en què va xafar aquell saló. Arrere havien anat quedant, fins a convertir-se en

records que ni tan sols s'evocuen, totes les vivències que havien precedit al seu segon matrimoni.

Al cap de tants anys, només el dolor per l'allunyament dels seus fills era una dèbil i sorda llampada que, com la llum d'un far, de tant en tant li feria l'ànima; la resta, què més li donava!

Havia nascut al raval d'un poblet en plena postguerra en què només hi havia fam, silenci i una calor que feria fins a les pedres. L'esvalotada fuga a l'ús de l'època amb "el Perocho" als catorze anys, que va desembocar en immadura boda, va tindre com a fruit el naixement dels seus dos fills, Candela i Manolete.

Després, la massiva emigració de tota la família d'"els Perochos" a Sant Adrià, en la qual també ella havia estat inclosa com si fóra un bolic més que carregar en la furgoneta.

Més avant, la seua prematura viudetat, amb els dos xics començant l'adolescència...

Les seues ganes de viure i d'amar, oblidant promptament l'alleugeriment que el cel l'haguera alliberat d'aquell jou, oblidant menypreus i maltractaments, oblidant les seues ànsies de llibertat tants anys d'opressiu matrimoni anhelades; tot, tot, va desembocar en una nova forma de vida que ella ni tan sols haguera pogut imaginar fins que va conèixer Remigi.

Només s'havia permés un capritx al llarg de tota la seua vida: el *Lecturas*. Aquella revista la feia somiar setmana rere setmana i aconseguia que la seua realitat quotidiana es convertira en una il·lusió en què el luxe dels reportatges del paper couché l'embolicava i les vides dels famosos entraven en sa casa, i l'alliberaven de les seues amargors i la convertien en còmplice dels extravagants recorreguts del *famosseig*.

Va ser la *bústia d'amics* la clau que va decidir el seu destí. Si bé des de sempre aquella secció obria la seua imaginació a nous mons, a noves formes de vida i ella s'evadia de la seua realitat imaginant les persones que demanaven relacions des d'aquell racó de la revista, una vegada convertida en viuda va esclatar en ella una irrefrenable necessitat de conèixer tots els hòmens que demanaven relacions amb la innocent fórmula de fer amics.

La segona carta va ser per a Remigi.

Ara, asseguda en la butaca preferida del seu marit, observava amb emoció la fotografia de la seua boda que havia agafat del moble del televisor. "*Que n'era, de jove, Déu meu!*" -va pensar- Allí estava ella, somrient, amb un vestit sastre blau marí vorejat de cordonet blanc; amb la seua cabellera solta i agafada del braç d'aquell home d'aspecte esquerp i tendre cor.

Fins a conèixer-se, s'havien anat contant per carta moltes coses. Havia escrit a la revista perquè la seua dona tenia el costum de comprar-la totes les setmanes i ell va continuar fent-ho per nostàlgia quan ella ja no hi era. Finalment es va llançar a demanar que li escrigueren "*esperits solitaris que vullguen compartir amb mi la soledat*" Sota la seua humil senzillesa, sempre va amagar un ànima de poeta.

Només feia uns mesos que havia enviadat, quedant-se tot sol perquè els seus tres fills estaven a Vadillo amb la seua germana. Es dedicava a repartir l'aigua de *Solán de Cabras* des de Conca fins a Alacant, fent ruta; per això no podia fer-se càrrec dels xics que per un altra banda s'anaven fent majors sense que volgueren seguir els passos de son pare, no desitjant moure's del poble.

La primera fotografia que li va enviar la va decebre molt. Era d'estudi, en blanc i negre i quedava patent l'esforç que tant el

model com el fotògraf havien fet perquè tot resultara bé; el trage dels diumenges amb la seua corbata corresponent, els escassos cabells col·locats estratègicament i aquella mirada perduda, artificial i pròpia d'estudi fotogràfic, no van aconseguir que el model deixara de tindre el seu aspecte real: era més prompte lleig, amb faccions anguloses que enganyosament parlaven de duresa, i quedava clar que es trobava en la recta indefinida de l'edat madura; res a veure amb el seu "Perocho" que fins l'últim seu dia va ser un home temperat i de càlida expressió que, no obstant, res tenia a veure amb el seu tortuós caràcter.

Ho va pensar, molt; fins a acabar immersa en un mar propi de dubtes en què per poc s'ofega, però es va refer al rellegir les cartes que fins llavors ell li havia anat enviant; cartes en què la tendresa s'escapava tímidament per entre les línies; cartes en què l'inclòia en el seu pròxim futur: "*Tinc un pis a Alacant per fer nit abans de tornar fins a Vadillo amb el camió i allí havia pensat que ens podíem instal·lar, si la cosa prospera entre nosaltres... que prosperarà si desitges el mateix que jo desitge des que ens escrivim...*" Cartes que ella anhelava impacientment rebre: no cabia dubte, li pareixia un bon home que estava per ella, amb un bon treball i un piset a Alacant; jove i templat no era, no, però tot i això, es va omplir de coratge i va decidir seguir avant.

Es van veure per fi a Barcelona i a Maria li va sorprendre gratament que l'original millorara sensiblement la imatge que d'ell tenia per foto, al veure com el seu rostre s'il·luminava de bondat al reconèixer-la.

La relació va durar tot un any, amb moltes cartes i esguitada per tres o quatre trobades ocasionals que ell va propiciar acostant-se a Barcelona. En l'estàtua de Colom, amb tot Barcelona als seus peus, la va besar per primera vegada. Aquell bes desmanotat,

urgent i anhelat va ser correspost i acompanyat per un somriure i una lleu carícia que va unir les seues mans. Va ser llavors quan ell va traure de la butxaca un estoig; tremolós li va demanar que es casara amb ell al posar-li l'anell i ella, amb tota naturalitat va assentir amb el cap, sentint com els ulls se li omplien d'una felicitat nova i estranya.

Al cap i a la fi els seus fills tenian les seues vides encarrilades; Candela treballava com a aparadorista en el tèxtil, tenia novi formal que havia eixit de quintes i estava preparant la seua boda, i Manolete s'havia fet com la resta dels hòmens del clan: sempre traficant en mercats ambulants, comprant ací per a vendre allà, i pujant productes del camp a Barcelona en els seus viatges, per a tornar a començar novament.

Cap dels dos va ser a la boda que es va celebrar en l'església del barri a Alacant. Van condemnar aquell matrimoni i, de la mateixa manera que tota la resta dels seus parents, ja mai més li havien de tornar a dirigir la paraula. Des d'aquell mateix dia, Maria es va quedar sense família.

Remigi tenia quasi vint anys més que ella, però durant els anys que van passar junts la va fer tan feliç que aquella diferència d'edat amb les seues corresponents carències mai li va pesar i a poc a poc el dolor pel repudi de la seua sang es va anar calmant, quedant-se amagat en un racó de la seua ànima; la seua vida tenia tanta felicitat que aconseguia omplir-li els ulls de llàgrimes quan era conscient d'ella.

Tampoc amb els fills d'ell va tindre molt de tracte. Els xics estaven fets al poble i quan al principi Maria acompanyava el seu marit en el camió fins a Vadillo, va intentar en diverses ocasions i sense molt d'èxit que hi haguera un acostament. Ella va ser

acceptada com fet consumat i mal menor, però no va trobar cap indicati de calor o simpatia en la família de Remigi.

Cert és que no s'havien ficat amb ella i quan va morir son pare van acceptar i van respectar sense piular que Maria visquera en el pis d'Alacant fins al dia de la seua mort, encara que no hi haguera testament.

Havien passat els anys. Curts anys els compartits amb ell i llargs anys en què havia anat acceptant la seua absència a força de complir amb la seua condemna de viure.

Li meravellava com passa de ràpida la vida: ja havien passat quinze anys, quan va pensar que no podria suportar-ho ni quinze dies. Encara que patia la terrible soledat d'haver sigut rebutjada per la seua sang i el so de la clau al girar en el pany cada nit feia un nou colp en la seua ànima, els dies se succeïen sense límit: l'un darrere de l'altre, calmadament. Tensa calma de viure per anar esgotant la vida.

Es va alçar d'aquella butaca on solia assentar-se ell i que ella rares vegades ocupava i va deixar novament la fotografia en l'estant. Sospirant va entrar en la cuina i sense pensar-ho, de manera rutinària, va prendre la cistella com feia cada dia, espantant la nostàlgia que l'havia visitat sense avisar aquell matí; després va entrar en el dormitori i es va llevar la bata, deixant-la en el clau de darrere de la porta, d'on va despenjar la jaqueta grossa de punt que es va tirar per damunt dels muscles. De l'armariet del bany va traure una barra de llavis i es va donar un toc; finalment es va posar uns botins, deixant les sabatilles en el rebedor, a punt de ser calçades quan entrara. Va prendre el portamonedes del calaix i traient la clau del pany va obrir la porta del carrer. Només va donar un retorn al fac del tancament; no tardaria a tornar.

La botiga era potser l'únic establiment que es resistia als canvis. La xicoteta tenda d'ultramarins continuava venent el pa, les verdures i els ous, a més d'algun article més d'ús quotidià com si no haguera passat el temps. Davant d'ella estava el fill de l'ama que Maria va conèixer anys arrere i que encara es deixava caure de tant en tant per a desesperació del xicot que es veia desposseït d'autoritat quan això succeïa.

Maria va entrar com cada matí, donant els "bon dia" amablement i es va encaminar cap a les bosses de pa que ja tenien el seu contingut, al gust de cadascun dels parroquians. Va traure el panet integral i ho va deixar en la cistella. Va agafar un encisam i va guardar torn per a la xarcuteria, on el jove despatxava en aquells moments.

Va reparar en la clienta de trets orientals que dubtava davant de la prestatgeria de l'arròs, aliena a ser observada. Ja li havia cridat l'atenció a Maria aquella dona menudeta, d'edat indefinida i gest totalment impassible que vivia davant just de sa casa.

Des del seu balcó l'havia vist en diverses ocasions i una vegada es va sobresaltar al ser descoberta en la seua observació, quan la xinesa va clavar en els seus ulls la seua mirada. Des de llavors tenia molta atenció de fer-ho de manera que pareguera casual si tornava a ser descoberta en la seua vigilància.

Sabia que en aquella casa vivia una parella jove i que ell no s'assemblava en res a ella, d'on va deduir que devia tractar-se d'una parenta de la xicoteta, possiblement la mare.

El xinés tenia un gest adust i era de caràcter fort; alguna vegada s'havia creuat amb ell pel carrer i li havia paregut un jove malcarat i una mica perillós que tenia acovardides les dones de sa

casa. Això ho sabia Maria perquè li havia sorprès en més d'una ocasió gesticulant darrere dels vidres i una vegada li va veure donar una bufetada a la jove.

El que no sabia Maria era que Wang Qing havia nascut a Shandong, prop de la capital, en ple monsó del cuarenta cinc. Allí, a les vores del llac Weishan, al igual que Confuci, pensava deixar fluir la seua vida, sense desitjar que patira el gir d'haver d'emigrar a un país tan llunyà, desconegut i exòtic com Espanya, després d'haver passat uns mesos impossibles en ple Paolo Sarpi, a Milà, amb el seu altre fill i la seua nora.

Finalment havia arribat a Espanya, tremolant igual que els fulls del seu passaport i s'havia instal·lat en aquell pis de la seua filla, de què només eixia per a comprar arròs en la xicoteta botiga i en què esperava pacientment que la seua Yusong arribara, a ser possible sense aquell indesitjable que s'havia apoderat de la voluntat de la seua filla i que pretenia també dominar-la a ella.

Yang Jun havia nascut també a Xina, però en Zhejiang, a les muntanyes. Tancat com tots els hòmens de la seua terra en la desocupació, el seu dialecte i en les seues estretes mires de futur, Jun havia arribat a la cua d'estrangeria d'Espanya abans que molts que després s'havien convertit en multitud, i va conèixer Yusong ja a Alacant, en una de les renovacions de la seua targeta, quan ella, aconsellada pel seu germà des de Milà, va anar a demanar per primera vegada el seu permís de residència.

Ella era molt bonica i es trobava molt sola, i ell va resultar molt convincent. Va transigir de portar la mare de Yusong en un moment de debilitat, de què no feia més que penedir-se. Què feia una viuda xinesa de seixanta anys a Espanya? El que devia haver fet era quedar-se en sa casa i esperar a la mort, conforme a

les lleis del seu confucionisme tan arrelat, i no ser una boca més a alimentar i un altre problema a què ell havia de fer front, treballant com treballava quasi dotze hores en el magatzem per a llaurar-se un futur sense que cap de les dos pareguera assabentarse'n, ni agriar l'esforç que per a elles feia.

Tot s'havia acabat de tòrcer quan Yusomg va quedar embarassada. Per una banda, ell sabia que ara ella es podria quedar ací sense que la seua intervenció fóra necessària, ja que el xiquet seria espanyol i la mare tindria per davant uns anys per a poder tramitar la seua residència definitiva i ja no el necessitaria a ell per a res. D'altra banda, ell, Jun, que era el pare, no era el marit i si no tornaven a Xina mai podria ser-ho, la qual cosa posava en delicada situació la integritat de la seua família, que ell pensava que estaria en perill si la seua superioritat es qüestionava per les dones. Aquella por li feia sentir-se vulnerable i lluitava contra ella reforçant-se davant d'elles com l'home dur i fort que en el fons no era.

A més, l'embaràs estava sent un tant complicat i Yusomg no treballava amb l'eficàcia d'abans, amb la qual cosa el sou s'havia vist minvat. La hipoteca, enviar diners a sa casa, portar avant el seu projecte de negoci i la seua pròxima paternitat havien agrit un poc més el caràcter de Jun, fent-ho insuportable.

La primera vegada que la senyora Wang, acabada d'eixir de l'últim autobús que l'havia deixat en l'estació d'Alacant, va veure el seu gendre, va tindre l'amarga certesa que els seus pressentiments eren realitat i va saber que no congeniarien mai.

En el seu exigü equipatge portava el *I Ching* i en la seua butxaca no deixava mai d'acariciar les seues tres monedes. Solia consultar l'oracle dels canvis i en el llarg trajecte entre Milà i Alacant, en una de les interminables esperes, embolicada en el silenci de la nit i amb la companyia de les ombres, emparada per eixe

moment de total indiferència que ens fa eterns inquilins sense nom ni rostre en la sala d'espera d'una estació, va consultar el seu amat llibre que la unia als seus arrels i li permetia no allunyar-se del tot de les seues creences, dels seus costums i dels seus records, poderós tresor que ningú pot arrabassar al ser humà: no podia creure's l'auguri.

Amb la maleta en la mà, en aquell instant, davant de l'home de la seua filla, Qing va saber, recurrent-li un eriçó d'estremiment l'esпина dorsal, que havia de parar-se ara, que seria millor que ella tornara, per mal que fóra haver de desfer els passos perquè si no es compliria l'oracle terrible... però no ho faria, no volia tornar a cap lloc. Volia ser valenta i quedar-se amb la seua filla, passara el que passara; encara que fóra allò que el *I Ching* li havia revelat. Qing tenia clar que el destí és com un riu a què només planten cara els salmons i els valents, i val la pena rebel·lar-se per a intentar canviar-ho.

Qing mirava sense comprendre els paquets d'arròs. S'havia decantat per un transparent que deixava els blancs grans al descobert. Com trobava a faltar "el seu" arròs! Este sabia distint, olia distint i es coïa diferent dels arrossos que ella havia pres sempre. De totes les maneres, per la nit continuava coent un calder d'arròs que després aclaria amb aigua i que es menjava al llarg del dia següent.

"Una vegada vaig provar el pa -va pensar al veure Maria traspasar de la bossa a la cistella el panet integral- però això no és per a mi. Massa dur i massa bla al mateix temps. El que sí m'agradaria saber és com es cuina eixa cosa gran i redona d'arròs groc... com l'anomenen? Ah, sí, paella! Això sí em crida l'atenció!"

-Sí, dóna'm cent grams de pernil. Per cert, com està ta mare? fa un segle que no la veig. Ja no ve molt per ací, veritat? Bo, doncs, dóna-li records quan la veges. Res més, fill. Per hui no vull res més.

Maria estava esperant el canvi quan va veure la dona xinesa eixir de la botiga amb el seu paquet d'arròs. De sobte va ser testimoni de com uns xicons l'enrotllaven amb les seues bicicletes fent-la trontollar i tirant a terra el paquet d'arròs que portava en la mà. Sense parar-se tan sols i rient-se com a bojos, els xics van seguir el seu camí.

Qing es va quedar mirant el paquet d'arròs vessat sense que canviara la seua hieràtica expressió, però Maria va sorprendre una lleugera tremolor en els llavis de la dona que va començar a caminar molt de pressa cap a sa casa deixant l'arròs en el sòl.

Ningú va paréixer advertir el que ocorria. Tal vegada el barber de davant de la botiga va aguarar als vidres un moment per a seguir la seua tasca sense donar massa importància al que havia vist.

Els pocs que caminaven per l'altra vorera ni tan sols es van detindre a mirar. Un cotxe va passar per damunt de l'arròs fent voletejar el paquet ja buit.

El xic de la botiga havia mirat per un moment, imitant Maria. No comprenent res, li va donar les voltes sense dir paraula i ella només va mussitar un "fins després" lànguid a l'eixir.

Es va fixar dubitativament en l'arròs vessat i xafat pel cotxe, que només era ja una tacassa blanca al mig del gris de l'asfalt.

En el curt trajecte de la botiga fins a sa casa, Maria va sentir com en la seua ànima naixia un sentiment estrany que anava creixent a poc a poc, desbordant-se fins a ser un volcà en erupció.

Tornava a sentir la fonda sensació de saber-se d'una raça distinta, i el fet d'haver tingut d'emigrar sent molt jove a la recerca

d'un futur millor, se li feia novament viu com si el temps no haguera passat.

Recordava ara les mirades d'incomprensió davant el seu desconeiximent del català, i després les de menyspreu, al parlar en castellà amb un tancat accent, i totes juntes es van abocar burletes als seus ulls.

Van reviure amb tota intensidad els reprotxes i els carregats silencis dels seus al confesar-los que vivia una nova il·lusió i que volia ser feliç, perquè pensava que la vida no s'acaba quan et quedes viuda i no hi ha per què soterrar-se amb el difunt.

El buit de la seua ànima davant del silenci de la seua sang que durava anys i panys, sense que hi haguera manera d'acostar-la als seus fills, la va colpejar com un martell.

La seua soledat... Eixa companyia, en part forçada, en part buscada, amb què la vida l'havia obsequiat...

De sobte, tots els sentiments trobats es donaven cita en el seu cor, omplint-la d'un coratge sord i sec que resultava ser una fúria extraordinària.

Ella, tan plàcida i serena sempre, tan gris i esquiva, hui notava dins de sí la força de sentir-se lluitadora i de voler prendre partit.

Li havia dolgut veure com els xiquets, fusta de delinqüents sense dubte, havien sotmés la xinesa pel simple fet de resultar un blanc fácil, per ser indefensa i per haver-se creuat maleïdament al seu camí.

Li havia fet mal la cruel indiferència de l'entorn, massa acostumat a violències i ultratges quotidians com per a eixir en defensa

d'una víctima; i va sentir que aquella civilització tant deshumanitzada li trencava l'ànima.

També el fet que aquella dona fóra distinta, per un moment va fer que se sentira prop d'ella. No en va, ser gitana era tan estigma com podia resultar ser xinesa, amb la diferència que ella des de feia ja molt de temps havia après a amagar els trets propis de la seua raça i la xinesa mai no podria.

No tenia amigues, era cert. Havia rebutjat acostaments de veïnes, de feligreses que la convidaven a participar en la parròquia i de perruqueres, fruïteres, cambreres i altres professionals amb què solia tractar. Ella no volia amistats tèbies. Preferia estar sola que cobrir l'expedient amb eventuais eixides amb unes i amb altres per a matar l'estona.

No obstant, per una vegada en la seua vida, desitjava acostar-se a aquella dona i oferir-li la seua amistat. Dir-li, encara que no l'entenguera, que no estava sola, que ella vivia prop i sabia molt bé com era de dur estar lluny de la seua terra i de la seua gent. Que li agradaria que compartiren silencis passejant a les vesprades i que no li importaria aprendre una mica de xinés per a poder parlar amb ella.

Aquell estremiment en els llavis de Qing l'havia despertat de la seua letargia, al recordar-li que encara hi ha qui patix com ella havia patit molts anys abans.

La fúria es va anar convertint en resolució segons pujava els escalons.

Va entrar en casa amb urgència, sense calçar-se les sabatilles a l'entrar com solia, i va arribar a la cuina. Allí va deixar la cistella i va obrir l'armari rebost i va trobar el que buscava.

Va eixir de casa, i va tancar la porta que seguia oberta de bat a bat en contra del seu costum, i, també trangredint la seua pràctica habitual, no va tirar cap volta a la clau.

Baixant les escales, va creuar el carrer i es va internar en el portal de davant. Va pujar al segon pis i va tocar amb els nucs la porta de la dreta.

El suau lliscar de l'espiera va ser un menut soroll abans que la porta s'obriguera després de descórrer-se dos forrellats amb un lleu gemec.

Qing va aguaitar per un badall i Maria, somrient i sense dir paraula, va obrir el paquet blanc que portava, tirant-se en la mà un grapat d'arròs que va tendir a aquella dona menuda de què només va arribar a veure com una llàgrima corria lliurement per la seua galta abans de acostar-li la seua mà oberta.

L A VICENTA Y MARI PAU

Antonia Bueno Mingallón

La Vicenta es viuda desde hace tanto tiempo, que tal parece hubiera sido viuda siempre, que la viudez formara parte indisoluble de ella, que hubiera nacido ya viuda.

Vino de los pinares conquenses y se quedó aquí, en las Casitas Rosas, junto a un inmenso mar que veía por vez primera, más allá del corazón de la ciudad. Traía dos pesados equipajes: la maleta y el Mario. El Mario aún no había nacido. Llegó a Valencia abrigadito en el cuerpo pequeño y enlutado de la Vicenta.

Aquel fue un año de muertes. Allá lejos, en la capital, acababa de morir un anciano tembloroso al que llamaban Generalísimo. Aquí, más cerca, en la serranía de Cuenca, un hombre joven y recio al que nombraban El Mario. Insólita pareja atravesando los umbrales del Más Allá. Largas colas desfilaron ante el ataúd del anciano. La Vicenta desfiló carretera adelante, en busca de un futuro para su hijo.

Desde el principio supo cómo sería este Mario, como el otro que acababa de morir. Sus mismos ojos, el pelo negro, la voz recia. Había perdido a su antiguo Mario, pero el nuevo venía en camino. Llegaría un día en que cuidaría de ella y la sacaría de ese fregar escaleras y lavar platos, de ese deambular por casas extrañas donde nada te pertenece, donde eres un mueble más que no debe hacer ruido, molestar; porque el notario, Vicenta, está firmando; porque el doctor, Vicenta, pasa consulta; porque el señor está en una reunión de empresa, y la señora ha citado a sus amigas o a su amiguito... La Vicenta limpia, abrillanta, vacía ceniceros, llena bolsas y bolsas de basura, basura hasta la saciedad, hasta la náusea. La basura de los otros siempre huele peor que nuestra propia basura...

Cuando la Vicenta y su preciada carga llegaron a la Malvarrosa, lo que fue poblado de pescadores había pasado ya a ser apéndice de la ciudad. La Vicenta no llegó a ver las barracas y las barcas de Eugenia Viñes, ni a Sorolla pintando en la playa, ni a los fotógrafos ambulantes con sus caballitos de cartón, ni el trenet de *La Cadena*, ni la riada del 57. Aunque aún conoció las casas bajas y las huertas donde pastaban cabras y se cultivaban calabazas.

Pronto se acostumbró a atravesar cada día los descampados, desde su vivienda en los bloques baratos, hasta la alquería, más allá del puente del *Moro* y de las vías del tren, donde, a cambio de fregar ollas y sartenes, recibía alimentos y algunos duros. Al principio no sabía lo que era un yonqui ni un chute. En su pueblo los hombres fumaban tabaco y bebían vino, los niños iban a la escuela y las mujeres a sus labores. Pero aquí todo cambia tanto... Esto se decía, mientras atravesaba los campos, donde siempre había jeringuillas y condones. En un resto de muro demantelado podía leerse, con letras toscas: *Senda del Pinchazo*.

Por la noche volvía, las manos enrojecidas, los pies abotargados. Mientras los descampados continuaban vomitando jeringuillas y condones, y los efluvios del emisario de Vera se propagaban infectando la huerta, la garganta, los pulmones, el alma cansada de la Vicenta.

Hoy, treinta años después, las cosas continúan el mismo rumbo. Según la tele, su barrio es un barrio deprimido, de alta peligrosidad social. Las bandas de la droga provocan enfrentamientos cada dos por tres. Los detritos se amontonan en patios y aceras. Y la violencia doméstica es algo tan cotidiano como el fútbol y la paella semanal.

Ahora la Vicenta no atraviesa descampados. Sus piernas ya no son lo que eran, aunque siempre anda con prisa, siempre corriendo a alcanzar el autobús que la deposita en el corazón de la metrópoli, donde recogerá, como cada día, los detritos de la bonita ciudad del Túria.

Este Agosto mi Mario va a cumplir los 30, ¿cómo pasa el tiempo! Sí señora, está en eso... ¿cómo le dicen?... sí eso del *inef*, de los deportes. Es entrenador. Ya sabe, aquí se crían tan a su aire... A mi Mario siempre le dio por la gimnasia. Cuando inauguraron el colegio *Cavite* y hacían aquellas tablas gimnásticas en la playa, ¿se acuerda? Daba gusto ver a los chicos arriba y abajo. Luego, ganó un maratón de carreras de esas que se hacían en el barrio. Le dieron una medalla redonda, que parecía de oro... Así que en el instituto le cogieron, y ya ve, ha tenido suerte. Bueno, es que mi Mario es muy listo, y no es porque lo diga yo, que está mal decirlo, que soy su madre, pero es que desde pequeñito se me ha criado tan bien y tan aplicado en todas sus cosas. Sí, se ha comprado un piso en Blasco Ibañez, una zona muy buena. Ya sabe, él tiene su vida. Quiere que me vaya con él, pero yo, la verdad, ya

estoy hecha a esto y qué quiere... Esto es mío y allí, luego... No es que yo quiera pensar mal, ¡válgame Dios!, pero ya sabe, la vida da tantas vueltas...

Vueltas y vueltas en la cama compartida, en la inmensa cama donde Mari Pau, señora de Montagud, se entrega cada noche a su señor en un sacrificio cruento que la desangra repetidamente, entre sábanas de seda, crucifijos y perfumes matrimoniales. Porque Mari Pau se casó, mejor podría decirse, se vendió. En Agosto hará veinte años quedó firmado el contrato de compraventa. El señor Montagud es desde entonces el dueño de sus pechos pequeños, de sus trajes de diseño, de sus chaquetitas *Chanel*, de sus perlas *Majórica*, de sus pañuelos *Armani*, de su colonia *Loewe*. El dueño de su peluquero *Rupert*, de sus viajes al Caribe, de su gatita blanca y siamesa, de su astrólogo particular, de su pisito en el *Mareny Blau*. Dueño incluso de sus sueños... Pero no su protagonista.

El señor Montagud lo tiene todo. Lo sabe... casi todo. Porque no sabe que Mario, con sus ojos negros, su sexo animal, su sed insaciable, se ha instalado en el corazón de los sueños de Mari Pau. Y es Mario, sólo Mario, para siempre, *for ever*, *I love you*, Mario, el único dueño y señor de su sexo dulce, de su alma infantil.

Mari Pau fue a las clases de gimnasia por matar el tiempo, por disolver las horas espesas de vacío que llenan su vida. Y de repente, la chispa, el cortocircuito. La atmósfera se torna incandescente, él la mira... Señora de Montagud... Por favor, llámame Mari Pau, llámame lo que quieras, como quieras, cuando quieras... Mari Pau arde en esa llama que todo lo quema, en esa combustión violenta y dulzona de la pasión. Desde entonces, el secreto compartido, la agonía de la ausencia, la dulzura del reencuentro. Desde entonces, Paueta.

Ella es, ha sido y será Mari Pau para todos sus amigos, doña María Paz para el resto del mundo, señora de Montagud incluso para las visitas. Para Mario es Paueta. Paciente Paueta que aguanta todos los vaivenes de Mario, su actitud caprichosa, sus cambios de humor, sus desplantes de niño mimado por su Paueta que le adora, que te quiero Mario más que a nada ni a nadie y tú lo sabes. Claro que lo sabes y por eso tus mohines y tus caprichos... Paueta, he visto una chupa de cuero alucinante... Paueta ¿y si nos largamos unos días a las Galápagos?... Necesito bronce, Paueta, amore. Necesito plata, chata. Y Mari Pau, doña María Paz, Paueta entra en el juego. Y el juego entra en ella. Y ya no quiere salir, tan sabroso el cuerpo de Paueta, tan dorado por todos los atardeceres de todos los Caribes del planeta.

Mario es su chulo, su *gigoló*. Aunque ella se empeñe en llamarle amigo, amado, amante. Nunca querido, claro, eso está pasado de moda, obsoleto, que diría Mari Pau.

Mario jamás le habla de su vida, de su pasado de promesa calentita viniendo a Valencia dentro del vientre viudo y conqunese de su madre. Mari Pau no sabe de los descampados donde Mario aprendió a jugar al fútbol y a ese otro juego, tal vez más peligroso, del sexo, de las caricias ocultas, del dejarse, del abandono, del mirar a la acequia de Vera mientras el viejo te toca, las manos sudorosas abriendo la pequeña cremallera, tocando lo intocable. ¿Quieres venir un ratito, guapo? Voy a darte para el cine. Y le daban, sí, le daban para todo y por todas partes. Su pequeño cuerpo de promesa calentita, su cuerpo delgado, su sexo encogido con la humedad de la huerta... Sí, mi hijo siempre ha sido muy obediente, sí señora. He tenido suerte, gracias a Dios.

Por eso Mario siempre tiene frío, un frío húmedo que sólo se va con las chupas maravillosas que le regala Paueta, y con el sol

tropical. Mario es un sibarita, un epicúreo que se deleita con los mejores placeres que la naturaleza y la pasta pueden ofrecer. Pero en el fondo, allí en lo más profundo de sus entrañas, un poco más allá de su sexo grande y ardiente, siempre le persigue esa ráfaga fría, húmeda, ese tufo a abono tan difícil de extirpar.

Es viernes. Agosto. El tórrido sol valenciano se despide asomándose a todas las vidrieras del majestuoso e *inteligente* edificio de oficinas que preside la avenida de Aragón, haciendo la última burla con su lengua húmeda a los sufridos empleados que aún no tomaron vacaciones, y a los altos ejecutivos, que ni en verano se atreven a desconectar del trabajo, por miedo a abismarse en el oscuro panorama de su existencia.

En la décima planta, dos mujeres aguardan. El ascensor tarda, como siempre ocurre cuando se tiene prisa. La Vicenta acaricia el palo de la fregona, dispuesta a emprender su jornada de trabajo. El montacargas está estropeado, ¡qué le vamos a hacer! Mis piernas no están para escaleras... Mari Pau mira el *Rolex* de oro que le acaba de regalar su esposo, el señor Montagud, para celebrar su vigésimo aniversario. ¡Qué vergüenza, compartir el mismo ascensor con el agua de fregar!... Las dos se miran a hurtadillas. Ambas callan. Por fin, las puertas abren sus labios metálicos con un susurro y dos cuerpos de mujer se introducen en el diminuto cubículo, que comienza a poblarse de *Chanel* y *Mister Propper*. Dos índices se dirigen al cuadrado digital donde reina majestuosa la B mayúscula. Quebrando el aire protector, rompiendo la distancia que impone el decoro, haciendo caso omiso de la razón y las buenas costumbres, los dos pequeños apéndices carnosos se tocan. Perdón, dice una de ellas. La otra calla.

Y, ¡oh sortilegio!, el tabú queda roto. Los dioses, aburridos esa tarde de Agosto levantino, en el sopor de la siesta celestial y eterna, deciden jugar un rato.

Por eso y por alguna pena oculta y antigua, Mari Pau comienza a acariciar suavemente el mugriento palo de fregona con sus dedos callosos, mientras la Vicenta contempla sorprendida su ahora joven y bronceado rostro en la esfera del *Rolex* que le recuerda, con sus raudas manecillas de oro macizo, que alguien aguarda. Sus jugos, tanto tiempo dormidos, comienzan a ponerse en funcionamiento, relamiéndose ya en lo que va a ser, en ese fundirse en el cuerpo de un hombre hermoso, de un macho joven y esquivo que nunca le pertenecerá, porque no se pertenece ni a sí mismo, y que la aguarda ahí abajo esperando, como siempre, indolente, acariciando con desgana el volante del *BMW*, abriéndole la puerta del coche, del pisito en el *Mareny Blau*, abriéndole las piernas, el alma, abriéndole un dolor desconocido, creciente, que anida ahí abajo en la base del vientre y que sólo se calmará transformándose en alarido, en grito atroz, tan atroz... como aquel de hace, justamente hoy, treinta años.

Está escrito que lo que salió de dentro nunca podrá entrar, jamás retornar a la tibieza de la cueva primordial. Esta es la gran prohibición de los dioses. Pero a veces los dioses son humanos, demasiado humanos. A veces gustan de jugar como niños. Disfrutan haciéndonos sentir demonios. Ahí están, riéndose a carcajadas de nosotros.

Desearía con todas mis ganas rebelarme... Pero, por ahora no puedo hacer otra cosa que seguir acariciando este desconocido palo de fregona y llorar muy bajito, para que esta señora tan fina no me vea, para que no se ría, para que nadie sepa que yo sé, para que la confortable ignorancia siga moviendo las estrellas que alumbran nuestros sueños tan reales que desearíamos dormir un poco, porque así... tal vez... quizá... podríamos despertar...

CALIDAD DE VIDA

María África Canillada Huerta

No es necesario que consulte el reloj, deben ser las ocho de la tarde ya que Royal hace varios minutos que con la perseverancia que le caracteriza, me da golpes con su hocico en el libro que tengo en las manos para que lo deje y le saque de paseo, parece un reloj suizo, aunque sea de raza alemana y tenga nombre inglés. Ya llegado a este punto y como es habitual, no tengo más remedio que abrigarme bien, ponerme los guantes y la bufanda y buscar su correa, todo esto por supuesto, siendo incordiada continuamente por Royal que se me cruza entre las piernas y me salta y mordisquea la bufanda como dándome las gracias por sacarlo a su paseo casi nocturno.

Me da un poco de pereza salir de la casa a estas horas y con el frío que hace en la calle, pero también me reconforta el paseo ya que primero es por una obligación, pues el perro ha de salir ha hacer sus ejercicios y sus necesidades y segundo, ya no me quedo toda la santísima tarde sentada en mi sillón de lectura delante de

la estufa de leña con un buen libro que me distrae, así es que una buena caminata también la agradezco.

El frescor que siento en la cara en cuanto asomo la cabeza por la puerta es paralizante, pero enseguida coges el paso y vas andando rápido, casi trotando, al ritmo de Royal, enseguida se pasa el frío, ahora tal como avanzo voy sintiendo los diferentes olores del invierno, el frío huele a frío, a humo de estufas, a tierra húmeda, a madera seca y todo esto ahora lo aprecio, son sensaciones que ni en lo mas interno de mi mente hubiese pensado poder llegar ni a definir ni a diferenciar.

Pero no deja de ser chocante que sea el perro quien me cree obligaciones, claro que esta obligación la he generado yo misma, pues lo de tener un animal en casa ha sido un capricho que me he permitido desde que vivo fuera de la ciudad. A mí, que a estas alturas ya paso de la obligación de vivir pendiente del reloj, de los autobuses para desplazarte al trabajo, de los ruidos de los motores de coches y motocicletas y los cláxones tocando al menor descuido en un semáforo, de las sirenas de las ambulancias, de los coches patrulla y de los camiones de las basuras a altas horas de la noche y un largo etc. De ruidos de ciudad, que yo he tenido la gran suerte de dejar atrás y pasarme a la tranquilidad de vivir en el campo, en un lugar apartado del mundanal ruido.

La decisión de vivir en un pequeño pueblo de montaña de la comarca dels Ports, fue en principio por necesidad laboral, de aquello hace ahora once años, me pareció una locura, una temeridad; una persona urbanita como yo no tenía nada que hacer en un pequeño y frío pueblo, pero si la familia tenía el trabajo aquí, pues es aquí donde hemos de plantearnos la vida.

En un principio todo era difícil de asimilar, el traslado de toda la familia, muebles, enseres e incluso los recuerdos, luego con el

paso del tiempo te vas acostumbrando poco a poco, aunque si he de ser sincera, el cambio de vida me costó una pequeña depresión y unos cuantos kilos de más. Aclimatarme a los cambios tan bruscos de temperatura fue lo peor, el primer invierno no sabía ni como vestirme para salir a la calle, toda la ropa era poca, siempre tenía frío, llevaba mas capas que una cebolla e incluso recuerdo que me dolía el pecho cuando respiraba el aire tan fuerte y tan seco, hoy con el paso del tiempo sonrío cuando evoco cierta anécdotas.

También me costó mucho habituarme a la casa, un edificio de ciento cincuenta años, enorme, comparándolo con el piso de la ciudad, tenía siete habitaciones, dos comedores, tres baños, unas alcobas, para mi extrañísimas y muchas bodeguitas unas secas y otras húmedas, un leñero, un cuartito con un pozo que da a un aljibe que es tan grande como el solar de la casa y un cuarto grande con una pileta y una especie de caldera donde antaño hacían la matanza del cerdo o cerdos, según fueran de familia; en la parte mas alta de la casa hay habilitados unos cuartos donde salaban y secaban los jamones, los quesos y embutidos y otras dependencias en donde guardaban los arcones con ropas y otros enseres; todo esto esta dividido en cinco plantas con unas escaleras que se me hacían y se me hacen larguísimas.

Capitulo aparte merece la pena comentar la relación con las gentes del pueblo, al principio no conoces ni las costumbres ni los caracteres y tienes que ir dando explicaciones del por que estas aquí y con que espíritu vienes a interrumpir sus vidas cotidianas y parece que tienes que pedir perdón por venir a instalarte aquí, es una cosa inverosímil lo que ocurre en el pueblo con los recién llegados, lo normal creo yo, es que sean las gentes interesadas, los vecinos, etc. Los que te den la bienvenida y el deseo de que te integres en su comunidad, tanto tú, como tu familia; pero no,

aquí es al revés, cuesta mucho tiempo que te acepten como vecino, luego para hacer amigos pasan varios años y hasta llegar a decir como yo: que este es mi pueblo, cuesta, o a mí me ha costado ocho o nueve años y eso siendo como soy, una persona extrovertida, alegre, buena conversadora y participativa en las actividades que surgen en esta pequeña sociedad.

Siempre he querido creer que es el clima el responsable de que las gentes tengan un carácter tan duro, poco amigable y con pocas ganas de hacerte sentir cómoda, luego con el transcurrir del tiempo comprendes que sí, que estoy en lo cierto, pues cuando te encuentras con alguien en la calle, el saludo es breve, no hay quien se pare a charlar, más cuando el termómetro marca uno o dos grados, haciendo esto que las relaciones sean poco comunicativas y que las amistades las tienes que ganar en su círculo de reunión, donde también es difícil entrar, pero no imposible.

El pueblo es como la mayoría de los de esta zona, con un puñado de calles estrechas y húmedas, con callejuelas tortuosas que bajan muchos metros hacia los dos barrancos que delimitan la ciudad de Norte a Sur, por lo que normalmente y teniendo una cota de mas de 1.000 metros superior al nivel del mar, hace que el aire se convierta en un viento canalizado y generalmente muy frío. Pero darse un paseo por esas callejuelas en primavera es muy agradable, la mayoría están hechas de piedras con los cantos a vistas y losas, bajando por cualquiera de ellas se llega a las vegas, en donde están los huertecillos, perfectamente delimitados con paredes de piedra y donde las cosechas son pocas y muy sacrificadas para los pocos agricultores que normalmente trabajan sus tierras más por vocación que por lo que de ellas sacan.

Las casas son casi siempre unifamiliares, suelen ser grandes y en el casco antiguo es normal que tengan 200 o más años, pero

como antiguamente se obraba con conocimiento de la zona, las fachadas y los muros son de piedra con un grosor de unos 80 ó 90 centímetros, las ventanas situadas al sur o al oeste, siempre aprovechando el sol y evitando el aire del norte, las vigas interiores de madera fuertísima por lo que estas casas, si se cuidan por dentro, pueden aguantar muchísimos años más, suelen tener varias alturas, algunas, las menos, tienen algún escudo en su portalada, pero este es un pueblo de gente trabajadora, que no suele salir entre semana nada más que al trabajo y es en verano, con el resurgir del buen tiempo, cuando las calles se llenan de vida, los vecinos salen y entran saludándose, ya que son muchos los que pasan los inviernos en Castellón y abren las casas para ellos y sus familias que llegan en agosto a pasar las vacaciones; la población en verano se multiplica por tres y son muchos los que se arreglan sus antiguas casas, dotándolas de todas las comodidades y ahora que parece que está de moda volver a los pueblos, en este, encontrar una vivienda es toda una odisea, no vende casi nadie y es en este momento cuando más se esta construyendo, pero a mí gusto, las nuevas edificaciones son urbanizaciones de casas adosadas, todas iguales, sin personalizar y cambian bastante la estética de "pueblo de antes", pero es este tipo de edificios el que gusta a la gente joven y son ellos el principal potencial de compradores, así como los nuevos veraneantes, gentes de ciudad, que buscan un refugio para pasar unos días en contacto mas directo con la naturaleza y disfrutar de los paisajes, que en esta zona son una preciosidad y un goce para los sentidos.

Mientras voy pensando todo esto Royal me estira por el camino del aserradero con todas sus fuerzas hasta que, ya fuera de la carretera le suelto de la correa y echa a correr hasta desaparecer de mi vista, durante unos largos minutos no le veo, ni a el ni a nadie, con el frío que hace no me cruzo con ninguna persona hasta llegar a la serrería, que casi todos los días coincido con la

salida de los trabajadores del turno de tarde, algunos, los primeros en cruzarse conmigo, van en bicicleta y los saludos y ellos me saludan a su vez, van tapados con sus gorros y sus pasamontañas y mas de una vez saludas y no sabes a quién, pero el hecho es que hoy ya me conocen y parece que el largo esfuerzo por introducirme en la comunidad ha dado resultado.

Al poco aparece Royal a mi lado, viene jadeante por las carreras que ha dado, un poco mas adelante le ato otra vez y damos la vuelta al camino hecho, esta vez sin prisas, el animal ya esta mas relajado, volvemos hacia la casa.

Royal se acomoda en su cojín y yo después de cambiarme de ropa y ponerme cómoda, voy a la cocina a prepararme algo caliente para recuperar el cuerpo del frío de la calle, después de cenar y velar un rato viendo la televisión o matando simplemente el tiempo, me voy a dormir, esperando la mañana, si hay algo que me entusiasma del hecho de vivir en el pueblo, es sin duda el desayuno. El abrir cada mañana los portones y contemplar las montañas tan cerca con los cambios de color, según las temporadas, que van del verde de la primavera a los tonos marrones y rojizos del otoño, sin olvidar el amarillo de los campos cuando agostean, es toda una maravilla, las primeras horas de luz es un espectáculo digno de madrugar para no perderte esa transformación y en invierno cuando nieva, casi te parece ver a Papa Noel con su trineo por encima de estas montañas.

Mas tarde me reúno con mis amigas en el bar a tomarnos un cafetito, después salimos juntas unos días a gimnasia y otros a caminar por los alrededores de este precioso pueblo de montaña, que hoy por hoy lo siento como propio, en donde mi familia también ha encontrado su sitio, y es éste en definitiva mío, éste es mi pueblo, éste es mi hogar.

La habitación estaba en penumbra, sólo se colaban ligeros hilos de luz entre los agujeros de la persiana. Se despertó al chocar su cara contra la de Arturo. Él no notó nada, el alcohol siempre fue un buen anestésico. Abrió los ojos, no sabía si era de día o de noche, había perdido toda orientación temporal y la atmósfera era densa, casi irrespirable por el olor a alcohol que emanaba de cada poro de su piel. Miró al suelo y vio toda la ropa tirada:

-¡Para qué compraría yo el puñetero galán!- pensó.

La colcha estaba arrugada y metida entre las piernas de Arturo. Las sábanas, en cambio, colgaban del lado donde Laura dormía desde hacía 15 años.

Al intentar incorporarse le dolía todo el cuerpo, como si le hubiera pasado una apisonadora por encima, le escocía la cara y

los oídos le pitaban insistentemente. Se rozó el labio y se dio cuenta que la sangre de la comisura estaba ya seca. La cabeza le iba a estallar.

La luz del baño estaba encendida y la puerta entornada.

Entró a por gasas, betadine para curarse las heridas y alguna pastilla para el dolor. El suelo estaba lleno de pisadas de orina, causadas por el intento infructuoso de su marido de orinar dentro de la taza del inodoro. Un olor mezcla de orina y bebida que reconocía por tenerlo memorizado en la nariz y en la mente; como los olores que inesperadamente olemos un día y nos remontan a momentos de nuestro pasado ya olvidado.

Al principio pensó que podría vivir con ese olor, con ese dolor, que no importaba, que todo se solucionaría; pero todo había cambiado desde hacía 10 años.

Abrió la puerta del mueble del cuarto de baño donde había una caja que era el botiquín familiar. Al cerrarla intentó evitar mirarse al espejo, pero, como siempre, no tenía más remedio que hacerlo, ya no se reconocía, ya no era ella. No por las heridas físicas que siempre, tarde o temprano, curaban y cicatrizaban, sino porque no se reconocía desde dentro.

-¿En qué te has convertido; cómo lo has permitido?- se preguntó a sí misma.

-Porque cada vez que me he mirado al espejo he pensado que esa que se refleja no era yo, que algún día volvería a reencontrarme con la Laura que deje atrás y volvería a recuperar mi Yo.

Se curó las heridas en lo cual era experta a la fuerza. De vez

en cuando le resbalaba alguna lágrima de dolor interior. Al mismo tiempo se recriminó:

-¡Deja de llorar como una nenaza!,

-¡Menos lloros y más valor, al fin y al cabo ya sabes lo que tienes que hacer, pero no tienes ovarios porque eres cobarde y siempre lo has sido!. ¡Al final tendrá razón y eso es lo que has sido toda tu vida!.

Salió del cuarto de baño y se acercó al armario ropero donde había una caja en la cual Arturo guardaba un arma no reglamentaria que tanto le gustaba a los policías de su calaña enseñar y chulear tener. Llevar encima "*la pipa*", ¡eso sí que era importante!.

Su primer contacto con un arma fue cuando se la puso en la sien en la primera paliza y le dijo que dejara de chillar o se reuniría con toda su puta familia en ese mismo momento.

Olía a hierro, estaba fría y pesaba. Siempre le impresionaba cogerla. Lo hacía a menudo escondidas, fantaseaba con ella y eso, quizás algo absurdo, le ayudaba como terapia. La acarició y sintió de nuevo el poder que te puede dar, el sentirte el amo de una vida, ser Dios, ser fuerte, ser verdugo y no siempre víctima. No dolor, infringir dolor a otros. Pero ella no era capaz.

Se sentó con el arma en el butacón de la esquina de la habitación para controlar si Arturo se despertaba o no.

Veía su cara en la penumbra, la baba corría por su mejilla, oía su ronquido y su respiración pesante, su cuerpo desgarbado estaba tirado boca abajo encima de la cama.

-Si quisiera, podría pegarle un tiro en este momento y ni se enteraría -pensó.

Tenía su vida en sus manos y el hijo de puta ni siquiera lo sabía; dormía confiado y seguro, sin miedo a que nadie le hiciera daño, le pegara, o despertara a tortazo limpio, sin miedo a que lo arrastraran por el suelo y le humillaran.

Ella no sentía ese sosiego desde hacía muchos años. No recordaba la última vez que había dormido a pierna suelta, relajada, sin miedo. El miedo se mete dentro de lo más hondo de uno y no desaparece, no puedes relajarte, forma parte de ti y poco a poco te desquicia hasta que la neurosis es tal que pierdes el equilibrio interior, y con él te pierdes tú; te diluyes y te vuelves un ser de cartón piedra al que le da lo mismo lo que le hagan, una piltrafa, ya estás muerta en vida.

-¡Dios santo, me doy miedo fantaseando con su muerte! - murmuró.

Le daba miedo sentir alivio si él desapareciera, si no tuviera que volverlo a ver, mejor si nunca hubiera existido. No se podía permitir esos sentimientos:

-¿Y si aprieto el gatillo?; ¡Y ya, todo se acabó. Como decía mi abuelo: *"muerto el perro se acabó la rabia"*.

Miró hacia la ventana intentando encontrar un poco de luz del amanecer:

-Señor, ¿este no es el hombre del que me enamoré!, parece tan tranquilo así.

-¡Cómo puede volverse un monstruo cuando despierta; ¡Éramos felices, teníamos sueños, proyectos, futuro!.

Recostó la cabeza en el sillón intentando ordenar todos los pensamientos que le venían a la mente:

-¡Qué jóvenes éramos y que inocente era yo!. Al principio me era hasta gratificante que fuera celoso con otros hombres e incluso dominante. Siempre me gustaron los hombres con carácter, pero conforme fue pasando el tiempo, lo que era halagador se convirtió en una pesadilla, en un no vivir, en un no poder relacionarme, en quitarme todo control sobre cualquier cosa aunque fuera ínfima, el no salir de casa, no hablar con nadie, perder las amistades, mi familia. Piensas que lo está pasando mal y que eso cambiará, que se dará cuenta del daño que me está haciendo y un día me dirá que me quiere, que lo siente y volverá a ser todo como al principio, un reencuentro.

Ahora ya ni se molesta. Antes, cuando me pegaba se arrepentía, me pedía mil veces perdón, me regalaba flores.

¡Menos mal que nunca tuvimos hijos!, no podría soportar que vivieran esto, que lo mamaran. Él quería tenerlos, cuando vio que era imposible fue cuando comenzó toda esta pesadilla. Nunca aceptó su problema. ¡Cómo un macho como él no podía hacerme hijos!. Comenzó a beber y hasta ahora... ¡qué triste!.

-Sé que algún día me matará, y debo de decidir si vivir o morir. O él o tú, Laura.

Cogió la pistola y le apuntó desde el sillón a la cabeza como si fuera una diana, acarició el gatillo, era sólo un segundo y después..., cualquier cosa sería mejor que vivir así.

La mano empezó a temblarle, el corazón le bombeaba fuertemente, se sentía el latido en las sienas, le comenzaron a sudar las manos, suspiró profundamente y agudizó más la puntería ya que sólo tenía una oportunidad, visualizó la frente, el entrecejo y...

Bajó el arma llorando para sus adentros con un dolor desgarrador e intentando que no le oyera *la bestia*.

Para no despertarlo se tapó la boca con la mano, le moqueaba la nariz como si fuera una fuente y sollozaba como una niña con la vista nublada por las lágrimas y con un frío que le inundaba el alma.

Salió de la habitación, guardó el arma dentro de su bolso y cogió las llaves del coche.

-¡Cuando vea que le he cogido el coche y encima me llevo su arma se va a poner más fiera todavía!. ¡Que se joda! -pensó

Sacó la maleta de debajo de la cama del cuarto de huéspedes que había preparado a escondidas esa misma tarde con lo imprescindible para unos días. Apagó las luces, dio un último vistazo a lo que había sido su cárcel desde hacía años, empuñó el pomo de la puerta de la calle. Cruzó el umbral ni viva ni muerta. El miedo seguía.

T ACTO SIN LÍMITE

Ana Fernández de Córdoba

La habitación tenía el olor característico de clínicas y hospitales. La luz estaba apagada, pero un rayo brillante entraba por la rendija de la puerta entornada que daba al pasillo, profusamente iluminado. El suelo relucía limpio y aséptico.

En medio de la paz nocturna se oían los pasos suaves de las enfermeras: susurros de voces y quejas, y algún chirrido de las puertas.

En la habitación había dos camas blancas esmaltadas, en una de ellas estaba acostado Agustín. El resto del mobiliario era el apropiado.

Llenaba la oscuridad eterna de los ojos de Agustín, la inquietud y la duda... Era como estar en un pozo profundo, bajando... bajando.

Escuchaba la respiración de su esposa, acostada en la otra cama. La imaginaba con el cuerpo encogido, asustada entre las sábanas. Adivinaba los ojos de María abiertos y desvelados, las manos algo crispadas, pero callaba haciéndose la dormida.

Él, anteriormente, se consideraba feliz, tenía trabajo y una familia que le quería y a la que él quería, pero mañana le operarían intentando romper el humo ciego de sus ojos, y se preguntaba: “¿Seguiré siendo el mismo hombre? ¿Podré encontrarme entre la luz?”.

Aletazos de temor le envolvían las horas nocturnas. Sus dedos de sensibilidad inigualable acariciaban su cara; no quería olvidarla, quería seguir siendo él mismo.

Poseía una facultad extraordinaria por medio de la piel y el tacto de sus manos: adivinaba los colores, conocía todos los objetos. Era tal la intensidad de las yemas de sus dedos que incluso podía leer la lectura para videntes con sólo pasar los dedos por encima del papel.

Descubría enfermedades difíciles de detectar sólo tocando o rozando rostros y manos. Esto empezó como un juego, pero su fama se extendió; ahora le consultan y le dicen: “Dentro del mundo de las sombras, tú ves más que el resto de las personas”.

Esta noche sigue haciéndose preguntas: “¿Qué me parecerá el cielo, las nubes y los astros, ya que nunca he podido tocarlos, osea, verlos con las manos?”. Sus manos son su gran alquimia.

2

Han pasado varios días. La operación ha ido muy bien. Llegó el momento de dejar al descubierto los ojos operados.

Están el cirujano, también María y sus dos hijos: Aurora, de diez años y Juan, de ocho.

Tiene los ojos entornados, poco a poco los va abriendo... No reconoce a su familia hasta que le hablan. Cierra los ojos, les coge las manos; acaricia las caras mientras con emoción dice sus nombres. La operación ha sido un éxito.

María está feliz, suspira aliviada; fue ella la que le animó a tomar la decisión de operarse.

Agustín está contento, pero desorientado; no identifica casi ningún objeto. Antes, a la hora de comer, lo hacía perfectamente, sabía dónde estaba cada utensilio; ahora no encuentra nada, está perdido en un laberinto, no reconoce los cubiertos ni los platos. Lo mismo le pasa con los alimentos... y ha de cerrar los ojos.

Rodeado de luz, está confuso y perdido; es como si dentro de él hubiesen dos personas que van por distintos caminos: la exterior, de los objetos, formas y materia; y la anterior, la sensible, la del espíritu, la que comprende a la humanidad y la ama.

Agustín no quiere dejar de ser él mismo. Se enfrenta a este conflicto cerrando los ojos y vuelve a oler los aromas con la intensidad de antes; puede oír el más leve rumor y nota en las voces de las personas sus preocupaciones, dolor y alegría.

Muchas veces sigue leyendo con sistema Braille. como ejercicio de tacto para sus dedos. esos dedos que siempre le han hablado y descubierto la intensidad de la vida. A veces camina con los ojos cerrados, envuelto en el mundo silencioso de las dudas.

Hoy tiene visita con el médico-cirujano que le operó, y espera que le dé el alta. Va con María. Después de los saludos amigables, le reconoce los ojos. Le dice:

-Estás perfectamente, ya no es necesario que vengas, a no ser que surja algún problema. Poco a poco te acostumbrarás al mundo de la luz.

Agustín le responde:

-Tal vez me acostumbre a él, pero... ¿y si no quiero? El mundo de las sombras está lleno de vida, matices y sentimientos para los que no ven, pero desconocido para los que ven.

Se va emocionando al hablar.

-Imagínate por un momento que vas por el mundo de la oscuridad. ¿Qué sientes? Al principio te encontrarás perdido en un laberinto negro y opaco; luego será diferente, verás lo que nunca has visto.

El doctor sonrío y le dice:

-Sí, sí, algún rato cerraré los ojos, como tú dices, para encontrarme.

Se despiden. Cuando se estrechan las manos, Agustín se estremece, siente una sensación difícil de explicar. El médico se da cuenta y le pregunta:

-¿Pasa algo? ¿Qué sucede?

Agustín le coge las manos, las roza con las yemas de sus dedos y dice:

-Tienes unas manos finas, magníficas, han salvado muchas vidas y han hecho mucho bien, pero deberían ir despertando al tacto que hay en ellas para ver el mundo de las sombras que está cerca.

-¿Qué quieres decir? No te comprendo.

Le va a responder, pero la mano de María le aprieta el brazo, como diciendo: “calla”.

-¿Qué quiero decir? Nada... sólo te digo, como tú dices, ¡Cúidate!

Se marchan...

Caminan despacio por las calles. Atardece. El cielo está pintado con pinceladas rojas sobre azul, flotan nubes blancas e imperceptibles. El cielo va cambiando a violeta, luego a gris y a negro; las estrellas tímidamente empiezan a brillar.

Durante el paseo no hablan. Ella lleva la mano sobre el brazo de su marido; él alterna un tiempo con los párpados cerrados, otro con los párpados abiertos, para convivir con sus dos personalidades en conflicto.

Con los ojos cerrados siente el pulso y el corazón de María, la sabe feliz y enamorada; percibe música lejana y aroma de flores. Con los ojos abiertos, ve la cara bonita de su mujer, los transeúntes, los jardines, el cielo magnífico y hermoso... Piensa: “Nunca dejaré de ser quien soy. Lo exterior no me dominará”.

Antes de entrar en su hogar le dice a María:

-Quiero que sepas... -ella no le deja caminar, le interrumpe.

-Lo sé... No olvides que te conozco como tú conoces tus manos; yo también te quiero.

Cogidos de las manos entran en su casa.

L A PELOTA EN LA MANO

Rosa Gascón Ruiz de Azagra

Volvió a mirarse en el espejo, aquel traje azul marino alargaba su silueta y la camisa rosa pálido amortiguaba la seriedad del tejido oscuro. Conservaba su larga melena rizada aunque hoy se la había recogido con un pasador de pasta en la nuca mostrando una generosa cascada de rizos a su espalda, la cita de esa mañana requería una imagen tan espléndida como sobria.

Desde que tuvo conocimiento de aquella auditoria habían pasado por su mente muchos sentimientos contradictorios, pero en este momento para ella era solo un expediente mas, estaba tranquila, lejos de avivar el posible rencor aquellos datos le habían dado lástima por la falta de buena gestión que indicaban, si hubiera tenido la mas mínima duda de que en su corazón albergaba un ápice de venganza, su ética profesional le habría aconsejado el pasar el trabajo a cualquiera de sus compañeros, lo pensó en algún momento, pero el desafío de demostrar su capacidad, o la curiosidad de imaginar como habría sido su vida, ganó la batalla.

Una última mirada al espejo le devolvió sus ojos azules serenos y limpios como el mar en un día de poniente. Complacida con su imagen, recogió su maletín, llamó a las niñas y se dirigió al colegio. Más tarde pasaría por la oficina revisaría los trabajos del día y a las doce acudiría a la cita.

Al volante de su automóvil disfrutaba de la autovía, a la derecha el mar mostraba pequeñas crestas de espuma blanca que brillaban bajo el sol de un cielo limpio de nubes, los recuerdos vinieron a su mente.

25 años, con la carrera y el master recién terminados, ilusionada haciendo entrevistas aquí y allá, moviéndose con el viejo coche de su padre. Nerviosa, aterrada a veces con sus interlocutores a los que veía como verdaderos gigantes y que en su mayoría eran hombres.

Tenía ya un pequeño trabajo para una exposición pero su madre la había animado a acudir a aquella entrevista en un polígono cerca de casa.

Cuando vio la nave le pareció la cosa más horrenda como construcción, todas las hacen igual, pensó, como cajas de zapatos boca abajo, sin ventanas con aquellas puertas traga camiones que te engullen en la oscuridad adentrándote en un mundo metálico que te hace sentir como un garbanzo en una olla exprés, dentro ya, de algún recóndito lugar apareció un hombre con un mono azul.

-Buenos días, podría indicarme donde esta la oficina.

El hombre después de mirarla de arriba abajo le dijo con mezcla de ironía y curiosidad.

-¿A quién busca?

A D. Bernardo..., vengo a hacer una entrevista.

Entonces le señaló las ventanas del fondo de la nave, iluminadas con luces blanquecinas, al cabo de un cuarto de hora apareció D. Bernardo. Un hombre de unos cuarenta años, trajeado, con buena presencia que la volvió a inspeccionar de pies a cabeza.

Fue su segundo puesto de trabajo. Pasados los nervios del principio se acopló a las exigencias de aquel puesto así como al entorno de la empresa. Su carácter abierto y cálido le propició buenos amigos sin librarse de ciertas envidietas y rivalidades, también un compañero que pasó a ser algo mas especial, Carlos. Todo marchó bien durante algún tiempo en sus relaciones de trabajo familia y amor.

En algún momento alguien tramó una broma o hizo un comentario a cerca del pequeño romance con su compañero que llegó a oídos de D. Bernardo, jefe supremo de aquella sociedad, quién no debió de ver con buenos ojos aquella relación.

Una tarde la llamó a su despacho como acostumbraba pero en esta ocasión comenzó a insinuarle, a Valeria no le gustó nada y procuró rechazarlo diplomáticamente, al cabo de unas semanas las insinuaciones fueron subiendo de tono y la situación se tornó muy delicada; lo comentó con Carlos, que en un primer momento quedó confuso.

-No le des más importancia, ya se le pasará

A Valeria esta respuesta la dejo intranquila, no esperaba tanta comprensión de Carlos hacia su jefe y no parecía afectarle su temor.

La relación entre ellos se volvió un poco tensa y una tarde después de un nuevo ataque del jefe Valeria llegó al despacho de Carlos muy alterada.

-Cálmate Valeria, solo está jugando.

-No me parece un juego, me resulta violento, no entiendo tu forma de disculparlo, Carlos.

Los ánimos se encendieron y discutieron acaloradamente. D. Bernardo apareció como por arte de magia cuando la pareja estaba en plena discusión.

-Venga a mi despacho señorita -ordenó con cara de pocos amigos.

Sin invitarla a sentarse, con tono despectivo comenzó a decirle:

-No me gustan las relaciones entre los empleados y menos la suya con Carlos, tengo la impresión de que lo está utilizando para alcanzar otros puestos en esta empresa y aquí se asciende por méritos -afirmó dando un puñetazo a la mesa- no por contactos físicos ni patrañas femeninas.

A Valeria se le heló la sangre, sintió rabia y más que eso vergüenza de que alguien pensara semejante desatino. Ella no necesitaba escauceos ni mentiras, se había comportado siempre con honestidad hacia los compañeros y extremada responsabilidad en el trabajo.

-Pienso, -dijo D. Bernardo- que sería mejor que renunciara a su trabajo en esta empresa.

El rubor invadió su cara -¿Me está Vd. despidiendo?- acertó a decir con voz temblorosa.

-No la despidio, se va Vd. por voluntad propia. El tono era agresivo y contundente.

-No me parece justo...

El hombre se levantó de su sillón y con toda la cara manando rabia amenazadora, le gritó.

-Dentro de un momento tendré su baja voluntaria, si no la firma por las buenas ya me encargaré de que no encuentre otro trabajo en mucho tiempo.

Valeria, salió de aquel despacho, desalentada sin poder asimilar lo que acababa de oír. En su pecho la impotencia, el desconcierto y la rabia a penas la dejaban respirar.

Carlos al verla palideció. -¿Te ha despedido?

No, me ha pedido que me despida, le soltó a la cara como una bofetada.

Él se refugió en su despacho, ella recogió sus pocas cosas, y firmó humillada y sin poder pensar aquella hoja que la secretaria le puso delante, después sintiendo la mirada de aquel dictador sobre su espalda, salió de la nave con el corazón hecho pedazos por aquella iniquidad.

Los meses que siguieron no fueron fáciles, contaba desde luego con el apoyo familiar aunque no había querido pormenorizar su despido, toda la familia era consciente de lo delicado del momento.

Descubrió verdaderos amigos y compañeros que le habían sido fieles, entre los que no se encontraba Carlos, que se desvaneció como humo arrastrado por el viento.

Encontró otros trabajos, mas o menos interesantes, y junto con su mejor amiga decidió preparar oposiciones.

Desde que terminó la carrera su madre la había martilleado con este tema, que precisamente no era lo que mas le atraía, ya que siempre había visto estas oficinas como un trabajo falto de alicientes y sobre todo rutinario.

-Para la administración o para hacienda, ¿cuales son mas interesantes?, preguntó en la academia

-Después de estudiar su curriculum, tendrá mas oportunidad en Hacienda le recomendó el profesor.

Pasó un par de años, luego la suerte le acompañó y aprobó aunque sus primeros destinos fueron en otras provincias.

El tiempo madura a las personas dándoles como al buen vino, calidad, solera y bouquet a través de las distintas vivencias.

Después de casi diez años ya no opinaba lo mismo de su trabajo, todos son rutinarios si los analizas pero dentro de ese rodar diario hay muchos matices que adornan y enriquecen las vidas. Su ética profesional seguía siendo irreprochable pero su humanidad se había elevado, enriqueciéndola hasta hacer sentir importante su vida y su relación con las personas que trataba.

-Cada caso merece un trato- les recomendaba con frecuencia a sus subordinados.

Ya había llegado, tomó su maletín y bajó del automóvil; al mirar el edificio cuadriculado que tenía delante, tuvo la sensación de llevar en su mano derecha, una pelota y en su mente cruzó como un reflejo, el lanzamiento de aquél objeto virtual contra la chapa de aquella caja de zapatos, sabía que ella no la tiraría, sería justa y profesional, sus sentimientos ya arrinconados y fríos estaban lejos de hacerle perder su dignidad.

Entró en la nave y busco al empleado del mono azul.

-Buenos días, tengo cita con D. Bernardo.

El joven la miró de arriba abajo la hizo pasar a una renovada oficina que se permitía tener un sofá impoluto, (es decir donde nadie se sentaba jamás) junto a una planta que por la exuberancia del momento debía de haber sido comprada recientemente, quizá para causar buena imagen, ¿A quién? Se preguntó, será para mí pensó con un matiz irónico, su pecho se expandió, casi le entraron ganas de reír.

La puerta se abrió y la secretaria la invitó a pasar.

-D. Bernardo, Dña. Valeria Martínez, auditora de Hacienda.

Él dio un respingo al verla y se puso en pie de un salto, palideció, la miró a los ojos confuso.

Ella le tendió la mano a la par que con voz serena le decía:

-Me alegro de volverlo a ver D. Bernardo.

A ESO DE LAS CINCO

Lola Hernández Francés

Diego Alcántara era un gran amante de los libros. No sólo los compraba por docenas y llenaba de ellos estanterías y más estanterías. Además, tenía la costumbre de leerlos y se pasaba las horas sentado en la mesa de su escritorio pasando página tras página, infatigable, sin importarle lo que ocurriera más allá del borde de las hojas. Su casa era un auténtico almacén. Tenía los volúmenes alineados sobre la cabecera de la cama, cubriendo las paredes de las habitaciones, llenando los cajones del aparador, abarrotando el hueco de la escalera... eran tantos los libros que tenía que su casera le había amenazado con el desahucio temiendo que el suelo de la casa se hundiera al no poder soportar tanto peso.

Pero Diego Alcántara mantenía incólume su costumbre de leer, desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Este hábito había propiciado que su mujer lo abandonara pero él, leyendo como estaba siempre, no se había dado cuenta de su falta.

Cuando no se dedicaba a la lectura, solía bajar dando un largo paseo hasta el centro de la ciudad y hacía el recorrido leyendo el nombre de las calles, los carteles anunciadores, las marcas de los coches, las señales de dirección... sus ojos no podían apartarse de la letra impresa.

Así, prácticamente hipnotizado por las grafías, llegaba a su destino: la calle General Prim. En ella, de principio a fin, se alineaban las mejores galerías de librerías de toda la ciudad: libros antiguos, de ocasión, incunables, ediciones especiales, cualquier ejemplar le interesaba. No sentía predilección especial por ningún tema, era capaz de leer un tratado metafísico después de haber finalizado una novela de aventuras. Desayunaba frente a ensayos filosóficos, comía entre predicciones financieras, compartía el café con los autores clásicos y cerraba los ojos al mismo tiempo que las gruesas tapas de una guía médica.

¿De dónde provenía esta irrefrenable obsesión? Siendo un niño, Diego Alcántara contrajo una de esas enfermedades que ni siquiera los médicos pueden combatir; su cuerpo se llenó de pústulas, su alma se volvió melancólica y su carácter se tornó hipocondríaco, de forma que siempre se creía enfermo. Incluso cuando sus heridas se curaron, más por el paso del tiempo que por la intervención de los galenos, el pequeño Dieguito notaba en su debilitado cuerpo todos los síntomas de todas las enfermedades. Fue entonces cuando comenzó su pasión por la lectura; cierto día que estaba postrado en la cama víctima de los síntomas de las fiebres tifoideas, su tía entró en la habitación con un obsequio que cambió su vida: envuelto en llamativos papeles de colores, llegó hasta sus manos su primer libro, una emocionante novela de aventuras de la que no pudo apartar la mirada hasta que no volvió la última hoja. Todos sus males desaparecieron durante los tres días que se entregó a la lectura, y volvieron a aparecer en cuanto dejó el libro sobre la mesita de noche.

Conscientes de que, únicamente tras las páginas de un libro, su hijo recuperaba la salud que durante tan poco tiempo le había acompañado, los padres de Diego Alcántara se suscribieron a un club de lectores: les salía mucho más barato comprar libros que pagar los medicamentos que el niño consumía como si fueran caramelos, y además, el pequeño recuperaba el color a un ritmo vertiginoso. Pronto estuvo completamente recuperado pero cayó víctima de la lectura; pasaba tantas horas leyendo que perdió a sus amigos y se quedó totalmente solo, pero apenas se dio cuenta. Cuando su madre intentaba que dejara de leer comenzaba a notar de nuevo los síntomas de alguna enfermedad y lo único que conseguía aliviarle era iniciar la lectura de un nuevo libro.

Pasaron los años y, al llegar a la adolescencia, todos pensaron que el interés por las chicas le haría olvidar aquella obsesión pero Diego nunca salía con ellas, volvía de sus clases leyendo y se encerraba en su habitación hasta el día siguiente. Consideraba que las personas no eran interesantes, no soportaba sus charlas tediosas y prefería la compañía de un buen libro del que siempre aprendía algo nuevo. Pasó la adolescencia entre cuatro paredes imaginando ciudades, viviendo aventuras, consumiendo páginas y apilando libros en todas las habitaciones de su casa. Al convertirse en adulto su horizonte se amplió, dejó a un lado la literatura juvenil y se lanzó de lleno al incommensurable océano de la letra impresa sin despreciar ninguna modalidad ni preferir ninguna ciencia.

Al ver próxima la vejez, los padres de Diego Alcántara decidieron que había llegado el momento de que su hijo se casara; alguien tenía que ocuparse de él ya que, absorto como estaba siempre en la lectura, necesitaba una persona que pusiera algo de orden en su vida, le recordara las horas de las comidas y mantuviera su ropa limpia: cualquier mujer serviría. Fue así como la hija

de la vecina entró a formar parte de la familia; educada en un ambiente modesto, estaba convencida de que cualquier hombre que no la dejara sola en casa sería un buen marido y como Diego apenas salía de su habitación, pensó que su matrimonio sería una eterna luna de miel. Y eso fue precisamente lo que no tuvo; los recién casados salieron de la iglesia y se fueron derechos a casa: el novio no podía estar tanto tiempo sin leer, ya comenzaba a notar un poco de fiebre. Al llegar a su nuevo hogar, abarrotado de todos los libros de los que no podía separarse, Diego se encerró en su cuarto de lectura y siguió con su rutina habitual. Se había casado para no escuchar a su madre: hablaba tanto sobre el matrimonio que no le dejaba concentrarse en la lectura; por lo demás, le era indiferente quién cuidara de sus cosas. Pasaron los meses y, antes de que transcurriera un año, la mujer de Diego lo abandonó sin que él se tomara la molestia de levantar la mirada; desde entonces había tenido que acostumbrarse a cuidar de sí mismo. Su vida era muy ordenada; como no podía perder el tiempo limpiando, se volvió meticuloso, aprovechó sus visitas semanales a las tiendas de libros para comprar todo lo necesario y consiguió que, mientras él estaba fuera, la portera subiera para adecentar un poco su pequeño apartamento. Vivió así algún tiempo, sin darse cuenta de que la vida pasaba a su lado, sin saber que el tiempo no se detenía como ocurría en las páginas de un libro.

Fue una tarde lluviosa de enero, aunque él no se había dado cuenta de que llovía ni de que estaba en el mes de enero, cuando alguien llamó a su puerta. Convencido de que sería el encargado de la librería con un nuevo paquete de libros, abrió la puerta y se encontró con una muchacha delgada y de inteligentes ojos oscuros. Si hubiera sido un poco menos huraño, se habría dado cuenta de que era la misma chica con la que solía cruzarse en la escalera; a pesar de que ella le saludaba educadamente, él no se dignaba más que a emitir un profundo gruñido a modo de con-

testación, sin mirar otra cosa que no fuera la punta de sus zapatos. Era una universitaria que estaba en el último año de carrera y vivía en el apartamento de al lado; el cuarto de lectura de Diego y su habitación estaban separadas, únicamente, por el patio de luces de la finca de modo que, todas las tardes, mientras ella estudiaba, se sentía acompañada por aquel vecino tan misterioso. Como buena curiosa, se había dado cuenta de que Diego poseía centenares de libros y, puesto que su economía era algo precaria, pensó que tal vez no le importaría prestarle algunos. Diego no pudo resistirse a su sonrisa y, como ella lo había solicitado con tanta naturalidad, pensó que sería una locura negarse, de modo que la dejó pasar y hurgar en sus estanterías. Sólo puso una condición: los libros no podrían salir de su apartamento porque podría necesitarlos en cualquier momento; además, perder alguno de ellos habría sido una tragedia insoportable. La muchacha aceptó las condiciones: trasladaría sus bártulos al cuarto de lectura de Diego y allí haría uso de todos los libros que quisiera.

Cada tarde, a eso de las cinco, Clara entraba en el apartamento con la llave que él le había dado para no tener que molestarle en abrirle la puerta, se dirigía a la cocina, preparaba el café y se reunía con Diego en el cuarto que, poco a poco, llegó a ser de los dos. Sin cruzar una palabra para no molestarle, ella dejaba una taza de café en el brazo del sillón donde Diego solía leer y se acomodaba frente a él, junto a la mesa camilla, donde estudiaba y tomaba apuntes durante horas. El tiempo transcurría silencioso interrumpido, únicamente, por el sonido de las hojas o por el rasgueo de la pluma de Clara sobre el papel. Mucho más tarde, cuando ya la noche cubría los tejados de la ciudad, la muchacha desaparecía sin decir nada dejando tras de sí sus pasos apagados a lo largo del pasillo y el sonido metálico de la cerradura de la puerta.

Como era natural, Diego estaba encantado con aquella relación: no necesitaban utilizar las palabras para que existiera entre ellos una comunicación continua; aprendió el significado del tamborileo de los dedos de Clara sobre la mesa cuando no encontraba palabras para escribir sus pensamientos, intuyó que cuando más relajada estaba era cuando se sentaba sobre las piernas cruzadas, descubrió el pequeño surco que se le formaba en la frente cuando se encontraba con algún problema,... a fuerza de observarla y aprender sus gestos, acabó enamorándose de ella. Lo supo en cuanto descubrió una tarde que había pasado la mayor parte del tiempo mirándola por encima de las hojas del libro que fingía leer, sin avanzar una sola línea, prendado del movimiento de sus ojos al leer, de la agilidad de sus manos cuando escribía, de la naturalidad con la que había tomado posesión de su parte del cuarto de lectura y del cariño con el que le dejaba la taza de café sobre el sillón, cuidadosamente, para no interrumpir su lectura. Era la primera mujer que había respetado su amor hacia los libros, incluso compartía su obsesión por ellos, y decidió entablar una conversación cuando la ocasión lo propiciara.

La siguiente tarde, a eso de las cinco, Clara entró como siempre en el apartamento y se dirigió a la cocina pero Diego ya había preparado el café y la esperaba en el cuarto de lectura; ella se extrañó ante el cambio de actitud pero, en el fondo, lo esperaba desde hacía bastante tiempo. Había aprendido también todos los gestos de Diego y conocía perfectamente el ruido que hacía al pasar una hoja, un ruido que apenas escuchaba últimamente porque él no hacía otra cosa que observarla; notaba su mirada recorriendo su cuerpo, deteniéndose en sus manos o en su cara y sabía que aquel interés repentino significaba algo. Para un hombre como él, acostumbrado a estar solo, ocultar sus sentimientos debía resultar muy difícil, probablemente no habría sabido cómo hacerlo en el caso de que hubiera querido ocultarlos. Aquella

adoración a la que se sentía sometida había conseguido conno-verla y debía reconocer que llevaba algún tiempo esperando con impaciencia la ocasión que ahora se le presentaba. Con naturalidad, como si no se hubiera dado cuenta de la amabilidad de Diego, se sentó en silencio junto a la mesa camilla y removió con descuido el café que él había colocado junto a sus apuntes. Él le preguntó qué era lo que estaba estudiando; ella le respondió que estudiaba literatura porque quería ser escritora: le habló de los libros que más le habían gustado, libros que, por supuesto, Diego había leído ya. Estuvieron charlando durante horas sin darse cuenta de que, en el exterior, la noche empezaba a oscurecer el pedazo de cielo que se veía desde la ventana.

Clara volvió la tarde siguiente, había pasado la mañana esperando que llegaran las cinco; Diego la aguardaba con impaciencia, notaba que, a su lado, no necesitaba estar inmerso en la lectura para sentirse feliz. Al entrar en el cuarto que compartían, ella le sonrió tímidamente mientras dejaba la taza de café en el brazo del sillón; él no pudo evitar tomar una de aquellas manos, que tanto había admirado, entre las suyas. Ambos notaron el rubor cubrir sus mejillas, se miraron y supieron exactamente lo que sentían el uno por el otro: acortando la distancia que los separaba, Clara se acercó a Diego y, de puntillas, rozó con los labios su boca. Él la abrazó ilusionado y, tirando varias pilas de libros al suelo, la amó sobre ellos, la amó como había leído en las novelas de aventuras, la amó como dictaban los tratados médicos, la amó recordando los folletines románticos que leyera en su juventud, la amó física y literariamente y ella sintió que cada una de aquellas maneras encajaba perfectamente con sus deseos.

Ya no volvió a casa, se instaló definitivamente en el apartamento de Diego y, al terminar sus estudios, se dedicó a escribir, a escribir sobre mil cosas. Escribía de todo y de nada y, cada pági-

na que llenaba, era leída con avidez por Diego, que la miraba pacientemente esperando su dosis de literatura como un enfermo espera su medicina.

A ISLADO

Ángeles Hernández Poveda

Me desperezo y froto mis ojos con insistencia, estoy bastante aturdido, como aletargado, no sé cuanto tiempo duran mis periodos de atolondramiento o sueño, no encuentro manera de orientarme en esta penumbra que me asola. Es difícil esta situación, me encuentro aquí, solo, prisionero confuso y desorientado, muy desorientado. Compruebo que la prisión en que vivo sigue igual; nada cambia de día en día.

Sospecho cual será la programación a seguir en cada momento de este interminable encierro. Espero con impaciencia una luz o algún sonido diferente, algo que rompa esta insufrible monotonía que me asfixia, mas resulta vana mi espera.

Cada nuevo día convivo con mi soledad que me resulta ya insufrible. Aprieto los puños con fuerza y rabia tratando de producir sonidos desgarrados que traspasen los imposibles muros de esta celda de aislamiento. Noto las lagrimas que brotan de mis

ojos y mi rostro parece arder enrojecido por la furia contenida. Nada cambia, todo se desarrolla matemáticamente ateniéndose a una inamovible y rutinaria programación.

Otra jornada tediosa en la que todo se repetirá sin variación, ajustándose siempre a la misma pauta establecida por los de fuera, que son los que siempre deciden por mí sin consultarme jamás. Los chequeos médicos y minuciosos controles se repiten invariablemente para asegurarse de la salud del cautivo.

Pasa el tiempo, no logro tener conciencia exacta del mismo. Aquí las noches y los días se parecen tanto que apenas puedo apreciar las diferencias. Suelo tener largos periodos de sueño. Son estas etapas las que me permiten evadirme de mi asfixiante realidad.

Cuando estoy despierto, trato de hacer algún movimiento que me permita estirar las extremidades en la medida que lo permite el poco espacio de que dispongo. Siento mis manos y pies hinchados por la falta de ejercicio y mi piel está arrugada y áspera. Estoy seguro que si alguna vez consigo salir de aquí no podré caminar e incluso me faltará el equilibrio. Es demasiado estrecha mi celda y me tiene limitado al mínimo movimiento. Aquí no se pueden realizar paseos que me estimulen y mantengan en forma aunque, eso sí, esta prisión está muy acondicionada y debidamente acolchada para proteger la integridad del inquilino que la habita. No consigo entender el por qué de estas medidas de protección, cuando a nadie parece importar mi largo e insufrible encierro.

La insonorización de este habitáculo hace que nadie acuda a mí cuando reclamo la atención de los que están fuera, aunque lo intento repetidamente hasta quedar exhausto, dando fuertes puñetazos y golpeando con los pies en las paredes con todas mis

fuerzas pero es inútil, nadie se inmuta y yo acabo agotado por el esfuerzo.

Igualmente a mí me resulta imposible apreciar nítidamente lo que ocurre al otro lado y aunque en muchos momentos contengo la respiración, tratando de escuchar algo que me de una pista de lo que hay al otro lado, no consigo nada.

Sigo con mi tediosa rutina esperando algún suceso diferente que me permita ver u oír que ocurre en el exterior, que piensan hacer conmigo, que me estarán preparando para los próximos días. Necesito saber hasta cuándo estaré aquí, no podré resistir por mucho tiempo esta situación que ya dura demasiado.

.....

Hoy todo me parece diferente, noto que mi prisión me oprime más que otros días y algo importante pasa que no puedo controlar. Mi respiración está agotada, estoy tan rendido que no puedo seguir luchando. Ya ni siquiera golpeo las paredes de esta celda.

Es imposible apreciar con claridad los movimientos externos pero presiento algo desconocido que me atemoriza. Siento un escalofrío recorriendo mi piel y ello me produce una sensación dolorosa. Estoy solo, solo con mis temores, con mi cansancio y debilidad. Ellos quizás sean muchos esperando mi rendición y su triunfo, ya no puedo luchar más. Me abandonan las fuerzas, el agotamiento no me permite ninguna reacción.

.....

-¿Qué ocurre ahí? ¿Quién está al otro lado?- grito y grito repetidas veces, pero mi voz parece ahogada, ningún sonido sale de

mi garganta. Mi pequeño mundo se estremece. ¡Esto es un caos que me llena de horror! ¡Que pasa ahí fuera! ¡Que alguien me ayude por favor!

Noto unas fuertes vibraciones ¿qué es esto? ¡Me siento morir!. Cuando parece amainar, trato de relajarme necesito descansar, aunque enseguida se repite la misma situación, siendo cada vez más brusca y de más duración. ¡No puedo más! necesito ocultarme hasta que esto pase, pero... ¿cómo?... ¿dónde? Aquí no hay sitio posible para que pueda esconderme hasta que esto pase. ¡Por favor necesito ayuda!

El miedo me anula, creo que estoy perdiendo la conciencia. Algo intenso y húmedo me hace perder el control y me arrastra, me arrastra no sé hacia dónde.

No puedo aguantar esta situación tan crítica, que ya dura demasiado. Me invade el pánico y el corazón se me acelera, golpeándome el pecho con una fuerza que parece querer romperlo. Noto una enorme presión en la cabeza como si me la aplastaran. Algo me empuja a lo desconocido. Vuelvo a sentir otra vibración, esta vez es mucho más fuerte que las anteriores. Mi celda se viene abajo, empujándome hacia un abismo sin fin que me aterroriza... ¡Tengo miedo!... ¡¡Miedo!!!... ¡¡Aaaaahh!!... ¡¡¡Aaaaaahhh!!... ¡¡¡¡Aaaaaahhhh!!!!

.....

Cabello mojado por el sudor, respiración jadeante, rostro enrojecido por el esfuerzo, aunque hay una hermosa sonrisa en el semblante de la joven parturienta.

-Señora -dice el médico satisfecho- acaba de parir un hermoso niño.

L IBRERÍA

Ángela Izquierdo Zaragoza

*A mis dos familias, de la que provengo y la que,
junto a Joan, María y Juan, he creado*

La humedad se filtraba por las esquinas de cada columna de libros apilados. Le gustaba su olor y ni siquiera el polvo acumulado en las estanterías le producía el más leve estornudo. De la bolsa de mandarinas que había dejado en el suelo subía un aroma intenso y, mientras ojeaba uno de los libros que había seleccionado, se deleitaba con ese perfume.

La librería pertenecía a una antigua amiga de su madre y, desde que la recordaba, siempre había estado ahí. Siempre el caos apilado hasta casi el infinito en forma de libros de muchos tamaños distintos y muy distantes temas. Columnas de todos los órdenes formadas exclusivamente de libros. Pero, sobre todo, disfrutaba de la soledad del lugar. Aquella librería había sido su hogar durante un tiempo y la encargada, aunque desconocida

para ella ahora, parecía sospecharlo y apenas levantaba la vista, reclinada como estaba en el mismo sillón orejero que, muchos años atrás, ella misma había ayudado a transportar a la tienda. Su padre quería deshacerse de él y se lo ofreció a la dueña de "La Lonja", libros de segunda mano. Como no vivían lejos se prestó a transportarlo él mismo hasta allí y Lucía quiso ayudar. Tenía entonces quince años. En justa recompensa y venciendo su timidez dejó que la nombraran ayudante del fichero. Pasaron muchas tardes hasta que averiguó en qué consistía exactamente su tarea, puesto que de las dos personas que normalmente estaban allí, ninguna parecía tener demasiada prisa en incluirla en la plantilla. La dueña apenas aparecía por la librería y ella prefería seguir como hasta entonces, husmeando y descubriendo trozos del mundo desde la librería de la esquina de su casa. Esa proximidad era la que le facilitaba poder pasar allí tardes enteras después del colegio.

Una tarde llegó la dueña de forma inesperada y se alegró de verla. Le preguntó si le resultaba difícil su nueva tarea y se enfadó al descubrir que nadie había prestado la más mínima atención a la hija de su amiga Teresa y de Tomás.

Desde esa tarde Lucía entraba con un objetivo claro en "La lonja": había aprendido a fichar libros y se afanaba en hacerlo lo mejor posible.

Por la librería pasaba gente de todas clases. Algunas personas eran habituales y Lucía levantaba la vista de vez en cuando para ver qué libros solían elegir. Al poco tiempo se atrevió a acercarse un título que les había acabado de llegar a una vecina con la que nadie hablaba demasiado, pero que solía sonreír a Lucía si se la encontraba por el barrio.

-Doña Ana no sabe que nos ha llegado pero parece muy completo, lo acabo de fichar -Gracias, ¿trabajas aquí? -No, en realidad no trabajo. Bueno, sé fichar libros y como mis padres conocen a Doña Ana, ella me deja encargarme del fichero.

-Pues con éste has acertado y me lo llevo, es uno de los que estaba buscando.

Pasaron muchos años y Lucía guardaba en la memoria el éxito de su primera venta. Lo contenta que se puso Doña Ana y lo orgullosos que se sintieron sus padres.

La librería había cambiado apenas, y más que cambios eran imposiciones lógicas las que reconocía. La pequeña caja registradora junto al ordenador y el tapizado del sillón orejero en el que seguía reclinada una mujer del todo desconocida para Lucía, eran nuevos.

Lucía se dirigió a ella para preguntarle por Doña Ana.

-La jefa ya no pasa por aquí, si quieres algo de ella tendrás que llamarle a su casa si es que eres amiga de la familia. Ahora se encarga su hija Aurora, pero los jueves libra.

Lucía demoró la salida y se entretuvo todavía un rato más. El sol ya no estaba ni siquiera detrás de las nubes y un cielo gris dio paso a una fina lluvia. La lluvia empapaba a la gente que caminaba deprisa por la calle y en la librería los libros empezaron a oler a tierra y hojas mojadas.

Desde donde estaba podía ver los escalones de la Lonja. Se subió el cuello de su jersey y abotonó la gabardina. La bolsa de mandarinas seguía en el suelo y ahora era a flor de azahar a lo que olía.

A Lucía le encantaba la cocina, y en parte descubrió la magia que ejercen algunos platos gracias a la librería. Allí aprendió sus primeras recetas y de un volumen de cocinas del mundo extrajo dos de las que no se olvidaba nunca: una turca "Las berenjenas del Sultán" y otra italiana "Ensalada Florentina". Cuando las preparaba elegía siempre la albahaca más fresca y el comino de sabor más intenso. Sus amigos le alababan estos dos platos cuando guisaba para ellos.

La familia de Lucía se mudó de ciudad al cumplir ella diez y nueve años. Desde entonces pocas habían sido las ocasiones en que había visitado "La Lonja".

Los lugares importantes no se olvidan nunca. Prefieres no arriesgarte a descubrir los cambios que han sufrido durante tu ausencia, quizá porque de ellos guardas un recuerdo muy grato. Lucía no se olvidó de la librería en sus visitas a la ciudad. Simplemente no quería encontrarse con una nueva encargada que hubiera puesto orden en aquel amasijo de pequeños pasillos de libros apilados, o que hubiera cambiado el color de las viejas maderas de las estanterías, que ya en aquella época empezaban a mostrar la voracidad de la carcoma.

Ahora tenía casi cuarenta años y su visita no había sido planeada, simplemente había dejado más sueltos que nunca sus pasos por entre las aceras del barrio e indefectiblemente estos le habían llevado allí. Había regresado a la ciudad por cuestiones de trabajo, o mejor dicho por la falta de éste. Se había instalado en la antigua casa familiar, ahora vacía, y esa mañana había decidido disfrutar de hacer su compra en el Mercado Central. Desde primera hora de la mañana sólo se repetía una frase, a modo de un mantra "despacio, sin prisas". Así se había dado una ducha. Así había desayunado después de haber bajado a por el periódico. Así había planeado su lista de compra y elegido su ropa, sin prisas.

El día había resultado apacible y todavía no sentía ninguna necesidad de llamar a casa de sus padres ni hacer esa otra llamada que temía desde que ayer, al abrir la agenda, descubrió ese número que creía haber borrado o, cuanto menos, tachado.

Su tarde en "La lonja" le había devuelto cierta calma, transportado a otra época en la que se sentía arropada entre tanto libro.

La lluvia había dejado un color irisado en la ligera capa de agua que cubría los adoquines de las calles del barrio. En los charcos se reflejaba el perfil de las temibles gárgolas del edificio gótico de la Lonja.

Hubo un tiempo en el que Lucía no salía de casa sin su cámara réflex. Justo un año antes de mudarse con su familia se empeñó en que quería dedicarse a la fotografía y, como Doña Ana había comenzado a pagarle un sueldo, sin decirlo más en casa apareció un buen día con su primera cámara. Era una Olympus OM1 y le acompañaba a todas partes.

Fotografiaba los perfiles de las casas eligiendo contrapicados para que se viera el cielo en las estrechas calles del barrio del Mercat. Fotografiaba los patios señoriales de la Calle de Eixarchs y de Caballeros. Fotografiaba a algún turista que a su vez estaba fotografiando algo en la ciudad. Fotografiaba los parques, las niñas y los niños a la salida de un colegio, los bancos de Viveros en donde se sentaban parejas susurrantes. En estos casos siempre sacaba la foto desde atrás, recortando siluetas en contraluz. No le gustaba robar intimidad.

Hubiera deseado tener ahora su cámara y sacar una fotografía de los restos de lluvia sobre las manchas de gasolina. Gárgolas irisadas, pensó en llamar su fotografía.

Su abuela le apoyó desde el primer momento. Manuela conocía a su nieta mejor casi que sus padres. Y no es que hablaran mucho, pero se comprendían con los ojos, negros profundos los de su abuela, verdes los de la nieta, porque las dos eran muy intuitivas.

Cuando llegó el momento Manuela le dijo "no desaparecemos Lucía, existimos por siempre si quien nos quiere nos sigue contando sus cosas". Y así, sin darse cuenta Lucía siguió conociendo a su abuela, a la que inventaba cuando necesitaba respuesta a situaciones que Manuela no habría imaginado.

Con una cámara Lucía había conseguido su primer trabajo. Seguía estudiando la carrera por las noches pero el tiempo en el periódico le consumía todas las fuerzas. Los primeros encargos no eran complicados, pero ella repetía cada toma hasta tener la certeza de poder haber captado el gesto. "En fotografía trabajamos con la sospecha de haber captado el instante, sólo al revelar el negativo descubres si estabas o no en lo cierto" les decía a sus padres a los que cada vez veía menos.

Un trabajo llevó a otro y se vio de pronto viajando con su cámara a cuestras. De los lugares por los que pasaba solía enviar postales a casa y a la librería de Doña Ana. No tenía más impulso que el de esas dos direcciones postales. Y era consciente de que tenía que ampliar su reducido entorno. Así fue como entró él en su agenda.

Manuela ya se había ido y Lucía no se lo pudo presentar. Pero le hablaba de él, en parte para conjurar su sospecha de que eran tantas las diferencias entre ellos que ninguno de los dos podría aguantar el peso de su amistad.

La luz se estaba yendo del todo y deseó caminar a casa y reposar las imágenes del día. Hoy no llamaría.

La entrevista de trabajo había resultado fría. No parecía que nada se ajustara al perfil, ni ella a lo que se pedía, ni ellos a lo que Lucía buscaba.

Con otro día por delante volvió a dirigir sus pasos hacia la librería. Los viernes hay mucha más actividad en el barrio. Igual que cuando era pequeña, pensó.

Al llegar, la encargada le saludó, pero no fue mucho más que un levantar de cejas y una mueca en los labios. Esta vez estaba empaquetando unos libros y consultando unos datos por el ordenador.

-Estos se van de viaje -dijo de pronto-. Lucía se le quedó mirando y comprendió que ahora era su turno.

-¿Y se van lejos?

-Sí, algo más que la vez anterior, que fueron a Malta.

-¿A la isla de Malta?

-Es una especie de historiadora. Siempre va en barco y los libros que nos hace buscar por todo el mundo tratan de rutas marítimas, de navegación, de batallas de mar entre antiguas metrópolis, ¡Qué se yo!.

-¿Sabes que yo trabajé aquí hace algunos años?

-No sabía, pero imaginaba que conocías la librería porque te movías como si tuvieras el plano en la cabeza. No tropezaste ni una vez y eso que te tiraste aquí un par de horas.

-Me llamo Lucía. Y hace más de veinte años que Doña Ana me encargó ser ayudante del fichero.

-Nunca ha querido deshacerse de él. Míralo, está en la trastienda. Yo soy Berta. Ahora todo está en el ordenador. No se si quedará todavía alguna de las antiguas fichas.

Así fue como Lucía volvía a incorporarse, sin saberlo, a la vida que le quedaba a la librería.

Pasó el resto de la tarde charlando con Berta y tomando buñuelos que compraba en la Horchatería del Collado, donde solía comprarlos años antes.

En una ocasión llevó a esta horchatería a un amigo suyo, que conoció en su primer viaje a la Capadocia. Él era de Singapur. En mi ciudad ya no quedan mercados como el que tenéis aquí, y menos todavía cafés como este. Es cuestión de tiempo.

Lucía se sintió confundida al oír esas palabras, pero reaccionó y contestó que sin ese mercado la ciudad cambiaría tanto su identidad que nadie cometería semejante violación. Y hasta el momento.

Preguntó más cosas y conoció a Aurora, que a última hora de la tarde se presentó con prisas para indicarle a Berta que preparara un pedido urgente. Quedaron en que le daría recado a su madre y en verse, tal vez, más adelante.

Lucía se sentía cómoda. Su vuelta, sin sobresaltos, le estaba devolviendo la calma que tanto añoraba. Sabía que no podía refugiarse en la librería por mucho tiempo, pero confiaba en tener atados esos cabos que durante su último viaje habían quedado tan

sueltos que casi la mandan a la deriva. Necesitaba tocar puerto. Pero sobre todo recuperar sus rincones de la ciudad. Y entre ellos la librería era el principal.

Al llegar a casa sintió no poder demorar más la llamada que tenía que hacer. Levantó el teléfono y en un segundo vio pasar las imágenes de dos años de encuentros, dos años de citas, dos años de intentar ser otra para poder recibir al otro. Y no pudo marcar el número.

Su casa tenía balcones a la calle. y ésta, aunque estrecha, reflejaba la luz de la tarde permitiendo leer sin encender bombillas. Prefirió escribir.

¿Quién podía querer con tanta urgencia libros de segunda mano sobre itinerarios de antiguos galeones?.

Esa noche soñó y en su sueño navegaba con los libros hasta su misteriosa dueña, que la recibía sin ceremonia poniéndose a traducir ávidamente las páginas de griego clásico de aquellos textos. Soñó que nunca nadie había visto esos poemas antes pero que ella podía recitar algunos de sus versos. La traductora se enfureció de repente y Lucía sintió miedo. Miedo de estar en medio del mar hablando una lengua que jamás aprendió. Desde otro espacio sintió una melodía.

La música parecía no provenir de ningún lugar concreto y el sueño hacía tiempo que había acabado. Se levantó para buscar la música. Fuera hacía sol y un acordeón entristecía las primeras horas de esa mañana.

Otro sonido interrumpió de pronto, devolviendo a Lucía a la realidad. Descolgó el teléfono deseando que no fuera nadie cono-

cido y en parte acertó. Doña Ana la invitaba a almorzar. Lucía agradeció la hospitalidad de la amiga de su madre y quedó en acudir a la dirección que le daba.

Mientras arreglaba la ropa en el armario venían a su mente imágenes de cuando era pequeña y frente a la luna de ese espejo ovalado imaginaba historias.

También cuando hacía fotografías sentía el impulso de inventar cosas sobre la gente que fotografiaba. En una ocasión sacó una foto de un mendigo sentado sobre un televisor abandonado en la calle, abrazando a un gato. La historia que le dedicó parecía tan real que en la redacción creyeron que se trataba de un viejo profesor de su instituto al que todo le falló en la vida.

En otra ocasión sacó una instantánea de una mujer dormida en un autobús con un paquete de regalo en sus manos. La presunta infidelidad de esta posible madre le llevaba a comprar regalos a sus hijos cada vez que veía a su amante extranjero.

Tenía cajas de fotos sobre las que sin proponérselo podía escribir un volumen de cuentos.

Miró el reloj y planeó dónde comprar un detalle para Doña Ana. En el barrio había muy buenas pastelerías, pero prefirió entrar en el Mercado Central y comprar una surtida cesta de frutas exóticas. Le fascinaban los colores que pueden llegar a tener, pero más le fascinaba cómo había cambiado la gente que hacía allí su compra. Gente de países distantes y lenguas dulces unas, rotundas las otras. Gente cargada de niños que lo miran todo con los ojos muy grandes. Niñas y niños que no podrán explicar cómo era el país de sus padres porque ya son medio de aquí. Le gustaba que su ciudad se hubiera convertido en un rincón cosmopoli-

ta del planeta. ¿Se haría alguno de estos niños cliente de la librería?

Doña Ana estaba algo más encorvada pero por lo demás era la misma enérgica mujer de siempre, ahora con edad para descansar del trabajo hecho. Entre ellas la relación siempre había sido sincera y sin protocolos, así que aunque había pasado mucho tiempo Lucía se sintió pronto como en casa. Con su hija no era lo mismo. Aurora no miraba a los ojos y parecía no prestar atención cuando le hablaban.

La comida transcurrió de forma muy agradable y a la librera le encantó el regalo de la hija de su amiga.

-Lucía, ¿que planeas hacer ahora?

-Si te soy sincera no tengo las cosas muy claras. He tenido un par de entrevistas pero sin éxito y los teléfonos de contactos que guardaba parece que han quedado obsoletos. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Ana le escuchaba pero sus ojos comenzaron a recorrer el rostro de Lucía.

-Tengo que darte una mala noticia, Lucía. No lo sabe nadie, ni si quiera Berta. Pero la librería ya no es lo que era y en unos meses cierra.

-Nada es lo que era. ¿Estás segura de que no hay modo de llevar el negocio adelante?

Permanecieron calladas un instante. Las dos luchando por entrever otra salida para "La Lonja".

Así pasó el rato del café, con más silencios que palabras y Lucía se despidió prometiendo volver a visitarla. -Seguro que la próxima vez que nos vemos las dos tenemos mejores noticias que contarnos.

De vuelta al centro siguió caminando hasta la calle de Caballeros y tomando la calle Alta se dirigió a la plaza del Carmen. Andaba mirando al suelo, pensando qué milagro podría cambiar el destino de la librería, de Berta, de Doña Ana y el suyo propio. La tarde era apacible y una luz intensa lo rodeaba todo.

Cenó fuera y regresó a casa tarde. Tenía un par de mensajes en el contestador: sus padres y Doña Ana. A doña Ana se le había olvidado decirle que una clienta suya buscaba traductora de inglés renacentista y que recordaba que Lucía destacó en esa asignatura durante la carrera. Era una mujer de dinero y estaba dispuesta a pagar por un trabajo bien hecho y hasta que encontrara otra cosa podría interesarle.

Lucía se acostó sin darle demasiadas vueltas a la cabeza. Había desarrollado un ritual al que se mantenía fiel cuando se metía en la cama y que le hacía fácil evitar somníferos. Consistía en cerrar los ojos para ver las mejores imágenes del día y, como en cine, congelar el mejor momento de cada una de ellas. Se había acostumbrado a conciliar el sueño al ver agrupadas sus imágenes del día.

Por la mañana llamó a Doña Ana y consiguió el teléfono de Sara Mifsud, de la que Doña Ana no sabía gran cosa, tan sólo que les hacía pedidos muy difíciles de conseguir y que viajaba mucho.

A Lucía empezó a interesarle su posible trabajo. Trató de ponerse en contacto con ella pero no tuvo éxito en todo el día. Al día siguiente fue la misma Sara quien la llamó.

-Tengo su número grabado porque intentó localizarme ayer.
¿Con quién hablo?

-Mi nombre es Lucía Huertos y llamo de parte de Doña Ana, de la librería "La Lonja".

-¡Por fin! ¿Habéis conseguido los títulos que os envié por fax?

-Lo siento yo no trabajo allí. Bueno trabajaba pero hace de esto muchos años. Doña Ana me dijo que necesitaba traductora de Inglés .

-Sí, claro. Necesito traductora porque se supone que tengo los textos para traducir. Esta vez, ¡Berta no se ha esmerado nada!

-Espere un momento, ¿usted pidió que le enviaran una vez unos libros a Malta?

-Sí, ¿Por qué?

-Berta estaba preparando su nuevo pedido hace un par de días. Yo estaba en la librería.

-¡Estupendo! ¿Los ha enviado ya?

-No sé. Vivo muy cerca, si quiere puedo pasar esta mañana.

-Lucía, te lo agradecería muchísimo. Te volveré a llamar sobre las doce, ¿de acuerdo?

"De acuerdo". Y sin saberlo Lucía acababa de abrir la puerta al pequeño milagro que todas necesitaban.

A Berta le costó entender cómo había contactado Lucía con la historiadora. Pero acostumbrada a sus excentricidades depositó con absoluta confianza los dos volúmenes que había recogido esa mañana mismo en correos. Los otros dos ya se los envié ayer. Estos son copias y han llegado de Londres.

Cuando Sara le llamó a las doce Lucía había traducido las dos primeras páginas de aquel cuaderno de bitácora que firmaba un tal Capitán Saul Smithson.

-Lucía no puedo decirte lo útil que me has sido. Si todo nos lleva a buen puerto nos conoceremos pronto y hablaremos entonces de tus condiciones de trabajo. Si te interesa por el momento debes seguir traduciendo. Esfuérzate sobre todo cuando describa el lugar en el que se hundió el galeote que acompañaba al que tripulaba Smithson. Esta es mi dirección electrónica. Tengo sólo una semana y estoy a miles de kilómetros de distancia. Si lo consigo quedas contratada.

Lucía no sabía nada de aquella mujer. Pero dejó que le contagiara su entusiasmo y pasó los dos días siguientes rodeada de diccionarios y conectada a Internet. Sara y ella eran escuetas en sus mensajes. Lo que importaba era el texto. ¿Pero qué era lo importante de aquel naufragio?

Antes del cuarto día estaba todo traducido y Sara le prometió remitirle un cheque desde Chipre. Estaba trabajando para un proyecto bilateral entre los gobiernos de Grecia y Chipre. El presupuesto asignado pagaba un traductor oficial pero con sus traducciones no habían llegado a nada, por eso se propuso buscar otra traducción por su cuenta. Sara sabía que estaba muy cerca de algo grande. Un galeote cargado de las reservas de oro que salieron de Constantinopla y nunca llegaron a su destino.

Lucía vivía como en un cuento de hadas. Feliz de haber encontrado las alas que le permitían volver a volar por un tiempo.

Cuando llamó a Doña Ana a finales de semana se lo contó.

-De nuevo vuelves a estar en plantilla, Lucía. Pero como al principio no puedo pagarte. Si Sara encuentra lo que busca me citará en sus trabajos y eso es lo que más necesito. Aunque empiezo a pensar que mi fantasía me traicionará, sólo he traducido unos capítulos del cuaderno de un capitán de barco y creo que nos van a llover tesoros, entrevistas, guiones de película sobre el naufragio y sobre la búsqueda del barco.

-¿Sabes que en la librería te llamábamos Antoñita la fantástica? Casi no has cambiado.

A final de mes Sara Mifsud salió en los periódicos. La historiadora había logrado acotar con precisión la zona en la que se había hundido el Sally Rose, provisto de un magnífico cargamento. El gobierno de Chipre y la embajada española le habían organizado una recepción. Sara había llamado a Lucía para que acudiera y así fue como se convirtió en la colaboradora de una excéntrica mujer que devoraba libros sobre historias de piratas al tiempo que amasaba una fortuna.

La librería “La Lonja” siguió existiendo hasta hace muy poco y se podía ver en ella el recorte de prensa en el que aparecen Sara Mifsud y Lucía recogiendo un premio. Me han dicho unos amigos que pasan mucho por ahí que ahora han puesto una tienda de diseño. Ha debido ser idea de Aurora. Berta cogió en traspaso un puesto en el mercado central y vende productos sudamericanos. Doña Ana se ha hecho muy mayor, pero sigue disfrutando de la vida sobre todo cuando la visita Lucía y le cuenta qué nuevo barco están investigando y qué tesoros esconde el fondo de qué mar.

DE MATINADA

María Amparo Julià Burgos

Paco, deixa'm manta!

Ho va dir tan baixet que estava segura que no el despertaria. Ell va seguir bufant, exactament al mateix ritme que ho havia fet durant la mitja hora anterior. Va esperar durant un temps incalculable dins d'aquella foscor, fins sentir sonar les campanes de la plaça. Eren les tres menys quart.

No sabia si s'havia adormit o no, però podia recordar tots els pensaments que havia tingut des que es va gitar. Ara, després d'escoltar les campanes, faltava contar quantes hores anava a dormir abans que la cridara Paco a les sis per anar a collir lletugues. Es donaria un quart d'hora per caure al regne de l'inconsient i així seràn les quatre, les cinc, les sis... sols tres hores.

Revisava mentalment tots els efectes secundaris que tindria no haver dormit eixa nit. Sabia que quan la cridara Paco seria quan

més profundament dormiria. Pot ser començaria a sentir-se cansada allà a les nou del matí, quan tornara del camp.

Era capaç de reconèixer tot el que el seu cos estava acostumat a percebre en eixe moment en què arribava a casa cada dia. Les seues mans, banyades de rosada i empastrades de terra ja serien totalment de fang. Potser durant el camí, en una lluita personal per recobrar la calor, faria de la seua mà gelada un puny, i notaria com el guant d'argila es trencaria a cada un dels nusos dels dits. Podia sentir la manca de tacte quan buscara la clau de casa. I estava segura que, una vegada dins de la seua llar, aniria directament cap a la pica, on l'aigua calenta deixaria durant uns minuts unes desitjades pessigolles a la seua carn. Faria durar molt aquell fregament de mans sota l'aigua perquè odiava passar-les per la vella i encartonada tovalla. I si després de tot no aconseguia eliminar de la seua pell aquell olor a matinada, fred i cansament, tornaria a repetir-ho tot.

Encara que demà no tindria massa temps. Havia quedat d'anar a ca la tia Tonica a triar xufes. I abans havia de comprar l'arreglo de l'arròs en fesols i naps del diumenge. Ai mare! Que no se li oblide que el diumenge ve a dinar la xiqueta i portarà aquell amic. Com li diuen? No aconseguia recordar el nom de xicot. No serà perquè la xiqueta no l'havia anomenat últimament!

El que no tenia clar era si dinar a la cuina o al menjador. Què voldria la xiqueta? Demà en ca la tia Tonica li preguntarà a Conxa. Segur que li diu que al menjador i amb el tapet de fil. Però si la xiqueta veu el tapet de fil, pot ser li parega que celebrem que ja ha entrat el nuvi en casa. I ella va deixar ben clar que venia a dinar amb un amic. La veritat, no aconseguia entendre a la joventut. Quan el seu Paco va entrar per primera vegada en casa, sa mare va preparar un dinar de festa, que ni el de Nadal.

Encara pot recordar el vestit que es va posar aquell dia. Què a gust va portar aquell vestit! El que més li agradava era el llaç que portava entre els pits. El dia que el seu Paco va entra en casa, ella es va passar un quart d'hora, cara a l'espill, arreglant-se'l. I quan va tocar a la porta el seu xiquet, va anar corrent a obrir-li, amb una garba de nervis que li caigueren a terra, només vore'l tan rígid com ella dins d'aquell vestit xaqueta. El somriure amb què la va saludar li va confirmar que aquell era l'home que la trauria de sa casa. Ara trenta-huit anys després, sentint-lo bufar al seu costat, no entén com ho pogué tindre tan clar.

Mentre s'acostava al cos del seu home, per tractar de tapar del tot la seua esquena, li vingué la imatge del primer dia que el va vore. Ell anava a jornal per a son pare. Plantaven creïlles. Mai li havia passat a son pare que li faltara llavor, però aquell dia li'n va faltar i els va deixar els dos sols al camp mentre anava a buscar-ne. S'assentaren al marge del cap de dalt, amb la feina mig feta, van sorgir paraules senzilles. Ell no parava de posar la mà dins el sequiol i, oberta de bat a bat, deixava córrer l'aigua sentint com cada gota que s'allunyava dels seus dits, s'acostava a ella. Ella a penes el va mirar, vergonyosa, jugava amb la terra i desfeia terrosos. I vist ara des de lluny, així ha sigut la seua vida. Ell sempre s'ha deixat portar pel ritme de les aigües, i ella continua desfent terrosos de la pròpia vida.

Segur que Paco prefereix menjar a la cuina, com sempre. I potser li conte a l'amic de la xiqueta alguna de les històries que li va contar a ella a la vora del sequiolet. Ell sap que eixes històries encara fan gràcia.

Quan li ha d'agraïr a sa mare que convencera son pare que aquell jornaler volia la filla i no les terres del sogre. Mai ha deixat de tindre present que la vida que ha portat ha sigut gràcies a

aquella dóna que va saber torejar un marit. Algun dia la seua filla pot ser que també s'adone que ha de donar gràcies per sa mare. Què li agrairà?

Abans que arribara la xiqueta s'hauria de depilar el bigot. Hauria de comprar demà cera. Aleshores, demà no aniria pel carrer del llavador. Bé, es desviaria pel de llevant i així podria vore si encara està la cal·la que li ha florit a la tia Remei a la porta de casa. És increïble que tan prompte li haja florit. Mai s'havien vist cal·les a aquelles altures de l'any. Mai. Ara, fer goig si que en feia! L'altre dia no va resistir la tentació de tocar-la i s'emportà cap a casa tots els dits engroguits.

De menuda, la seua àvia, sempre li regalava pel seu sant un ram de cal·les. Creixien en la vora de la sèquia que passava per la cara de ponent de la casa on vivia. El segon diumenge de maig sempre va començar igual mentre l'àvia visqué. A les huit del matí, mitja hora abans de la missa primera, tocava a la porta baixet la sogra de sa mare. Any darrera any, es trobava a aquella dona menuda amagada darrere el ram quan obria. No recorda si l'àvia reia o estava seriosa. Ella esperava darrere l'amagatall de flors. I durant més d'una setmana, es podia sentir al seu rebedor, aquell perfum salvatge de diumenge de primavera. Ja no creixen cal·les a les vores de les séquies. La seua filla sempre ho deia quan es mirava els camps des de la finestra del menjador. Ja ningú li porta cal·les el segon diumenge de maig pel seu sant. Ja ningú perfuma sa casa. Però això no ho diu ningú, ni sa filla ni ella. Això no ho veu ningú per cap finestra.

Podia fer bunyols per al diumenge. Li hauria de dir a Paco que pujara a l'andana i li baixara el llibrell de sa mare.

Mentre suportava el pes dels ulls, escoltava el soroll de l'anell de sa mare sobre aquell llibrell mentre pastava les pilotes de

Nadal. I pensar que de menuda estava convençuda que quan escoltara de la seua mà aquell soroll, ja seria major! El cor li bategava cada estona més espai, es concentrava en aquell clapit, mentre sentia que aquell ritme era el de les mans de sa mare pastant. Ella sempre ha intentat que el seu cos despreguera aquella dansa de sa mare davant el llibrell. Però no havia heretat aquella dolçor al meneja-se de la seua progenitora. I la imatge de les mans de sa mare en moviment, al so dels bufits de l'home, es va fer llarga i la va calmar i quasi l'adorm. Quasi perd la consciència fins que va tornar al seu cap la cara de sa filla i de repent va notar un sobresalt i ja no li pesaven els ulls i estava totalment desperta. Ara més nerviosa. Sense saber si era per tornar-se a sentir desperta o per recordar la discussió que tingué amb la xiqueta l'última vegada que vingué a dinar.

Tornaren a sonar les campanes. Va escoltar el silenci que quedava darrere d'elles i que per un instant es va tornar a trencar pel miol d'un gat. Se l'imaginava corrent pel carrer, amunt i avall. Seria el mateix que ahir s'enredà amb els seus llençols? Per cert que els hauria de tornar a rentar, perquè feien olor a animal. Els tornaria a estendre i penjarien al sol en els fils del corral.

Olorava la blancor dels llençols amb els ulls tancats mentre veia el moviment del vent pegat a ells. Aquella mar de roba estesa, respirava pausada. La seua remor semblava cada vegada més forta, conforme es perdia la humitat del teixit. I sobre la pantalla que formaven un al costat de l'altre, anaren projectant-se instantànies d'aquella nit, d'aquella vida. I va córrer aigua per un sequioli ple de cal·les, mentre es sentia un anell esclatar dins d'un llibrell i un gat escalava per un llençol i reia son pare amb una pilota gegant de nadal a punt d'entrar per la boca i les seues mans netes de fang pentinaven sa filla i aquesta mirava per la finestra i no parava de preguntar coses i ella no podia contestar-les.

Tornarem a sonar les campanades i ara darrere d'elles la veu del seu marit. -Mareta, alçat que ja són les sis i quart.

MARICELA IN RED

Rocío Macho Ronco

Llueve en Madrid. En otoño en Madrid siempre llueve y el cielo se vuelve denso y pesa. Maricela sale del portal y hace una mueca de disgusto cuando la primera gota de agua helada cae sobre su nariz. "Llueve a cántaros", dice para sí mientras piensa en cuánto le gusta esa expresión que le hace imaginar a Dios y sus secuaces tirando cántaros de agua desde las nubes.

Maricela se moja, no tiene paraguas porque no le gustan. Va vestida de rojo de los pies a la cabeza, que es roja de por sí desde que nació. La culpa es de su abuelo, que era irlandés. Muchos argentinos tienen antepasados irlandeses; pero Maricela es de Colombia, el argentino es su padre. Por eso tiene el pelo rojo como su abuelo, que hablaba inglés. Ella no, todavía. Algún día Maricela estudiará inglés y se marchará a vivir a las verdes praderas del oeste irlandés, donde cultivará patatas y tomates y hará confitura de limón; y se mojará casi todos los días porque en Irlanda llueve más que en Madrid en otoño. En eso piensa

Maricela mientras camina hacia la estación del tren de cercanías que la lleva cada día al trabajo.

Maricela pinta flores, flores rojas en las uñas de las señoras adineradas del barrio de Salamanca. Es muy buena haciendo manicuras. Eso dicen las clientas de la peluquería, que siempre le preguntan de dónde es. Maricela siempre responde lo mismo, "venezolana". Antes no mentía, pero pronto descubrió que las señoras adineradas saben poco de la vida y no quieren saber más. Sólo creen lo que ven por televisión, y por televisión ponen muchas telenovelas venezolanas. En cambio, de Colombia viene la droga, y la droga es mala. Esto lo aprendió Maricela al poco de llegar a España y desde entonces prefiere que la tomen por actriz de "culebrón" que por traficante de cocaína. Imita bien el acento, Santander queda muy cerca de la frontera con Venezuela, y Maricela es santanderiana.

Llueve a cántaros mientras una santanderiana vestida de rojo de pies a cabeza entra en la peluquería. Saluda a las compañeras, saluda a las clientas, sonrío sin parar. Pase lo que pase, Maricela siempre sonrío sin parar. Las chicas la llaman Miss Colombia por su forma de caminar cuando atraviesa el salón para recibir a las clientas en la puerta. Su cuerpo entero se contonea a ritmo de ballenato cuando recorre cualquier distancia, por corta que sea; y su melena encrespada y roja se mueve de un lado a otro ocultando y mostrando a cada segundo su prominente trasero colombiano. Nadie es tan divina como ella, nadie sonrío como ella, nadie es capaz de pasar ocho horas trabajando y dar la impresión de no desear estar en ninguna otra parte. Sólo Maricela tiene el arrebol permanentemente en su rostro saludable de mujer feliz. Es por el rojo. Maricela tiene treinta y un años y, aunque sabe que el rojo le hace parecer mayor, no podría salir a la calle cada mañana si fuese vestida de otro color; de otro color se moriría de pena, y de pena Maricela no quiere morir, eso seguro.

Cuando llegó a España pensó que moriría de hambre, o de frío. Mira que no acordarse de que al otro lado del Atlántico es invierno en Navidad... Nevaba. El día que Maricela pisó Madrid, nevaba; y eso le gustó, le gustó tanto que decidió quedarse. Lo malo de las decisiones emocionales es que no se prevén las consecuencias, y las consecuencias fueron una sola: la vida en Madrid no es fácil, pero Maricela contaba con ello y no se echó atrás; sus contoneos no sirven para caminar de espaldas, sólo de frente, y de frente se topó con Pedro, con su Pedro.

Pedro nunca fue su príncipe azul. Pedro sólo es un hombre soltero de cuarenta y cinco años que juega al black-jack. Un hombre de gran envergadura que desnudo parece un oso. A Maricela le gustó, le gustó tanto que decidió quedarse con él, tomando de nuevo una decisión emocional sin calibrar las consecuencias, que fueron una sola: la vida junto a Pedro no es fácil, y con esto sí que no contaba Maricela ni su alegre contoneo.

-Tienes unos labios preciosos, llevas colágeno, ¿a que sí?

-No, señora, es que mi mamá es medio india.

-¿De las que llevan plumas?

-No, señora, de las del Amazonas

-¿Ama qué? Ay, chica, qué palabras tan raras decís los sudamericanos, no parece que habléis en cristiano.

-Claro señora, es que el cristiano nos lo metieron ustedes.

Maricela agacha la cabeza y abandona la conversación, sabe que ha sido impertinente y por eso calla, pero ya lo ha soltado, no

soporta que la humillen haciendo la pedicura porque la humillación parece doble. No es justo.

-¿Sabe que fui Miss Venezuela en el noventa y uno? Luego estuve en Miss Mundo y quedé tercera dama de honor.

Maricela miente. Cuando quiere ocultar que se siente humillada, miente. Jamás fue Miss Venezuela, ni Miss Colombia. Participó en Miss Santander a los dieciséis años pero ni siquiera quedó finalista. Una terrible espinilla localizada en la punta de su nariz se lo impidió. Maricela se lo tomó muy a pecho, ya entonces empezaba a darse cuenta de que la vida no es ni fácil, ni justa.

-Espejito, espejito ¿quién es la más linda de esta casita?

-Tú, Maricelita- dice Pedro a la altura de su cuello, y las palabras la recorren entera en un escalofrío. Pedro la agarra por la cintura y la aprieta contra sí, demasiado fuerte para su gusto. La muerde, se frota, intenta excitarla. Maricela no se excita, se conforma. Pone su mente a trabajar, regala a su alma un billete de avión para dar la vuelta al mundo, y deja su cuerpo inerte en esa casa con ese oso bebedor de whiskey-cola. Le espera un largo viaje.

Últimamente a Maricela le está fallando la mirada, su sonrisa no logra iluminarla, se le escapa la pena por los ojos. El rojo también le está dando la espalda porque su arrebol empieza a ser más bien cetrino. Debe de ser el detergente con que lava la ropa, tendrá que cambiar de marca.

Antes Pedro le parecía amable, sus "Maricelitas" le hacían sentir bien. Desde el día de la palta con azúcar Maricela ya no siente nada, lo que se dice nada en absoluto. A juzgar por los morados con forma de palo de escoba en sus muslos, cualquiera diría

que lo lógico hubiera sido sentir miedo. Pero no. El miedo no tiene sentido para ella, nunca lo tuvo. Además, hay cosas peores. La indiferencia es peor, la desazón es peor; la nada es lo que más duele.

Desde el día en que Maricela se retorció en el suelo de la cocina mientras los golpes de la escoba le hacían vomitar palta con azúcar, se juró a sí misma que todo seguiría igual, que aquello no había ocurrido, que su sonrisa no se torcería, que aguantaría. La valentía para Maricela consiste en aguantar. Ella es tan sufrida como su ropa roja, que dura años sin desgastarse. Ella no tiene miedo, pero la apatía se ha apoderado de su corazón, que ya no bombea sangre; sino horchata.

Desde aquel día hay palta con azúcar en el suelo de la cocina dos veces por semana, a veces tres, a veces ninguna. Nunca se sabe. Esta semana no ha habido palta y Maricela ha tenido sueños bonitos. Ha visto a su abuelo Ian sentado en su mecedora de madera oscura fumando en pipa, y se ha despertado con el olor de su tabaco dentro. Esta semana Maricela ha hecho planes, ha pensado en aviones, en una nueva vida. Algo está pasando en el interior de Maricela que la tiene inquieta. Pero aún es pronto, aún llueve en Madrid, aún es otoño. No le gustaría perderse la nieve este invierno, dicen que viene crudo y que nevará.

Maricela espera. Espera una señal que la lleve a tomar una nueva decisión emocional de las que tanto le gustan. Mientras tanto se mantiene alerta, por si se le escapa la señal. No le gustaría que se le escapase, llena de morados jamás ganará un concurso de belleza, y eso no sería justo porque Maricela es muy guapa. La más linda de su casita; y esta vez no lo dice Pedro, sino la imagen de sí misma que le devuelve el espejo del baño.

Esta noche Maricela no va de rojo. Lleva un camisón blanco como la nieve. No se lo ponía desde que era chica, se lo regaló su mamá la del Amazonas, la que no lleva plumas. El camisón tampoco.

El cabello le cae sobre los hombros en dos mechones gruesos sujetos cada uno con una goma del "todo a cien". Las gomas son malva y no pegan con el rojo.

Esta noche Maricela espera a Pedro en camisón. Los sábados va al casino y llega tarde. A Maricela no le importa esperar, esta noche no.

Cuando Pedro entra por la puerta Maricela lo sabe por el olor a cigarrillo, nada que ver con el olor a tabaco de su abuelo Ian. Maricela deja de pelar patatas y corre a recibirle como hacía antes, a escurrirse entre sus brazos de oso, que la manosean con lascivia.

-Pedro, por tu culpa ya no me gusta la palta.

Pedro no contesta, no puede, tiene un cuchillo clavado en pleno estómago. Sólo emite un gemido sordo cuando Maricela saca el cuchillo para clavárselo de nuevo, con más saña si cabe, en el corazón.

El camisón de Maricela ya no es blanco. Maricela se sienta en una silla frente a Pedro, que está en el suelo vomitando whiskey-cola. Se mira y piensa en lo bien que le sienta el rojo sangre. No podría vestir de otro color porque se moriría de pena.

Definitivamente, la señal ha llegado. Está clavada en el corazón de Pedro, y antes servía para pelar patatas. Maricela espera

sentada. Lleva un camisón blanco teñido de rojo sangre. Pedro se está muriendo a sus pies, así la humillación parece doble. Maricela cierra los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, cae en un profundo y reparador sueño.

El cambio de presión le ha taponado los oídos, Maricela no puede oír nada de lo que dicen los tres hombres a su alrededor. Van de uniforme y tienen caras serias, hablan y gesticulan y ella les ve nublados. Intenta imaginar lo que dicen. Están asustados, nunca antes habían visto un asesinato tan brutal. Maricela se siente satisfecha porque a tres hombres armados de uniforme les tiemblan las piernas cuando la miran. Y eso que ella sólo es una falsa Miss Colombia, una sudamericana maltratada, una mujer.

No tiene miedo, no está triste. Por fin ha tomado un avión de vuelta a su país. No volverá a comer palta con azúcar, no volverá a humillarse ante una señora adinerada; nunca más será una heroína de "culebrón". Sólo echará de menos la nieve.

Un nuevo cambio de presión la sobresalta, el avión está descendiendo muy rápido, cae en picado. Los hombres parecen alarmados. Maricela permanece tranquila, ella no se alarma por tonterías. Le ponen un chaleco amarillo, le hacen respirar por una mascarilla de oxígeno. El avión ha caído al mar.

Maricela flota en el agua boca arriba, todo es azul de repente. La niebla ha vuelto a sus ojos. En el cielo ve la cara de su abuelo Ian, le prepara la pipa como él le enseñó, se la alcanza mientras el abuelo se mece suavemente, mascullando "God bless you, darling". El silencio del océano la envuelve, y en su cabeza resuena esa voz cálida, "God bless you, darling".

VIURE SENSE TU

Rocío Macho Ronco

Aquella mañana de mayo el sol brillaba furioso, pero nada era bastante para calentar el frío lecho de su ausencia. Hacía ya meses, ocho, que no se veían. Las telarañas habían ido creciendo poco a poco en su vagina mientras una nube negra de contaminación madrileña se cernía sobre su alma, donde sólo él podía hacer salir el sol. A pesar de todo, la herida había cicatrizado, dejando en su piel una mancha blanca de por vida. La culpa era suya, por haberse arrancado la costra en lugar de dejar que se desprendiera por sí sola. Ya le había ocurrido otras veces, de niña, cuando la impaciencia, la ansiedad y el aburrimiento la empujaban a rascar con las uñas la sangre coagulada de sus rodillas, donde antes del recreo había manado, y ahora permanecía inmóvil por un extraño proceso natural del cuerpo humano que experimentamos todos salvo el Rey, que es hemofílico. Eso era lo que le explicaban de niña, y eso era lo que ella creía: que los reyes no tenían costras que arrancarse y, por tanto, no sufrían.

Aunque sufrir tampoco es malo del todo, al menos es algo. Siempre pensó que lo importante era sentir algo, lo que sea, con tal de demostrarse a sí misma que estaba viva, como la sangre saliendo a borbotones de sus rodillas en el recreo; viva, como las lombrices de tierra retorciéndose cuando las partes en dos, convirtiendo la unidad en par; como le había ocurrido a ella, pero a la inversa.

Antes de que él se perdiera en la oscuridad de los recuerdos que no se quieren recordar -la misma oscuridad que ahora la envolvía también a ella, transformándola en un flash-back en blanco y negro de telefilm malo de sobremesa- habían sido dos, primero; uno, más tarde; para volver a ser dos contra su voluntad de la mano de una niña traviesa que va cortando lombrices en el patio del colegio.

La costra se formó después, cuando se deshizo de todo rastro de dolor. Por eso se la había arrancado, porque quería dejar de sentir esa sangre inerte, coagulada, en el lugar donde antes hubo vida. Se la arrancó para empezar de nuevo, para volver a sentir algo, lo que fuera: odio, ira, resentimiento, remordimientos. Sentía esa costra como agua estancada que sólo produce hedor infeccioso y que no lleva a ningún lado. Por eso se llaman así, aguas estancadas; almas encostradas. Vidas sin vida.

Durante un tiempo le sirvió de armadura. Como si hubiese alquilado un disfraz de payaso de sonrisa sempiterna y reloj descomunal, eso sí, parado. Igual que el suyo, parado a la hora exacta en que se dio cuenta de que ya no le iba a ver más, jamás, en la vida; y que se quedaría sola, viva en su propia muerte. Sola.

Sin embargo, un disfraz alquilado no es una propiedad vitalicia. Hay que devolverlo a la tienda, y así lo hizo, quedándose des-

nuda en plena calle mientras paseaba al perro bajo un cielo denso una mañana de mayo tan calurosa como julio. Y no le importó desnudarse porque nadie le miraba; además, seguro que encontraría algo que ponerse de camino a casa. Quizás esta vez alquilaría un disfraz de policía, para dar miedo; o de monja, para resignarse; o de rey, para no sufrir más.

"¿Qué es lo que habéis perseguido toda vuestra vida?", preguntó Paco aquella sobremesa tranquila y risueña tras una paella de encargo. Se hizo el silencio porque nadie esperaba tener que pensar esas cosas estando de vacaciones, al menos ese día no. Ese día todo debían ser chistes, sonrisas y porros que iban y venían de un lado y de otro, a tiempo de alargar la última sonrisa, el último chiste. Habían venido unos amigos de la capital y el ambiente era festivo, el propio cuando se reúnen semidesconocidos jovenzuelos una tarde de julio, fresca como mayo, ante una paella de mariscos de encargo. "¿Qué habéis perseguido toda la vida?". Nadie contestaba, se limitaban a mirarse unos a otros con los hombros encogidos por la duda, "joder, qué difícil!"; mientras ella sólo podía pensar en la paz interior que le proporcionaba la visión de la mar calma, la suavidad aterciopelada de la arena fresquita rozando sus pies la noche anterior bajo un cielo de caballitos de mar gigantes, patos asesinos, cerditos con orejotas y una luna de *El Show de Truman* que sólo iluminaba un cachito del agua. ¡Qué bonito debía de ser estar bajo aquel foco de luz blanca en un barco de vela en mitad de la negrura del mar! La boca le supo a arena, salitre y ron mientras recordaba la víspera. Su primera fiesta en la playa. ¡Qué bonita es la playa! El mundo sería tan sencillo si tan sólo se tratase de disfrutar de las sensaciones... Él no estaba ya. Había estado otras muchas veces allí con ella, también en verano, también con los mismos semidesconocidos jovenzuelos guapos de piel tostada que hablaban en otra lengua. En la lengua playera que ella sólo escuchaba en vacaciones y que por eso amaba.

Eran guapos, sí, y su piel brillaba como el oro, como sólo les brilla a quienes pasan el verano ociosos bajo el sol. Su textura se adivinaba seda templada, salada y dulce a la vez, irresistible. Algunos de ellos le gustaban hacía tiempo, desde los tiempos en que creía que su honesta fidelidad podía con todo. Ahora sabía que no era así, y se arrepintió de no haber tocado nunca la tibieza de sus cuerpos, el algodón de sus labios; porque aunque ahora era el momento de hacerlo, ya no le apetecía. Había logrado suprimir toda necesidad física relacionada con la fusión de dos cuerpos. Tenía miedo. Y le tenía a él metido hasta las entrañas. Aunque hiciese diez meses que no se veían, que no se rozaban, que sus alientos dejaron de susurrarse. Y ni siquiera se esforzaba por sacársele, porque le hacía compañía cuando se sentía desamparada ante la inmensidad de la vida.

Aquellas vacaciones él no estaba allí para aplacar su pánico a las olas, y había tenido que superarlo sola, con el aplomo de las que saben que ya no dependen de nadie, que están solas ante el peligro. Como ella, ante el peligro de una piel tostada y tersa; ante el peligro de volver a depender de esa textura irresistible que sólo se toca compartiendo la intimidad. Ella no quería compartir su intimidad porque era solamente media intimidad la que le quedaba tras su marcha. Era sólo media lombriz, y si se compartía sabía que podía acabar siendo un cuarto, y así hasta el infinito. No estaba dispuesta; sin embargo, el alcohol y el hachís, y ella misma, la hacían débil frente a aquella lengua playera que amenazaba con penetrar hasta sus huesos y quedársele dentro para siempre.

La vida son cuatro días, tres para sufrir y uno para disfrutar. Por eso dormía poco, para alargar ese día hasta que el cielo pasaba de azul marino a añil; de añil a turquesa y de turquesa a cielo, siempre un par de tonos por debajo del color del agua, para que distingamos dónde acaba el mar y empieza el cielo. Ese horizon-

te en el que albergamos nuestros sueños, al que miramos cuando nada parece tener sentido, anhelando que uno de esos sueños venga nadando por el mar hasta la orilla, convertido en realidad.

Lo que ella había perseguido toda la vida vivía en el horizonte; pero nunca hacía la travesía completa, solía perderse en uno de los miles de destellos de luz que emite el agua cuando refleja el sol. Sus sueños salían del mar en forma de brillo cegador que se llevaba el levante sin haberlos podido siquiera rozar con un dedo. No quería moverse de la orilla aquel verano intenso en el que su piel endurecida corría el peligro de reblandecerse con la saliva de alguien que supiera descifrarle los secretos de la mar, susurrarle en otra lengua lo que el horizonte decía de ella.

La ciudad era ahora una amenaza de nuevas heridas. Un encuentro en el metro, un paseo furtivo hasta su casa, una llamada a deshora, y el peso de diez meses eternos sobre sus hombros.

Seguía sentada en la orilla, con medio cuerpo mojado a medias y el pelo pegajoso como las algas, preguntándose cuál sería el siguiente paso a dar; cuál el siguiente miedo a superar en solitario. Mientras, lo que había perseguido toda la vida le gritaba desde el horizonte, desde los destellos, el sol y el aire. "Ven!, Jamás llegaremos hasta ti si sigues mirando desde la orilla!", escuchaba sus voces lejanas como un susurro traído por la brisa. De pronto sus sueños comenzaron a gritar tan fuerte que no podía oír nada más, ni el rugir de las olas, ni los niños jugando. No podía oír ni sus propios pensamientos, "ven! ven! ven!", retumbando en su alma, rebotando en su corazón, saliendo por sus ojos. Se puso en pie de un salto, entró en el agua y comenzó a nadar sola, sin miedo a las olas, con decisión, veloz, hacia la boya y más allá, sin detenerse, sin mirar atrás; hasta que se perdió entre los destellos de luz, pasando de ser una hormiguita nadadora a ser sólo agua brillante.

"¿Qué hace?", preguntaron unos labios de jovenzuelo guapo desde la orilla. "Perseguir l'horitzó", respondió la playa en un susurro de caracola.

SABEL Y LAS PIEDRAS

Mado Martínez Muñóz

El hielo había roto pero todavía flotaban los frágiles pedazos formando un dibujo que se rendía tembloroso ante la generosidad de los rayos del sol. Así había amanecido aquella mañana el agua de la Balsa del Caño. Los pilluelos más madrugadores contentaban su ocio poniendo a prueba su tino arrojando piedras a los perros que, todavía tiritando, apenas se molestaban por esquivar el impacto. La indiferencia de los canes revelaba que las pretensiones de los niños no arribaban a la crueldad, sino a la broma descarada de probar cuál de ellos era capaz de acertar en el rabo. El mozo de más edad hizo señal a los otros de que se contuvieran cuando observó que una de las vecinas del pueblo pasaba por allí camino al Lavadero del Caño por evitar que la mujer resultara apedreada, aunque fuera de soslayo. De lo que no se habían dado cuenta era que aquella mujer les llevaba observando desde que doblara la esquina del Pinto. Era Isabel, la mujer de Pepe el Abogao, llamado así porque había sido uno de los pocos afortunados que gracias a los recursos económicos de su familia

había podido estudiar, más por prestigio que por vocación. Tampoco había cursado el tal Pepe estudios para ser abogado, sino maestro. Recién acabados los cursos universitarios dio en hacerse llamar don Pepe, o dieron los demás en llamarle así, no se sabe bien, pero con el tiempo y dado que nunca ejerció la docencia, todos acabaron por prescindir del don en alguien lo suficientemente bruto y lo insuficientemente digno como para que alguien le diera ese trato sin encontrarlo ridículo.

Los habitantes de aquella pequeña villa, para quienes todos los estudios venían a acabar en leyes, lo recibieron a su vuelta de la universidad como si fuera un docto abogado, de tal manera que muchos eran los que acudían a pedirle consejo y otros tantos procuraban jugar al ajedrez con él como si aquellas partidas les igualase en capacidad intelectual al picapleitos del que posiblemente, creían que se les podía pegar algo. El suegro de Pepe el Abogao fue el primero en quedarse sumamente sorprendido de que su hija hubiese conquistado el corazón de semejante buen partido y tanto talento. Únicamente el mismo Pepe conocía a ciencia cierta que el motivo por el que no se había licenciado en derecho era porque su talento no alcanzaba a tanto y mucho menos a médico. Sus capacidades no iban más allá que las de sus compañeros de generación o incluso menos. De hecho su misma esposa habría podido ser una excelente abogada si las circunstancias se lo hubieran permitido. Pero la vida de las mujeres estaba destinada a otros menesteres más discretos.

El hijo de la Cholera atinó en el lanzamiento. El chucho se sobresaltó brevemente y volvió a sus rastreos. Los gemelos de Josefa se afanaban por buscar los proyectiles entre la tierra de unas calles que tardarían muchos años en conocer el pavimento. Isabel los observaba con atención, caminando como iba con el capazo de la ropa en el costado derecho. Los dejó atrás conser-

vando en su retina todavía el vuelo de las piedras. Nadie hubiera podido imaginar que bajo la mantilla, sus mejillas se habían ruborizado hasta un extremo escandaloso. Metió su mano en el bolsillo del delantal y desahogó rápidamente el ardor de sus deseos. Sus dedos encontraron con acierto el objeto de su fugaz expedición al entrar en contacto con las tres piedrecitas que allí se hallaban. Sus manos las apretaron con fuerza y cuanto más las apretaba, más alivio sentía. Siempre llevaba tres piedras en el bolsillo. Nunca eran las mismas, de modo que cada día las iba renovando mientras que el resto se acumulaba en un recipiente cilíndrico de cristal que Isabel consideraba un tesoro. Su marido se había hartado de preguntarle cien veces a qué se debía aquella extraña afición que su mujer había adquirido desde hacía pocos meses: coleccionar una piedra cada día y meterla en "ese bote bueno para nada", en palabras del racional Pepe. "¿Y en qué te molestan a ti mis piedras? Tú eres el amo y señor de mi casa pero en el cuarto de la costura mando yo y si yo tengo un bote de piedras junto a la ventana mientras zurzo tus calcetines bien está porque a mí me placen más que tener unas flores que me recuerden que la vida se marchita cada día", le respondía su mujer.

En algún recóndito lugar secreto de sus pensamientos, ambos se preguntaban qué sucedería cuando el curioso tarro de cristal no pudiese acoger más piedras, algo que estaba a punto de suceder. En el peor de los casos, Pepe temía que su mujer adquiriese más tarros y acabase por llenar la casa de piedras, lo cual sería poco deseable amén de hacerle afirmar firmemente que su mujer había perdido la cordura. En el peor de los casos Isabel, temía el momento en que no cupiese ni una sola piedra más. Jamás se desharía de ellas pero recoger las venideras suponía encontrar un espacio en su vida. Lo malo es que en su hogar, desbordar el singular florero con una sola piedra significaría una invasión que desbordaría su matrimonio. Pero Isabel también sentía que su alma

era demasiado grande para contenerse en aquel recipiente y no seguir creciendo una vez lleno.

El lavadero se encontraba casi desierto. Apenas cinco mujeres se habían atrevido a hundir sus manos en el agua helada aquella fría mañana de diciembre. Precisamente hoy había un mayor número de hembras de las habituales barriendo la calle, meneando la escoba con fuerza para combatir el mismo frío que las había hecho preferir adecentar el trozo de su puerta antes que congelarse los dedos en la Balsa del Caño. Allí era donde las mujeres podían criticar y conversar alegremente, cosa de la que se guardaban en la parroquia, el único lugar a parte del lavadero donde las mujeres se encontraban. Precisamente Isabel no acudía a misa mucho, pero sí acudía a su pieza del lavadero religiosamente todos los días. Tampoco la tía Carretas y su sobrina Dolores perdonaban ni fiestas ni días de guardar su cita con la colada, hasta tal extremo que la tía Carretas volvió al lavadero a la mañana siguiente de enterrar a su marido, enlutada hasta las trancas y con los ojos hinchados de llorar, pero "hay que seguir adelante". Hacía muchos años que era viuda y ella sabía, como buena veterana, que las penas cicatrizaban mejor fregando en la pieza. Y es que la tía Carretas, que había tenido una vida muy difícil, habría deseado en más de una ocasión, cuando la tristeza le oprinía el pecho, salir corriendo a altas horas de la madrugada, capazo en ristre, hacia la Balsa del Caño para ponerse a lavar cualquier cosa. También su sobrina Dolores le había confesado a su tía que cuando tenía algún problema, le parecía que fregando la ropa en su pieza empezaba a ver las cosas de otro modo hasta disiparse por completo la preocupación. Pero últimamente la viuda, con muchas experiencias de dolor a sus espaldas, notaba que Dolores tenía un halo de inquietud en el cuerpo que no se disipaba en las aguas del Caño que antaño tanto la purificaran.

Isabel saludó a sus compañeras y se dirigió hacia su pieza de lavado, la pieza del extremo de la izquierda. Cada una tenía la suya, a causa de una innombrable costumbre que las hacía heredar en muchos casos, las piezas que habían sido antes de sus madres, de sus abuelas... Y en el mismo hueco que iniciaron sus antepasadas en la piedra, seguían ellas horadando mientras sus manos se afanaban en restregar y frotar con vigor. A la izquierda de Isabel se encontraba precisamente una de las piezas más prestigiosas del lavadero, la de María la Santonera, porque tenía el hueco más hondo y ancho de todas las piezas y eran varias las generaciones de Santoneras que habían precedido a María dejando la historia de sus manos para ella. La Santonera no había venido a lavar hoy. "Mejor", pensaría Isabel, a quien definitivamente no le gustaba tener a nadie a su lado mientras frotaba. Y es que su espíritu era tan grande como para necesitar sentirse a sus anchas. Isabel era una persona de las de cara a cara, por lo que girar su orgulloso cuello para mirar a alguien le suponía un auténtico fastidio. Tal vez fue por eso que Dolores, cuya pieza se encontraba de cara a la suya en la hilera del frente, separada por el agua de la Balsa, gozaba siempre de todas las atenciones de Isabel. Era así, cada una tenía su pareja o su grupo. La Tía Carretas cuchicheaba con su comadre Asunción, las Gildas con las hermanas Carrión...

Alguien soltó un jascarrillo y todas rieron. Durante aquel breve instante, desde que Isabel se instaló en su pieza hasta que todas rieron la broma, en el que no transcurrieron más que unos segundos, nadie pudo apreciar que Isabel había buscado rápida y discretamente su particular amuleto de todas las mañanas en el hueco de su pieza. Fiel al encuentro, una pequeña piedra inerte la había estado esperando impertérrita. Su mano la había cogido con la maña de un ladrón para guardarla con sumo secreto en el bolsillo. Notó cómo al caer junto a las demás producía un choque

cuyo sonido disparó su ensoñación. Dolores, que hasta entonces se había mostrado indiferente, cómplice hasta el final de los segundos en los que Isabel necesitaba que todas las demás desviasen su atención en cualquier cosa que no fuera ella, cesó de jalear la broma en cuanto se dio cuenta de que Isabel había ya rescatado de su pieza la piedra que todos los días se hallaba en su hueco. De repente y a pesar del frío, Dolores se quitó la mantilla de los hombros imitando a la lozana Isabel, que nunca tenía frío. En ese instante, le vino a la mente el día que su amiga le había demostrado, quitando sarmientos una mañana en la que hasta la tierra estaba congelada, esta inmunidad ante el invierno cuando Isabel, compadecida por los dedos magullados y entumecidos de la sobrina de la Carretas, le había cogido sus manos entre las suyas envolviéndolas de un calor abrasador que le templó hasta la espalda. No sabía si su conmoción se debía al inexplicable fenómeno de aquellas manos o a la terrible sensación de abandono que sintió cuando aquellas manos mágicas se desprendieron de las suyas, sembrándole el deseo de volver a enfundarse en ellas. Ahora, doloridos sus delgados dedos hasta el martirio a causa de la más frías de las temperaturas que jamás se habían concentrado en aquellas aguas, sentía lo mismo.

Pero el juego había empezado. La pequeña de las Carretas comenzó a restregarse las manos en la falda intentando hallar consuelo mientras a cada movimiento el bajo iba subiendo peligrosamente. Sus manos iban rozando con fuerza los muslos, calentándose, mientras este provocador movimiento que Dolores dominaba a la perfección era observado con suma discreción por Isabel, que albergaba la convicción de que al subir arrastraran tras ellas el tramo de la falda que descubriría una rodilla, tal vez, o algo más interesante. Pero las manos volvían a bajar como queriendo tomar fuerza en el remonte de aquella cuesta, y con aquel descenso comenzaba Isabel a inspirar más profundamente, como

si su propia fuerza fuera capaz de insuflarles a aquellas diabólicas manos la llama necesaria para arrastrar aquellos trapos plisados. Aquel minuto acabó con un deseo salvaje: la misma Isabel habría deseado saltar al otro extremo de una zancada y arremangarle salvajemente la falda a Dolores a la altura de la cintura y poder disfrutar así del espectáculo de unos muslos blancos como la porcelana, ansiosos de ser apretados hasta colorearse.

Dolores, que sintió que sus manos se encontraban ya listas para volverse a enfrentar con coraje al agua, volvió a coger el jabón. Jovenzuela hermosa de intuición sin límites, la mirada profunda y almendrada de la sobrina de la Carretas rastreaba la reacción de su compañera del frente. La joven poseía este don, entre otras gracias misteriosas del más allá, aunque procuraba no hacer gala de sus virtudes preocupada por las advertencias del párroco, que rechazaba todo tipo de expresiones paganas, desde quitar el mal de ojo hasta ver a la Virgen. Dolores siempre se había preguntado por qué un hombre que fomentaba la fe en los milagros, rechazaba cualquier expresión cotidiana de la existencia de los mismos. Habría seguido reflexionando sobre aquella contradicción aquella mañana, de no ser por Isabel, que había empezado a desabrocharse los botones de la blusa tras pasarse la mano por la frente revelando un calor que únicamente se hallaba en su interior, dejando al descubierto la línea que unía unos magnánimos pechos oprimidos por los encajes negros que intentaban contener a duras penas un movimiento tumultuoso: como dos montañas, aquellos pechos semejabán dos montículos sacudidos por el terremoto que los brazos de Isabel ocasionaban al fregar la ropa con vigor. Por insólito que pareciese, Dolores sabía que las primeras gotas de sudor empezarían a brotar en breve y esta vez sí serían reales, por lo que la impaciente muchacha comenzó a recogerse la greña salvaje que le caía sobre el ojo izquierdo con mayor frecuencia, señal inequívoca de su ansiedad ante el gesto que

sabía que vendría a continuación, y no se equivocaba. El suspiro originado por el esfuerzo que acababa de exhalar su desafiante compañera de lavado mientras arqueaba su espalda hacia atrás así lo confirmaba. Con su mano izquierda en jarra sobre el riñón Isabel intentaría paliar el dolor de espalda cerrando sus ojos al tiempo que los suspiros se convertían en sonoros jadeos, "Mmmmm". Aquella queja tierna se coló despiadadamente por los oídos de Dolores hasta clavarse en su estómago como una estaca y las retiradas de su indómita greña se transformaron ya en un maravilloso masaje que se atusaba el negro cabello hacia detrás, presionándose con los dedos el cuero cabelludo. Sin esperar tregua, la poderosa mujer de Pepe comenzó a deslizar aquellos soberanos dedos enjabonados por su pecho mientras los ojos verdes sonreían a Dolores. "Desde luego hija mía, no se puede negar que eres nieta de la Asperaza. ¡Siempre tenía calores! Mire usted los chorros de sudor que le están cayendo a esta moza" le decía la comadre a la tía Carretas. "Y también le ha sacado el carácter", asentía la otra. Ambas comadres estarían acordándose ahora con cierta nostalgia de la Asperaza, que a todas luces había sido la mujer con más carácter de toda la historia de la villa. Todavía podían verla, atravesando la vía principal del brazo de su comadre Carmen. Contra todo pronóstico, nadie se extrañó jamás de que Carmen viviese con aquel matrimonio compuesto por Vicente y la Asperaza en el que los pantalones los llevaba Carmen. Tampoco nunca nadie observó fuera de lo común que la comadre de la Asperaza mandase hasta el extremo de ser la que compartía lecho con la Asperaza todas las noches, mientras Vicente dormía en un cuarto anexo al establo. ¿Y por qué iba a ser raro en aquellos tiempos oscuros en los que más de una mujer en la villa le decía a su marido que no quería tener más hijos y que se fuera a dormir a otro cuarto? Isabel mantenía en el recuerdo la imagen de su abuela, aquellos cabellos blancos y aquellos pellejos suaves que le colgaban por todas partes. Se acordaba de

cuando era pequeña y ella y sus hermanos le metían las manos en el seno caído e infinitamente suave mientras la Asperaza, que de áspera no tenía nada, se dejaba acariciar con infinita paciencia y bondad por sus nietos. También la comadre Carmen, que había sido como una abuela más para Isabel, solía acariciar la mano de la Asperaza con asiduidad. La imagen de la comadre Carmen posando su mano sobre su abuela mientras se sentaban al fresco en verano asaltaría la memoria de Isabel en más de una ocasión. Junto a ellas, el abuelo acudía a sentarse también a su vuelta de la partida de cartas dando conversación a las mujeres antes de irse a dormir. Cuántas veces el abuelo se había vanagloriado de tener a dos mujeres en casa, "Es como tener dos esposas atendiéndome, con la ventaja que cuando hay disputas, nunca es conmigo, siempre es entre ellas, que es lo que deberías hacer tú, Manuel, buscarte otra, para que tu mujer no esté tan pendiente de ti y no te corra a escobazos cuando llegues con unas cuántos tragos de más", le decía el abuelo a su pareja de mus.

El desafío iniciado por los dedos de Isabel, que lubricados de jabón dibujaban extraños brillos en su pecho, fue aceptado por Dolores, que arrodillada frente a su pieza curvaría su espalda hasta formar el más perfecto de los arcos una vez apoyadas sus manos sobre la pieza. Verdaderamente, el hueco formado en su espalda podría haber servido de montura, crines los cabellos que se desprendían de nuevo sobre su cara, grupa gloriosa sobre la que palmear la marcha. Mientras la joven yegua humana iniciaba una lenta cadencia de frotado, hacia delante y hacia detrás, hacia delante y hacia detrás, la nieta de la Asperaza evocó en su mente una escena en la que había sido la amazona que había fustigado hasta la saciedad una grupa espoleada por los flujos de un deseo que no dejaba de restregarse sobre aquel pedazo de carne blanca y redonda cuyos poros se erizaban con cada roce... Después, las convulsiones de aquella yegua que coceaba de grupas aprendie-

ron a someterse bajo la fusta de unos brazos que la golpeaban y apretaban sucesivamente embriagados de delirio. Sólo cuando el espíritu gigantesco de Isabel había hallado solaz derramándose sobre ella, disminuiría la crueldad y se compadecería gustosa ante aquella concha de perla ardiente y húmeda de mar abierta al paladar como una ofrenda: el regalo que Isabel estaba en todo su derecho a devorar sin contemplaciones.

El recuerdo de aquella escena se vio interrumpido súbitamente por ese genio de la lámpara maravillosa que yacía dentro del cuerpo de Isabel, ese espíritu, esa alma de dimensiones extraordinarias que comenzaba a expandirse en su interior haciendo presión amenazando con explotar de un momento a otro. "¡Ay, madre mía del señor, me acabo de acordar que tengo que hacer un recado urgente!", exclamó la que hasta hacía unos instantes se encontraba cabalgando. Recogió toda la colada atropelladamente y se marchó sin apenas entretenerse en la despedida y sin permitirse mirar de soslayo a Dolores, quien presumiblemente Isabel supondría decepcionada ante su huida. De vuelta hacia su casa, los pasos de Isabel levantaron un rastro de polvo similar al de una carreta tirada por caballos endiablados. Afortunadamente en aquella villa nadie cerraba las puertas de su casa, porque de haber sido así, Isabel no habría atinado a sostener la llave del portón para evitar que se cayera irremediablemente aporreándole los pies. Una vez dentro de su casa, la joven soltó la ropa sobre el suelo encontrando cierto alivio. Su primera urgencia fue meterse la mano en el bolsillo del delantal para sacar el pequeño haz de piedras y concentrarse en la nueva. Aquella experiencia siempre le parecía tan excitante como comerse un dulce cuyo sabor era distinto del anterior y siempre exquisito. Emocionada como una niña ante su regalo de reyes, entró con sus tesoros al cuarto de costura para depositar las tres piedras que la habían acompañado en el trayecto junto al tarro del que provenían. Conservó la últi-

ma sobre su palma abierta mientras observaba detenidamente la belleza de las formas y el fantástico estampado que las pequeñas motitas blancas formaban junto a las líneas que la atravesaban como ríos surcando una estepa negra. "¿De dónde las sacaré, con tantas formas y variedades?", se preguntó.

Colmada su curiosidad, Isabel se fue al dormitorio para echarse, porque su alma, siempre tan larga, ansiaba dilatarse y descansar por fin de la tensión que la amordazaba como un haz de esparto tres veces enlazado. El primer nudo de este cautiverio se soltó al desabrocharse los botones de la blusa que habían permanecido cerrados tras los primeros tres que encontraron la libertad en el lavadero. También los nudos de su cintura fueron puestos en libertad por su dueña al aflojarse la falda. Su alma encontró los primeros indicios de calma al sentir sobre su piel el tacto de aquella piedra que por su forma plana, invitaba al masaje. Los dedos de Isabel la condujeron por su cara, por su pelo, por su cuello... Le mostró todos los lugares que debía conocer y le ordenó que hoy debía hacerle cosquillas en los alrededores de su sexo. Aquel objeto frío y negro conmocionó hasta el escalofrío a su dueña, terminando de enardecer un volcán cuya lava había comenzado a hervir en el lavadero, con Dolores moviendo sinuosamente su figura de diosa de la fertilidad hacia atrás, hacia delante, hacia atrás, hacia delante, hacia atrás... Los dedos de Isabel condujeron la piedra hacia el lado izquierdo de su cintura, justo en la frontera que marcaba el inicio de su muslo. Y mientras el pequeño tesoro de su amor dejaba caer su ligera opresión sobre la piel, la mano de Isabel volvía de nuevo hacia el camino tantas veces recorrido por Dolores. Allí el haz de esparto quebró las cadenas de un lazo sin escrúpulos permitiendo que sus tallos se expandiesen a lo ancho por toda la cama.

Cuando despertó no sabía cuánto tiempo se había quedado durmiendo. Se apresuró a incorporarse y a adecentarse. Al salir

de su cuarto, encontró todavía a la entrada del pasillo la ropa tirada. Aún tenía que tenderla. Decidió poner a salvo su piedra junto a las demás antes de encargarse de aquella tarea pero Isabel no estaba preparada para enfrentarse ante un hecho que había tratado de esquivar durante las últimas semanas: ya no cabía ni una piedra más. Desahuciada en su deseo de atesorar su última adquisición, se dio cuenta de que aquel jarrón de cristal no le permitía engrandecer ni un ápice más los tesoros que hasta ahora había acumulado. Con la piedra en la mano, se dejó caer sobre el sofá en el que todas las tardes zurcía en compañía de sus piedras. Miró alrededor de las paredes hasta que finalmente, dio a parar con su mirada en el techo, aquel techo que se cerraba sobre ella y que tampoco la dejaba crecer. Sintió como si su alma se chocara contra él golpeándose como un globo que se ve atrapado en su ascensión.

Aquella noche Pepe volvió a casa cansado y hambriento, deseando únicamente encontrar a su llegada la imagen de su mujer trayéndole las pantunflas: "Isabel", decía siempre al cruzar la puerta. La oscuridad le hizo tropezar con algo que a punto estuvo de hacerle caer de bruces. Tras soltar un improperio y encender la luz se dio cuenta de que era un montón de ropa húmeda. Volvió a llamar a su mujer con más fuerza, pero la ausencia de respuesta le hizo temer que algo le hubiera pasado. Recorrió todos los rincones de la casa sin suerte y al llegar al cuarto de la costura, observó extrañado que el curioso jarrón de piedras de su mujer no se hallaba tampoco. Esa misma noche se enteraría de que un niño había visto a su mujer arrojando las piedras al río Vinalero. Pese a la búsqueda, ningún vecino dio más señales de su mujer. La crispación de los vecinos llegó a su punto más álgido cuando la tía Carretas, desesperada, anunció que tampoco ella encontraba a su sobrina por ninguna parte. Las miles de hipótesis que se lanzaron dejaron para la posteridad la leyenda de que ambas habían sido secuestradas por el sacamantecas debido a la juven-

tud y ternura de las mujeres, parecida a la de los niños. Por aquellos entonces existía la creencia de que la grasa humana, cuanto más tierna, era la mejor para hacer funcionar los molinos, las ruedas de los carros, e incluso curar las enfermedades más peligrosas. Los sacamantecas poblaban la geografía española de la España profunda dejando a su paso regueros de destripados. "Si ya lo dijo Bernabé cuando vino de la ciudad, que nada más ponerse en marcha los ferrocarriles esos de Alicante desaparecieron un montón de niños, que se lo contó el administrador de don Fabián, que tiene un tío allí. Maldita sea la hora que Isabel II se acordó de estas tierras sólo para venir a inaugurar esos hierros de Satanás ", decía la comadre de la tía Carretas. A partir de aquel día el pánico invadió a los habitantes de la villa, todos cargaron las escopetas y mantuvieron a sus hijos a buen recaudo advirtiéndoles del hombre del saco que sacaba las mantecas.

Y aunque Pepe nunca terminó de creerse aquella explicación, jamás pudo dar con una respuesta lógica que calmase las idas y venidas de su mente racional cuando miles de dudas le asaltaban por las noches. Tras varios días de búsqueda y al no hallar la Guardia Civil los cuerpos de las víctimas, se procedió a oficiar un entierro sin lágrimas en el que todos los asistentes sintieron el corazón encogido en un puño. Tal era el estupor que el destino de las muchachas, agravado por la imaginación de cuántos trataban de imaginar cómo habría podido suceder aquello, producía en los habitantes de una villa en la que nunca se hubieran imaginado que algo así pudiera suceder. A todas luces, encontrar explicación a tan insondable desaparición sólo hubiera sido posible si alguien hubiera podido leer en las huellas que los dedos de Dolores e Isabel escribieron sobre los hoyos del lavadero de la Balsa del Caño.

JUEGOS INICIÁTICOS

Pura Martorell Ortells

Era divertido, y muy estimulante, ser piedra de escándalo entre mis compañeros. Yo era consciente de la envidia que suscitaba, en especial entre ellas, mi nuevo estilo de vida y mi indumentaria.

Había resultado fácil convencer a mi madre para que me permitiera cambiar de forma tan radical mi aspecto. Seguro que debió sentirse obligada a transigir en algún que otro de mis caprichos de adolescente con tal de regular la balanza del desequilibrio que se supone se debe de superar en ese trance. ¡Son tan frágiles las adolescentes! Supongo que debió mentalizarse pensando que si atinaba a darme una de cal y otra de arena, conseguiríamos superar las dificultades y mantener nuestra complicidad sin demasiados problemas.

Aleccionada por mis nuevos amigos, le hice creer que tan solo me encontraba en la fase de obsesionarme por mi aspecto físico.

Me hicieron notar que si ella hubiera sido consciente del alcance de mis proyectos de cambio, se hubiera alarmado en exceso y hubiera sido más estricta en sus concesiones. Por ello puse un empeño exagerado en deshacerme de la indumentaria, demasiado convencional, que ella me había impuesto hasta entonces. Alegué en mi defensa que era en exceso infantil y anodina para mi edad. Coartaba el estilo incipiente que, acertado o errado, me llevaría, con el tiempo, a definir mi personalidad.

No sin poder disimular un gesto de disgusto cotizaba los estrafalarios complementos que daban un toque de alegría al austero color negro que había adoptado como favorito para mis ropas. Aquí un roto, allá un descosido, una transparencia más arriba... eran detalles que ella intentaba ignorar con tal de mantener la paz y no salir a altercado diario.

También me deshice de mi preciosa melena, con su espléndido brillo natural que desplegaba todos los tonos, desde el dorado al cobrizo. Sin advertir a nadie de mis propósitos, cambié mi peluquera habitual por otra desconocida que no pusiera trabas cuando le diera las instrucciones pertinentes para el corte que pretendía: Mechones irregulares que oscilaran entre los dos y los ocho centímetros de longitud, sin seguir ningún tipo de simetría, de forma que pareciera como si en lugar de haber recurrido a una buena estilista, en un arrebato de locura, yo misma hubiera cogido las tijeras y la hubiera emprendido con mis cabellos. Pedí, también, que me tiñera, negros como ala de cuervo, los escasos pelos que aun se enraizaban en mi bien moldeado cráneo. Cuando me vi reflejada en el espejo, apenas pude reconocerme, y aunque me entraron ganas de llorar por el deplorable aspecto que me confería aquella masacre, me sentí satisfecha imaginando el desconcierto que crearía entre propios y extraños.

Cuando entré como una tromba en el saloncito de casa, el primero que se percató del estropicio ocasionado fue mi padrastro que, instintivamente, dirigió su mirada hacia mi madre esperando poder calmar la actitud irritada y reprobatoria con que ella me recibiría. No se atrevió a hacer comentario alguno cuando atinó a vislumbrar el intenso brillo en los ojos de su esposa que delataba lo próximos que estaban a desbordarse en un torrente de lágrimas ante cualquier palabra que iniciara una explicación.

Mi madre se dio un respiro antes de enfrentarse conmigo. Se dirigió a la cocina con la excusa de vigilar la sartén que humeaba en el fuego. Cuando volvió a entrar en la sala de estar ya parecía capaz de controlar el arrebatado de ira y las lágrimas que pugnaban por escaparse. Se atrevió a comentar con voz aun entrecortada por el esfuerzo que hacía por contenerse:

-¿No crees que te has pasado?

-Vamos, mamá. Solo es la primera impresión. Tal vez, en principio, sea demasiado impactante un cambio tan radical. Verás, seguro que cuando te acostumbres acaba resultándote simpático mi nuevo aspecto.

-Lo dudo mucho. Me gustaría que comenzaras a controlarte un poco. Tu misma lo has dicho, los cambios radicales resultan difíciles de asumir, tanto para el que los impone como para el que los observa. A partir de ahora, si no te programas con más sensatez tus etapas evolutivas, tendré que intervenir para frenar tu avance. No me obligues a imponerte normas demasiado estrictas; ambas lo pasaríamos mal.

Dejamos en suspenso la discusión en ese punto, pero yo conocía lo suficiente a mi madre como para entender que debería

hacer una pausa en mis tejemanajes si no quería destapar la caja de los truenos. Cierto que la cuestión de la estética había conseguido su propósito de distraer la atención de mi progenitora, pero si seguía abusando de esta provocación, acabaría cortando mis alas y, hasta el momento, me había ido muy bien en mis trapicheos bajo mano.

Mi madre apenas había caído en la cuenta de cómo estaba dejando de lado a mis amigos de infancia, centrándome cada vez más en las nuevas amistades que, por supuesto, le eran desconocidas. Había obrado con astucia y procuraba atraer siempre a mi propia casa a los compañeros de siempre para completar los trabajos hechos en equipo. De ese modo, aprovechaba la jornada laboral para que mi madre no cayera en la cuenta de que había cambiado de hábitos y de amigos. Mis jornadas festivas quedaban camufladas con imprecisiones que apenas me delataban puesto que mi madre confundía mis contactos habituales asociándolos con los recreativos. De haber conocido a los componentes del grupo con los que me reunía los sábados, seguro que habría puesto el grito en el cielo y me hubiera dejado sin recreo. Lo primero que hubiera alegado en su contra -aun sin conocerlos siquiera superficialmente- hubiera sido su edad. Cuatro o cinco años de diferencia entre un adolescente y un joven suponen mayor distancia que veinte entre adultos. Seguro que hubiera sido ese su razonamiento.

Yo me sentía orgullosa de saberme integrada en aquel grupo de jóvenes que me trataban como a su igual a pesar de las diferencias y el aire de niñaata inexperta que aun desplegaba. No era casual que ocurriera así. Contaba con la ventaja de haberle caído bien al líder del grupo. Fue una suerte que la rápida respuesta ocurrente con que acerté a dar el primer día que lo conocí, captara su atención. A partir de entonces, él provocó una serie de

encuentros con tal de tantear mis habilidades de manera que acabó adoptándome como su mascota. Fue Coto quien me introdujo en el grupo, adoctrinándome en sus reglas que bien podían resumirse en una única imposición: Jamás te sometas a las normas; sé tú misma sin ningún tipo de cortapisas.

Me gustó el lema, era incitante y atrevido. Me divertía dejándome llevar por el instinto sin estar cuestionándome en todo momento la oportunidad y el efecto que causaban en los demás cada uno de mis actos. Había dejado de ser la niña condescendiente y educada que siempre había seguido las reglas del juego.

También eran estimulantes el tipo de actividades que desplegaba el grupo y aunque, en cierto modo, tuve que reconocer que tampoco ellos podían sustraerse a la necesidad de mantener la pose que habían tomado para afirmarse, indudablemente habían alcanzado grandes cotas de libertad con su actitud.

Mi única preocupación consistía en ser discreta y cubrir las apariencias con tal de no alertar en exceso a mi madre que siempre me había hecho un seguimiento exhaustivo, en especial en lo referente al rendimiento académico; así pues procuré mantener el nivel de mi expediente y el ligero descenso que ofrecieron mis notas fue justificable con la recurrida excusa de los conflictos de la adolescencia. Lo importante era que, de momento, conseguía encubrir mis andanzas para que las prohibiciones no fueran excesivas. Por nada del mundo me hubiera resignado a prescindir del grupo con el que estaba descubriendo el mundo.

Lo realmente difícil era sortear los horarios impuestos que no tardaron en convertirse en un pesado lastre y una fuente de mentiras y complicidades con viejas amigas, que no tenían perspectivas de futuro. Pronto tendría que recurrir a otras excusas más creíbles

con tal de ganar tiempo. De momento, el verano vino en mi auxilio y me ayudó a camuflar muchas de mis escapadas. Como fuera que el curso había culminado con un discreto notable de nota media y dada la irregularidad de horarios que todos los miembros de la familia disfrutábamos en vacaciones, hacía la normativa menos estricta. Apenas importaba que las veladas se prolongaran más de la cuenta cuando los padres sabían que podían encontrarnos reunidos en las dunas en cualquier momento. También era cierto que jamás se arriesgaban a invadir nuestro territorio temiendo ponernos en evidencia ante nuestros amigos, delatando así la poca confianza que tenían en nuestra sensatez. Se limitaban a observarnos, atentamente, a nuestro regreso a casa con tal de detectar alguna anomalía que los pusiera sobre aviso sobre nuestra falta de responsabilidad.

En septiembre la abundancia de festejos locales también me permitió cierto margen, y fue el propio ayuntamiento quien propició que me iniciara en el conocimiento de la música Heavy que era el distintivo artístico al que se afiliaba mi grupo.

Fue a lo largo de un concierto roquero, incluido en el programa de fiestas, cuando me inicié en otra práctica que, hasta entonces, había conseguido eludir. En cierto modo era una experiencia que me asustaba, dado lo mucho que nos habían prevenido, tanto en la escuela como dentro de la familia, de los peligros de la adicción a las drogas que suele comenzar como una simple curiosidad y acaba enganchándose con grave riesgo para la salud física y mental. Ni siquiera me había estrenado fumando mi primer e inofensivo pitillo. Sabía que, con apenas quince años recién cumplidos y el excelente olfato de mi madre, no conseguiría sortear la prohibición de catar los cigarrillos y salir impune de mi pecado. Así pues, y pese a la insistencia de mis nuevos amigos, no había transgido y me había negado a probar el placer de tragar el humo.

Tenía que elegir entre la astuta cautela que practicaba, y que me estaba proporcionando un aceptable grado de libertad, o estropearlo todo con una indiscreción que me pusiera al descubierto.

Aun recuerdo lo emocionante que resultó participar, en el estadio de fútbol del pueblo, repleto de jóvenes, de la euforia generalizada que las estridencias de los rokeros locales nos imponían. Muchos de aquellos artistas eran conocidos nuestros y admirábamos su afán por conseguir el éxito. Hora tras hora, grupo tras grupo, nos bombardeaban con su música experimental.

Al principio intentaba captar las observaciones que me hacía mi ya inseparable amigo Coto, con tal de convertirme en toda una experta para discernir las distintas variantes aun dentro del mismo estilo de música. Acabé aturdida con tanto ruido y tanto matiz al que atender. Por fin decidí que no era el momento de entrar en detalles; entonces solo cabía disfrutar del ambiente del vivo y en directo y, ya más tranquila en mí casa, frente a mi equipo de música y con la posibilidad de avanzar y retroceder a mi antojo, me dedicaría a escuchar en plan didáctico. Así se lo hice notar a Coto que, de inmediato, me dio la razón diciendo: Es cierto, soy un desconsiderado. Busquemos un rincón menos ruidoso y relajémonos un poco".

Salimos del polideportivo y, saltando la valla, nos refugiamos en la solitaria piscina municipal. Tendidos sobre el césped contemplamos el hermoso cielo tachonado de estrellas. Cerré los ojos con tal de percibir mejor con el resto de los sentidos, el encanto del momento.

Sentí el cauteloso roce de la mano de Coto introduciendo entre mis dedos el irregular cilindro de un cigarrillo artesanalmente liado a mano. "Prueba, verás que sensación más espléndi-

da te niegas a percibir". Supuse que no me haría daño dar una calada y opté por complacerlo. Tranquilamente, allí tendidos, con las manos entrelazadas, compartí con él mi primer canuto. Lo cierto es que pronto comencé a sentirme mal. De hecho me había tomado unos cubatas y los efectos de la yerba se mezclaron con el alcohol enmascarando la alucinación ideal que debía de producirme tan mágico producto. El firmamento entero comenzó a rodar vertiginosamente haciendo que perdiera la noción de equilibrio. No sabía bien dónde estaba y el vértigo comenzaba a pasarme factura imponiéndome unas imperiosas ganas de vomitar. Solo que era incapaz de levantarme del suelo. Coto se dio cuenta de mis dificultades y, abrazándome, me ayudó a incorporarme. No le dio tiempo a sortear el pestilente chorro que se escapó de mi boca y que aterrizó en sus ropas. Sin enfadarse, me arrastró hacia la ducha con la intención evidente de darnos un buen repaso a ambos. Apenas había abierto el grifo detectó la presencia del guarda que vigilaba las instalaciones. Ni siquiera recuerdo como conseguí escalar, de nuevo, la valla para salir de allí. Lo cierto fue que, cuando quise darme cuenta, ya medio despejada por el agua y la carrera, tuve ánimos para montar, como paquete, en su moto y dejarme llevar a donde quiera que fuera.

No recorrimos un gran trecho. Apenas los diez kilómetros que nos separaban de la costa duró nuestra excursión. De nuevo, tendidos boca arriba en la desierta playa, nos dimos un respiro. A pesar del aire tibio que se respiraba, mis ropas mojadas hicieron que me estremeciera. Coto me arrebujó entre sus brazos para darme calor, sentí los fuertes latidos de su corazón muy cerca del mío y cómo sus músculos se ponían tensos. Su sexo serpenteaba endureciéndose y yo me pegaba más a él sintiendo que todo mi cuerpo ofrecía una respuesta ante el nuevo estímulo que me impulsaba. Levanté la cabeza intentando buscar la expresión de su rostro y apenas pude vislumbrar sus labios muy cerca de los

míos. Me erguí buscando acortar distancias y cuando ya casi lo había logrado, él me rechazó separándose bruscamente del abrazo: “Aun no es el momento, pequeña. No hay que mezclar sensaciones. Por hoy ya has cumplido con tu programa iniciático. Dejemos para otra ocasión esta nueva experiencia que merece una atención especial y una consciencia absoluta” -dijo. Y Levantándose de un salto, me dio la mano para que yo hiciera lo propio. Lanzó un prolongado aullido a la luna ausente e hizo que corriéramos hacia las oscuras aguas que nos envolvieron tibiamente a pesar de la aprensión que sentí al sumergirme en ellas. Nos dimos un buen chapuzón que consiguió arrastrar la arena pegada a nuestras ropas y diluyó el olor agrio del vómito que aun nos impregnaba. Dimos dos carreras por el desierto paseo con tal de no subir chorreando a la moto con la que, además, hicimos un recorrido de regreso más largo de lo necesario para conseguir que nuestras ropas acabaran de secarse antes de entrar en casa.

Temblaba cuando Coto me dejó en la esquina de mi calle. Era tardísimo y estaba segura que mi madre me estaría esperando. Fue peor aun: Inquieta por mi escandaloso retraso, no pudo evitar esperar asomada a la barandilla de la terraza con tal de detectar cualquier indicio alarmante. Así pues fue testigo de mi llegada montada en aquel ruidoso aparato y acompañada por un desconocido. Me recibió con todas las luces del salón encendidas de modo que no pude ocultar mi deplorable aspecto. Supongo que el temor y el desconcierto que reflejaba mi mirada, así también como el ser consciente que su propia ira podría provocar un altercado en exceso escandaloso para lo avanzado de la noche -más bien de madrugada- que era, se limitó a mirarme de arriba a bajo y decir: "Prepárate para lo que tendrás que explicarme mañana".

La estimulante fiesta me costó más de dos meses de reclusión total. De nada valió mi humilde petición de disculpas, ni las soco-

rridas medias verdades que se me ocurrieron con tal de justificar lo que, por evidente, era injustificable. Mi madre se mantuvo implacable y me sometió a una estrecha vigilancia.

Fue a principios de diciembre cuando, ya más calmados los ánimos y cumplida mi penitencia, se levantó un poco la veda y pude escamotear el estrecho control de mi sensibilizada madre. Ya casi me ignoraban en el grupo, pero comprobé, complacida, que para Coto seguía siendo algo así como su mascota más querida.

-Hola, pequeña, aun tenemos algunas cosas pendientes que descubrir juntos. No es difícil imaginar lo que ha ocurrido. Ven aquí y recuperemos el tiempo perdido.

-Aun tengo que ir con tiento. Mi madre no deja de vigilarme.

-Ese es otro asunto que tendrás que abordar con seriedad de adulta. No puedes ir escondiéndote de todo. También ha llegado el momento de rebelarte y no dejarte avasallar.

-Solo tengo... diecisiete años.

-No es necesario que también me mientas a mí. En realidad la edad no es importante; lo imprescindible es la convicción de querer lo que estás haciendo.

Con la estimulante sensación de libertad que me infundieron sus palabras, decidí, en aquel instante, que ya no me sometería más a las absurdas normas que me imponían en casa. ¿Qué podían hacerme? ¿Atarme a la pata de la cama?

Decidida a acabar con el límite impuesto a mis horarios, me puse a ello de inmediato; por ello, sin preocuparme de lo avanza-

do de la velada, le propuse a Coto escapar del grupo. Con una sonrisa maliciosa aceptó mi propuesta, pero, como siempre, sin dejarme tomar la iniciativa impuso su voluntad y me arrastró a su terreno.

-Retomemos las clases en donde las dejamos. ¿Recuerdas qué viene ahora?

- Claro que sí. Me muero de ganas por seguir con ello.

-¿Estás segura?

No esperó mi respuesta, me tendió el casco y me abrigué bien par subir a su moto. Como si apenas hubieran pasado unas horas desde nuestro último encuentro, regresamos a la playa. Es cierto que algunos factores habían variado. En esta ocasión la luna brillaba espléndida ocultando las estrellas e imponiendo un reflejo de plata a las tranquilas aguas de la fría noche de invierno. Lo primero que se me ocurrió pensar fue que las bajas temperaturas nos impedirían disfrutar del contacto directo y pleno de nuestros cuerpos que tendríamos que explorarlos a través de las gruesas y ásperas ropas de invierno. Coto pareció adivinar mis pensamientos y observó disgustado nuestro romántico, pero incómodo, entorno. Corrió hacia las dunas y, oteando desde ellas, se dirigió hacia una casita que pudo vislumbrar desde allí. Forcejeó en la cerradura hasta que consiguió abrirla. Olía a humedad, pero aun así hacía menos frío que fuera.

-Busquemos unas mantas y salgamos fuera -le propuse a Coto.

-Nada de eso. Mejor nos acomodamos aquí dentro. Verás como conseguimos calentar el ambiente.

Cogió una silla y la golpeó hasta convertirla en astillas; las metió en la chimenea y encendió el fuego. Entró en el primer dormitorio que quedaba a mano y sacó un colchón que acercó al hogar. Por último registró en los armarios hasta que encontró sábanas limpias que me tendió para que yo preparara la cama.

Estaba asustada. Aunque el lugar quedaba aislado y estaba solitario y oscuro, pensé que era posible que alguien -en especial la policía que patrullaba por la zona- pudiera descubrirnos. Coto no parecía preocupado y se desenvolvía con toda naturalidad buscando acomodarnos bien en aquel hogar extraño. Cuando todo estuvo listo, comenzó a prestarme atención y dejando el lugar en penumbra inició el striptease, propio y ajeno, que realizó con manos expertas.

Había tenido tiempo suficiente para soñar en aquel instante bajo todos los aspectos posibles, imponiéndole cada vez detalles distintos y muy imaginativos. Aun así, no se pareció en absoluto a lo que había soñado para un momento como aquel. De no ser por la descarga de adrenalina que me imponía el temor de estar invadiendo la propiedad ajena, creo que la experiencia no me hubiera resultado tan estimulante como la había imaginado. Aunque Coto parecía seguir con cautela todos los pasos del ritual, lo cierto es que se precipitó en exceso, sin preocuparse demasiado por alertar mis sentidos, aun no experimentados, con tal de conseguir que la experiencia me resultara todo lo gratificante que se suponía debía de ser. Pensé que se comportaba con poca delicadeza al penetrarme bruscamente, produciéndome un dolor que enmascaró por completo el placer de un acto que no se prolongó lo suficiente como para compensar tan desagradable impresión. Lo justifiqué creyendo que era el precio que debía pagar por estrenarme en las artes del sexo. Seguro que en la próxima ocasión podría disfrutar mejor la experiencia.

Cuando se quedó dormido apenas hubo concluido el acto, caí en la cuenta de que no le había exigido que tomara precauciones. No debía preocuparme, seguro que él, más experimentado en estas lides, si que las había tomado y yo no me había percatado de ello. El recelo, el temor y el sordo dolor que sentía, me impidieron descansar a su lado. Por otra parte, no quería llegar demasiado tarde a casa. Por mucho que me hubiera propuesto no dejarme avasallar por las normas, prefería no forzar demasiado las circunstancias. Desperté a Coto que, disgustado, accedió a llevarme a casa.

Fue la noche del veintidós de diciembre cuando mi amigo decidió avanzar un poco más en mi adiestramiento y así me lo planteó a penas nos reunimos.

-Hoy vamos a hacer una visita. Tengo un viejo amigo al que quiero que conozcas. Le llevaremos mi regalo de Navidad.

Como ya era costumbre, nos montamos en su moto y me abracé a su cintura. A la salida del pueblo paramos en la gasolinera. Además de llenar el depósito comprobé, extrañada, como Coto cogía una botella vacía de vino del cubo de basura y pidió que se la llenaran. Cuando salió de pagar su cuenta llevaba bajo el brazo un paquete con dos botellas que me entregó para que yo las transportara. Volvimos a ponernos en marcha aunque no llegamos muy lejos. Nos desviamos por un camino vecinal bajo el puente que cruzaba el río y aparcó junto a un terraplén que bordeamos hasta llegar al primer arco que formaba la estructura del puente. Apenas si llegaba un tenue reflejo de la iluminación de la carretera superior, así que Coto encendió una linterna que llevaba y voceó:

-Pulgas, ¿dónde estás? Anda, sal que te traemos un regalo de Navidad

Nadie contestaba, pero Coto seguía insistiendo hasta que, al fin, una figura encorvada y cubierta de harapos se hizo visible, protegiéndose los ojos, en el cono de luz que lo deslumbraba.

-Venga, hombre, si que te has hecho de rogar. Quiero presentarte a mi amiga. Si te portas bien creo que también ella se animará a visitarte de vez en cuando.

-No me hagas daño -creí oír que decía el viejo que parecía muy asustado.

-¿Cómo que daño? Siempre traigo algo bueno para ti, pero sabes que tienes que ganártelo. Verás que vino tan bueno te he traído para que calientes el cuerpo. Pero tienes que demostrar que sabes apreciar su calidad. Anda, ven, prueba y dime cual te gusta más.

Le tendió el paquete y el viejo, receloso, desenroscó el tapón acercándolo, con precaución a sus labios para probar el contenido. De inmediato se animó y, afanoso, dio un largo trago.

-Bueno, ¿eh? Prueba de la otra botella, así me dirás cual prefieres que te traiga la próxima vez.

El hombre hizo lo que mi acompañante le pedía. Coto se puso a su lado y, sujetándole el brazo y la cabeza, lo obligó a beber un largo trago. Apenas aflojó la presión el pordiosero dejó caer la botella y vomitó parte del líquido que había ingerido. De inmediato pude oler a gasolina y pensé, horrorizada, en la botella que vi llenar en la gasolinera

-Vaya, parece que este no te gusta. Eres tú un gran sibarita. Aunque es cierto que este es de peor calidad, seguro que calienta mejor. Ahora mismo podemos comprobarlo.

Coto sacó una cerilla, la prendió y la tiró a los pies del viejo que no fue lo suficientemente rápido como para evitar que los bajos de sus andrajos prendieran fuego. Corrió adentrándose en la oscuridad del puente y le vi dando zarpazos intentando apagar con una vieja manta las llamas que pugnaban por extenderse.

Coto lo siguió mientras yo me quedaba paralizada en donde estaba sin poder reaccionar. Cuando quise darme cuenta iba de nuevo montada en la moto sin atreverme a estrechar el abrazo que me mantenía sujeta a aquel extraño individuo.

Cuando nos detuvimos frente a la tasca en la que solía reunirse el grupo, di la espalda a Coto con la intención de alejarme de él.

-¿A dónde crees que vas?

-Regreso a casa. No me encuentro bien.

-

Aun no hemos completado la velada.

-No creo que vuelvas a verme. Esto no me ha gustado nada.

-Te asustas de bien poco. Solo me he limitado a dar una lección a ese miserable. Tal vez así reaccione, aprenda a protegerse y hacer algo con su vida. Debería darme las gracias por la lección, así, en otra ocasión, estará prevenido cuando lo visite algún des-aprensivo. Ya llevo más de un mes intentando hacer entrar en razón a ese zopenco.

-No cuentes conmigo para estos menesteres.

-Ni se te ocurra dejarme plantado delante de todo el mundo. Soy yo quien decide cuando todo ha acabado.

Aunque sonreía amablemente al dirigirse hacia mí, algo en su mirada me decía que no conseguiría deshacerme de él en aquel momento. Asustada le seguí y entramos en el bar. Como una autómatas tomé, sin rechistar, lo que me pusieron delante y aguanté silenciosa mi oportunidad de escapar. Coto, aunque parecía haberme dejado de lado, no me perdía de vista. Reía y tonteaba con todas las chicas del grupo con la evidente intención de darme celos, pero yo solo estaba pendiente de encontrar la oportunidad de salir de allí. Él le susurró algo al oído a una chica antes de dirigirse al aseo. Cuando ella se acercó a mí entendí que le había pedido que me vigilara, pero yo fui más rápida que ella y, dándole un empujón, salía de estampida del local.

Estábamos reunidos en casa de la abuela celebrando la Noche Buena. Todos parecían divertirse. Solo yo me mantenía algo aislada, junto al fuego, sin poder olvidar los incidentes vividos los últimos días. Lo que más me avergonzaba era haber admitido, por un momento, la posibilidad de que aquel pordiosero se merecía lo que Coto le había hecho y que, a la larga acabaría reaccionando con los atropellos a que era sometido y acabaría saliendo de la miseria.

Mi prima predilecta, que siempre me apoyaba e intentaba imitarme en todo, se acercó a mí y me preguntó:

-Te veo preocupada. ¿Es que te han vuelto a castigar? Los mayores son un auténtico coñazo.

Yo solo atiné a responderle.

-Ojala me hubieran castigado por todo lo que he hecho.

POR REBOSAMIENTO

María José Moreno Vázquez

Cuarta... *"You think I'd leave your side, baby. You know me better than that".*

Los dígitos cuarteados del panel de la guantera anunciaban, con una luz tenue anaranjada, que eran las 23:46 horas del 24 de Noviembre del 2005, y que más allá de la carrocería el aire tenía 4 grados centígrados de temperatura. Lo miraba una y otra vez como una autómatas mientras conducía, y lo más curioso era que cada vez que lo hacía era como si su cerebro estuviera recibiendo aquella información por primera vez. Dicen que la memoria de los peces es de tres segundos, pero quizá es que el humano que la contabilizó, además de tener mucho tiempo libre, no recordaba lo que estaba haciendo en el segundo que hacía cuatro. Su cabeza estaba lejos, y viajaba a mucha más velocidad que el coche que la acercaba a casa. Una vez más, el día había sido lo suficientemente largo como para poder acumular todo el cansancio del universo, y lo suficientemente corto como para no haber tenido tiempo de iniciar el resto de su vida.

...Freno, embrague, tercera... "You think I'd leave you down when you are down on your knees. I wouldn't do that".

Siempre le había encantado aquella recta del trayecto desde el hospital hasta casa: era el único tramo de toda la red vial que había recorrido durante su vida en el que había podido cumplir aquella máxima que tanto le repetía su pestilente profesor de prácticas de la autoescuela: "Antes de parar el vehículo en un semáforo de la vía pública, hay que reducir todas las marchas una por una". Después de veinticinco prácticas dobles te das cuenta de que es completamente inútil tratar de explicar a un señor que tras cincuenta y muchos años de vida no ha conseguido descifrar las instrucciones de uso de un bote de gel de baño que no te da tiempo a reducir porque, además de que ningún terrícola lo hace, no tienes ni puta idea de conducir gracias, entre otros muchos factores, a su inestimable colaboración. De hecho, sólo hay una cosa más difícil que hacerle entender eso, y es tratar de que no te llame "Nena".

Pero el tema era que allí sí. Aquella recta debía pertenecer al mundo paralelo en que habitaba aquel tipo con aliento a ceniza de Ducados, y era estupendo recordar cada día en que el semáforo decidía dar prioridad a los peatones que hubo un momento de su vida en que no tenía tantas canas, y los gemelos de la pierna izquierda, aún firmes sin necesidad de gimnasio, acababan con agujetas tras hora y media de embrague. Le dio igual ver cómo durante aquella maniobra propia de conductora novel la adelantaba haciendo esos a 80 por hora el A3 negro de turno: él tendría que pasar de quinta a punto muerto sin levantar el pie del embrague, y eso sólo lo hacen los que se duchan... Nenazas...

...Freno, embrague, segunda..."I'll tell you you're right when you want".

Era agradable sentir el calor de la calefacción del coche en las manos heladas. Tardó semanas desde que lo compró en conseguir enfocar las rejillas del climatizador para que el aire que emanaban describiera una dirección exactamente tangencial a la zona del volante por donde ella lo asía, pero la satisfacción cuando lo logró fue tal que jamás volvió a tocar las ruedas que modificaban la inclinación de las mismas, ni consentía, bajo ningún concepto, que nadie lo hiciera. Al fin y al cabo, aquella máquina de cuatro ruedas era más suya que de nadie. Al fin y al cabo, con aquella máquina había pasado más horas que con muchos a quienes llamaba "amigo".

... Freno, embrague, primera... "And if only you could see into me, when you're cold I'll be there hold you tight to me".

Mientras pensaba qué oscuras razones la llevaban a escuchar una y otra vez las mismas canciones lacrimógenas en aquella emisora de radio sin mover el dial en busca de cualquier cosa con menos tendencia suicida que Sade, que haría más justicia a su nombre si le suprimiera la última letra, se dio cuenta de que, contra todo pronóstico debido a su férreo cumplimiento del dogma circulatorio, estaba parada en la primera fila del semáforo en rojo. Lo normal dada su lentitud de maniobras hubiera sido ocupar la tercera o cuarta fila, pero había olvidado el hecho de que no hay mucha gente circulando a la hora de las brujas en el mes de Noviembre. Sólo la acompañaba el niño que se duchaba del A3, que quizá sería un rezagado amante sin temor al frío que volvía de desafiar las leyes del antiempañante en cualquier huerta. Nadie más. O al menos era lo que ella creía hasta que miró por el retrovisor interior.

Inesperadamente, se topó con la silueta de una mujer ojerosa de mediana edad. Nunca había sido buena calculando los años de

las personas, pero se le antojaba que aquella mujer tenía menos de los que muchos podrían atribuirle. Era castaña y llevaba una media melena escalonada que le rebasaba holgadamente los hombros y que hacía demasiadas horas que no había estado en contacto con algo parecido a un cepillo. En el cuello, un pañuelo de rayas de colores enrollado varias veces sin esmero, y en las orejas unos pendientes largos brillantes cuya morfología no acertaba a identificar. La ropa que alcanzaba a verse por el espejo era oscura, tal vez negra. La cara que se intuía ligeramente desdibujada era triste. Ninguna arruga en la frente, ningún fruncimiento en las cejas, ninguna mueca en los labios. Su mirada describía un ángulo mínimo, quizá de 45 grados, hacia la esquina superior derecha, como pretendiendo buscar el semáforo que había convocado aquella reunión clandestina, pero sólo con verla podía intuirse que aquellos ojos no se quedaban en una línea de tres bombillas. Más bien parecían estar contemplando con la calma con la que se cumplen los deseos en los sueños cosas que jamás hubiera visto ningún mortal. A pesar de llevar varios años ganándose la vida con su oficio de enfermera, o tal vez debido a ello, siempre había pensado que las pupilas no son negras porque reflejen la oscuridad de la retina, sino porque son la puerta de entrada a un universo paralelo en el que no hay imposibles. En aquel reflejo del retrovisor, bajo la apariencia de una mujer vencida, estaba toda la resignación del mundo, que es la forma más cobarde de la tristeza.

Y mientras contemplaba con miedo al contagio aquella mirada de la que parecía salir todo el invierno de aquella madrugada de Noviembre, descubrió que, sin que se hubiera mediado siquiera un pestañeo, había aparecido en la mejilla de la mujer un punto brillante que avanzaba sin prisa pero sin pausa hacia su mentón. De tan hondo parecía salir aquella lágrima que sólo con contemplarla podía incluso sentirse cierto sabor salado en la

boca. No había cambiado nada en su gesto, no había suspirado, no se había movido un solo músculo de su cuerpo. Nada. Siempre había pensado que la manera más desoladora de llorar se da cuando las lágrimas, de pronto, brotan solas, teniendo como única causa que sobran los motivos para que cueste trabajo vivir, sin que puedas hacer nada por impedirlo y sin que ninguna otra parte de ti las acompañe con algún gesto de dolor. Salen. Es como si hubiera tantas dentro que ya no cupiesen y escaparan por rebosamiento, como un vaso que has llenado demasiado y comienza a dejar escapar su contenido, con la misma calma, con la misma simpleza, con la misma rotundidad. La tristeza se convierte en agua. El cuerpo se convierte en río. Y el agua se derrama. Y el río se desborda. Sin consuelo. Sin límite. Sin más.

Cerró de golpe los ojos y, mientras los apretaba, imploró al dios de los semáforos que la luz roja hubiera cedido su protagonismo a la verde cuando los volviera a abrir, sólo por no encontrarse de nuevo con aquella mujer en el retrovisor. El dios de los semáforos parece escuchar siempre a todo fiel que no llega tarde a cualquier sitio.

...Embrague, primera, acelerar... "Oh, when you're low I'll be there by your side, baby".

Su oficio y la vida misma le habían enseñado que no hay vacuna contra la tristeza. Se trata de una patología de evolución insidiosa, y de alta refractariedad a los tratamientos conocidos hasta ahora.

Deseaba con las pocas fuerzas que le quedaban no haberse contagiado en aquel semáforo. Estaba tan preocupada por ello que ni siquiera se molestó en saber qué dirección había tomado la infectada: volvían a estar mano a mano el Romeo del A3 y ella,

y esta vez no tenía ganas de recordar a su profesor de la autoescuela, así que pisó el acelerador y lo dejó atrás. Todos los caballeros murieron en las cruzadas, y todas las Julietas en el cementerio de los Capuleto de Verona.

El garaje tenía el mismo olor a humedad de siempre.

El ascensor contenía la misma luz blanca del más allá de siempre.

Las luces de casa estaban tan apagadas como siempre.

Avanzó por el pasillo y abrió la puerta del dormitorio pequeño: la respiración profundamente acompasada de su hijo le hizo entender que no debía estar siquiera en el primer sueño, así que podía besar al motor de su vida sin temor a despertarlo. Antes de ser madre, no sabía que se puede llegar a amar tanto, ni el significado de la palabra "responsabilidad".

Acto seguido se dirigió al dormitorio grande. De la cama emanaba otra respiración honda y lenta a la que se acercó como se aproxima a un oasis alguien que lleva demasiados días perdido en el desierto. Sabía que no lo despertaría: la única situación en que lo encontraba consciente cuando regresaba del turno de tarde era cuando él tenía algún problema que contarle pero, al parecer, nada le había quitado el sueño en las últimas 24 horas. Muchos oasis son espejismos, pero te das cuenta cuando ya has plantado la tienda de campaña.

Sin siquiera desnudarse levantó las mantas, se sentó en el borde de la cama, se tumbó bajo ellas, y buscó la fuente de aquella respiración. Apoyó despacio su cabeza en el hombro de la persona que hacía ya algunos años le había hecho dudar por un ins-

tante de que los milagros no existen, hundió la cara en su cuello y se lo besó suavemente, apenas rozando su piel con los labios, con toda la ternura que sabía dar, que era la misma que necesitaba recibir aquella noche, la misma que no iba a pedir. Antes de conocerlo, no sabía que se puede identificar el aroma tibio de una piel entre todos los aromas del mundo sin que quepa la más mínima duda, ni el significado de la palabra "confianza". Permaneció allí unos minutos, quizás más de los que ella hubiese dicho que había estado a cualquiera que le hubiera preguntado, y seguro menos de los que ella hubiese deseado estar, pero decidió no moverse más en busca de un abrazo entre sueños sin antes haberse despojado de la ropa de calle.

Algo más aliviada, y empezando a pensar que había logrado escapar a tiempo del semáforo contagioso, separó su cabeza del hombro cálido en el que quería refugiarse lo que le quedaba de noche, lo que le quedaba de vida, y no fue pequeña su sorpresa cuando descubrió que lo que había sido un lugar seco a su llegada estaba ahora húmedo. Pasó la mano por su almohada improvisada y sintió el escalofrío devastador que le producía la certeza de lo que iba a encontrar cuando pasara la mano por sus mejillas. Antes de aquel instante, no sabía que podían existir tanta soledad, tanto miedo, ni se había preguntado si siempre se puede volver a nacer.

En medio del silencio espeso de la habitación, se quitó la ropa negra, el pañuelo de rayas de colores enrollado varias veces sin esmero alrededor del cuello, los pendientes largos brillantes. Debía cepillarse el pelo antes de ir a dormir: había olvidado hacerlo antes de salir del hospital.

Para todo aquél que alguna vez ha llorado por rebotamiento...
Y sin que nadie lo haya sabido nunca...

¿ CUÁNTAS HORAS DUERME UNA MADRE?

Miren Edurne Mugarra Soldevila

Mi papa está en el cielo, me lo ha dicho mi mama, yo no me imagino a papá en el cielo, allí en una nube. Mi madre dice que ahora está con los angelitos, yo le he dicho ¿cómo es posible que esté en el cielo y no se caiga? Y ella me dice que le han salido alas y por eso está allí arriba, volando. No sé, es que no me imagino a mi padre allí entre angelitos y ¡¡¡¡fumando!!!! por que él fuma, ¿Dónde comprará allí el tabaco? ¿se lo venderán los angelitos? Que divertido, me río bajito tapándome la boca, porque mi mama esta triste, ella me lo cuenta casi llorando y yo le acaricio la cara.

¿Por qué llora? Será muy divertido cuando papa vuelva y nos cuente cosas del cielo, yo se lo digo pero ella llora aún más, yo tengo ganas de que vuelva pronto, hace ya mucho tiempo que se ha ido, por lo menos por lo menos dos días..... o más, o dos semanas..... o más, bueno no sé cuanto porque la señorita Isabel me dice siempre que he de aprender las horas, los días, las sema-

nas.... y le dice a mi mama que me los repase en casa, que no me concentro y que voy un poco retrasada desde que papa se fue al cielo, ella me coge la mano a la puerta del cole y asiente tristemente, pero luego en casa no repasa conmigo, yo se lo digo pero ella no tiene tiempo.

Cuando llegamos a casa, mama se pone a cocinar ya a limpiar, me da la merienda y me dice que vea la tele, y luego se pone a hacer llamadas, llama a mucha gente, a veces llama a mi abuelita y llora, otras veces llama a gente mayor que yo no sé quienes son, pero que también la ponen triste, ella siempre les dice que quiere trabajar, pero luego nunca trabaja yo no sé porqué. Papa trabajaba mucho también y ahora mama parece que también quiere trabajar, lo que no sé, es si luego se irá también al cielo, yo no quiero que se vaya, me alegro cuando cuelga y dice que no le dan trabajo, así estará siempre conmigo. Muchas tardes mi madre se pone a coser, yo no sé ahora que le ha dado, cose que te cose, antes le gustaba y hacía unas sabanas y unos manteles muy bonitos y me hacía también trajes para mis muñecas. Ahora ya no cose cosas bonitas, ya no cose flores ni mariposas, ahora sólo cose pantalones y faldas de otra gente, cose muy seria, no como antes.

Desde que papa se ha ido al cielo, mama está muy preocupada, cuando vamos a comprar comida al super, mira todo muchas veces, coge las cosas, las mira y las deja o las mira mucho mucho y las echa a la cesta, porque desde que papa no está compramos con cesta, ya no cogemos carrito en el supermercado, debe ser porque papa era el que empujaba el carrito y siempre nos reíamos mucho cuando hacía como que chocaba con las cosas y me subía encima y decía que yo era una princesa en su carroza. Ahora ya no nos reímos tanto además compramos menos, yo no sabía que papa comía tanto. Ahora siempre compramos poquito, antes comprábamos muchas cosas y cosas muy divertidas de

comer, pero se ve que sólo las podía comprar papa, porque ahora mama dice que ella no puede y yo creo que papa en el cielo se las compra a los angelitos y ellos estarán muy contentos y por eso no le dejan volver, pero yo quiero que vuelva y mama seguro que también, ella le reñía por hacer el tonto con el carrito, pero también se reía, yo creo que no se enfadaba de veras.

Ahora mi mama ya trabaja, trabaja en un super y es guay porque ahora ya compramos otra vez cosas chulas de comer y cuando voy allí todas las amigas de mama me dan besos y me dan caramelos y todo. Mama sigue teniendo cara de preocupación y muchas veces saca cuentas como yo en el cole, suma y resta y suspira hondo, como yo cuando no me sale la caligrafía, yo intento ayudarla y me siento a su lado y le pinto dibujos de colores en la libreta para que sea una libreta alegre como la mía, yo se lo digo:

-Mira mama, así tu libreta es alegre como la mía, si no es muy triste, todo números y letras feas.

A ella le gusta mucho lo que pinto y me pasa la mano por la cara y por la cabeza y me da muchos besos. El otro día pinté a papa en una nube azul y ella lloró mucho, pero ya me ha explicado que a veces las mamas lloran sin estar tristes, menos mal que me lo ha explicado porque yo creía que mama estaba siempre triste. Ahora sé que papa lleva en el cielo tres meses y que un mes tiene cuatro semanas, la señorita Isabel está contenta porque ya me sé los días y los meses.

Desde que mama trabaja está muy cansada y encima, cuando llega a casa se pone a coser ropa para un montón de gente, yo no sabía que lo que cosía mama le gustaba a tanta gente y eso que no cose cosas bonitas, bueno pues aún así, la gente le da ropa y dinero, muuuuuuchoooooo dinero, ella dice que no es tanto dinero y

dice que es para comprar cosas. El otro día me puse a su lado a coser el vestido de mi muñeca, para que me den dinero y yo también poder comprar cosas, pero a mamá no le gustó nada eso que hice y me dijo que no, que de coser nada, que yo a pintar y escribir la caligrafía que eso me dará muchas más cosas en la vida que coser. Yo no entiendo a mi madre, he preguntado a las niñas del cole y a ninguna le dan cosas por hacer dibujos ni nada, pero bueno, es que como yo digo, a mi madre no hay quién la entienda.

Antes íbamos en coche todos los días al cole, nos llevaba papá, ahora ya no tenemos coche. Yo al principio no quería ir andando hasta que mamá me enseñó el juego del "Veo, veo", ahora todos los días jugamos mientras llegamos al cole y también cantamos canciones que me enseñan en clase, me gusta que me coja de la mano y me explique las cosas de la calle, cómo, cuando hay que cruzar los semáforos, o, porqué no se cogen las cosas del suelo. Luego yo se lo cuento a mis amigas en el recreo, María no se cree que en el suelo hay unos bichitos muy malos que no se ven, que si los tocas te ponen malita y que por eso no se pueden coger las cosas que hay por la calle, pero yo sí me lo creo porque lo dice mi mamá y ella siempre lo sabe todo.

Cuando hace frío, antes de salir, mamá me pone los guantes y la bufanda hasta media cara y un gorro de colores que me ha comprado, yo le digo que hace trampa porque así no veo nada y siempre pierdo al "veo, veo", ella se ríe mucho y eso me gusta, yo también me río mucho con ella.

Cuando vamos por la calle vamos las dos de uniforme, yo le digo que a mí me gustaba más cuando iba con su ropa, que no me gusta ese uniforme tan feo y que las demás mamá no llevan uniforme ni nada, pero ella me ha contado que este uniforme la hace especial y que gracias a él podemos comprar cosas como el gorro

de colores que llevo en la cabeza. Desde que me explicó eso, a mí, su uniforme me gusta más y a veces cuando entro en su habitación y lo veo encima de una silla, me acerco a oscuras y lo toco despacito, porque si es tan mágico como para hacer que las cosas bonitas como mi gorro vengán a casa, a lo mejor me devuelve a mi papa, así que lo cojo y lo aprieto fuerte deseando que papa aparezca, pero debe ser más fácil traer un gorro de colores que a un papa.

Algunas tardes viene a por mí Marta, Marta es una amiga de mi mama que me recoge del cole y me trae la merienda, ella me lleva a casa y juega conmigo, hacemos juntas la cena y cenamos viendo la tele con los pies encima del sofá, a mí me gusta mucho estar con ella, pero no me gusta cuando viene porque ese día no veo a mi mama porque trabaja hasta tarde, y me duermo sin verla y me da miedo, porque un día papa no volvió por la noche y ya no vino más y cuando es hora de acostarme, lloró mucho y pataleo, Marta se disgusta y se queda conmigo hasta que me duermo.

La verdad es que siempre que me despierto mi mama está allí para ayudarme a vestirme y llevarme al colegio, yo le pregunto que si las mamas no duermen ni nada, y ella me dice que las mamas y los papas duermen menos y debe ser verdad porque cuando yo me acuesto mi madre aún se queda haciendo cosas, yo la oigo desde la cama y cuando me levanto temprano ella ya está en la cocina ¡¡¡¡increíble de verdad!!!, no sé si a mí me gustará ser mama y dormir poco porque yo duermo mucho. Me gusta estar ahí toda calentita en la cama y sueño que tengo un caballo y el otro día soñé que era una médica muy buena y curaba a la gente como hace mi médico cuando estoy malita, le he preguntado a mama si hay chicas doctor que curan a la gente y ella me ha dicho que sí, así que le he dicho que yo de mayor seré como esas chicas y ella me ha regalado una bata como la del médico, blanca con bolsillos y me ha cosido mi nombre y una flor, es preciosa.

Ha pasado un año todo entero desde que papa se fue, y yo creo que ya no quiere volver con nosotras, cuando se lo he dicho a mama ella me ha dicho que no es que no quiera es que seguramente no puede y otra vez se le han puesto los ojos tristes. Ella me dice que he de ser buena porque papa desde el cielo me ve y quiere que me porte bien, y cuando hago algo mal o algo, miro enseguida al cielo a ver si papa aparece y me riñe, pero nunca pasa nada y es mama la que acaba sabiéndolo todo y eso que ella está aquí en la tierra, no se como lo hace para ver todo lo que hago, puede que sean los poderes del uniforme.

Yo tengo ya seis años, celebré el otro día mi cumple y vinieron todos los niños y niñas del cole, sople las velas todas de golpe y me hicieron muchos regalos. Mi mama me ha regalado una foto muy bonita en la que estamos ella y yo con papa cuando fuimos de excursión a ver la nieve, esta todo nevado y todos miramos a la cámara sonriendo, yo tengo la nariz muy roja porque hacía mucho frío, la foto esta en un marco que tiene un gato, a mí me gustan mucho los gatos, este es el mejor regalo de todos, mama la ha puesto en la mesita de noche y por la noche la miro antes de dormirme.

Ahora mi madre también estudia, ella va a un cole de mayores me lo ha contado, y lleva libretas y libros mucho más gordos que los míos, el otro día cogí uno y no me gustó nada, todo eran letras pequeñas y sumas y cosas, así que le metí a mama uno de mis cuentos en su cartera para que lo lea en clase y todos se diviertan y la quieran mucho. Yo no quiero estudiar de mayor, ¡que rollo! Se lo he dicho a mama y ella me dice que ha de estudiar para conseguir un trabajo mejor, ¡¡no me lo puedo creer!! ¡¡mejor que el super!!, eso me ha puesto muy contenta y ahora por las noches hacemos los deberes juntas en la mesa de la cocina después de cenar, mi madre dice que si sigo así pronto voy a ser más lista que ella y me da un beso muy fuerte.

Ahora tenemos un coche rojo, mi madre conduce muy bien ¡¡no atropella a nadie!! Yo no sé porque antes no conducía nunca y mi padre decía riéndose que mejor ella de encargada de los mapas, ahora no miramos nunca los mapas y vamos por toda la ciudad. Nuestro coche, es un coche que antes era de otra familia y aún lleva un osito de peluche colgando del espejo, mi madre y yo jugamos a imaginar de quién era este coche y donde ha viajado antes de ser de nuestra familia, yo digo que era de una familia con una niña pequeña como yo y con un niño más pequeño, un bebé, como el hermano de Claudia que es muy pequeño y va en un carrito y aún no habla ni nada. Mi mama dice que es el coche de una chica aventurera de esas chicas muy guapas que van a estudiar con mi mama al cole de mayores, y que esa chica ha recorrido todo el mundo con el coche y ha escalado montañas y has visto las pirámides de Egipto y todo. El otro día con mi mami vimos una cosa en la tele que hablaba de esas pirámides que dice ella, y allí no había coches rojos ni nada, sólo camellos y areeee-eeeeenaaaaaaa. No sé, yo creo que lo del bebé es más divertido que ir por ahí sola venga a viajar, mi madre dice que ya se lo diré yo misma dentro de unos años, pero yo creo que dentro de unos años pensaré igual, mi madre me oye decir eso y se ríe mucho.

Mi madre ya se ríe otra vez como antes y eso me gusta, ahora le ayudo mucho en casa y haciendo la compra, me ha explicado que la tengo que ayudar porque ella sola no puede andar por ahí recogiendo mis juguetes, limpiando, haciendo la cena..., así que yo le ayudo y lo recojo todo, en el super me deja que coja una cesta y yo llevé un montón de paquetes y todas las chicas con el uniforme mágico me dicen que qué bien que mí mama tenga quién la ayude y yo me pongo muy contenta.

Por la noche me acuesto y mi madre viene a darme un beso, le cuento cosas de mis amigas y del cole y ella me cuenta cosas de

su cole y de su trabajo, cuando me duermo aún la oigo andar por casa, porque... ¿¿Cuántas horas duerme una madre??

L'AMIC

Carmen Rufino Vell

Em va ser difícil d'acceptar que em feia vell, sobretot perquè un dia, poc després de morir la Rosa, vaig descobrir sobtadament que el món era un tren d'alta velocitat i que jo el contemplava des d'un banc de l'andana de l'estació.

Només feia uns dos anys, que diuen que gaudia de l'ociositat imposada per l'edat, que me l'havia guanyada a força de matinar i de treballar quantes hores havia pogut i més, que ara em tocava fruir de la vida i tot un seguit de bestieses per l'estil. Tots aquests arguments sense trellat ni forrellat que es diuen molt a la lleugera en aquestes ocasions. I la meua percepció de la realitat devia de ser del tot deformada, perquè el que jo sentia és que m'havien obligat a acceptar per la força un canvi de papers per al qual no em trobava preparat. Tot el que havia après a fer durant tants anys de vida professional, perdia tota la seua importància, ara que se me suposava oficialment i de manera impúdica una decadència senil i una debilitat de forces que jo veia encara a anys llums de les meues capacitats.

De primer, no vaig voler distanciar-me dels meus antics companys de feina, a qui visitava per tal d'assegurar-me que res no havia canviat des que m'havien penjat el cartell que pregonava a tothom que era ja un jubilat. Passava les meues noves i generoses hores acompanyant-los en les tasques, tan conegudes per mi i que de sobte, sense adonar-me'n, havien resultat ser només seues. I esperava. Sempre esperava que, a banda de l'alegria inicial i de les repetides paraules d'afecte, algú em demanàs un consell sobre qualsevol afer o em preguntàs on podia trobar no importa quin document. Emperò, de les visites, que cada vegada anava fent més espaiades, l'únic que vaig aconseguir compartir va ser el dolor per la mort de cert antic company i l'estranyesa de l'aparició insòlita de gent nova, que ni em coneixia ni em volia conèixer, i a qui infonia una condescendència pietosa en saber que havia treballat en la mateixa casa. Quan vaig entendre que ja no em recordaven, va ser quan el somriure educat d'una nova adquisició, que no sabia què fer-se amb mi, i que, per no deixar-me completament sol, em va oferir un poc de comprensió en un café. En aquell instant, diluït en aquell café tan amarg, em vaig veure reflectit a mi mateix, implorant una deixalla del que havia estat la meua vida d'abans. L'orgull em va arrancar un somris agre i trist, que no va saber pagar com calia l'amabilitat de la jove. A partir d'aquell dia ja no hi vaig tornar mai més.

Un altre dia, era aquell un diumenge com qualsevol altre, en què una família es reunia per a dinar, el pare, ja gran, amb els fills i els néts. La nora i el fill, enfeïnats, es movien contínuament per la cuina, on uns grans finestrans emmarcaven les tendres branques d'una mareselva, arrapant-se a la paret com immenses taques blanques i rosa, amb la mateixa tenacitat que jo m'aferrava a la conversa que mantenia amb el fill. A elles se'ls anava la vida enfilant-se sobre les rajoles pintades de color fang, mentre cercaven les càlides teranyines de sol que es mantenien sobre el cel desco-

bert del pati; a mi, la vida se m'esmunyia entre les paraules que cercaven interessar el fill i la nora, que esperaven forçar-los a seure i a oblidar els preparatius del dinar. Les nostres veus, quasi sempre tranquil·les, no deixaven per aquest motiu de tallar la monotonia que escampava el televisor per tota l'estança, si bé alguns mots discordants s'alçaven com un crit inesperat, com una pujada d'escalfor a les galtes que esclatava en un embarbussament, en una diferència d'opinió, que jo volia conscientment que fóra forta i contundent.

Per això, em va ser difícil d'acceptar que em feia vell, perquè el món va deixar de girar al meu voltant i era jo qui havia de cercar un centre vital, on no sempre era ben rebut, i acostar-m'hi amb la rapidesa i la decisió del ferro que s'agafa a l'ímant. Fer-se vell és haver d'aprendre a no compartir. Mentre un és jove comparteix amb els altres les coses més insubstancials. Parlar de la primera gràcia del nen pot ser tan interessant com riure sense cap motiu aparent, quan recordes aquell café que vas amanir amb sal; o aquell comentari sobre el primer gos que vam tenir, tan juganer que sempre s'enganxava amb tota la força de les seues dents a la granera i era un gust fer-lo botar enlaire; o l'anell de noccs, que havia perdut en la cambra i que mai més no tornaria a aparéixer, pot barrejar-se amb qualsevol maledicció adreçada al temps, que segur que anava a gelar i a deixar-nos sense taronges, o aquell concurs de pesca que vaig guanyar i encara no sabia explicar com. La Rosa i jo ho compartíem tot. Fins i tot les discussions, les nostres petites i sovintejades discussions. Arriba un moment en què la vida deixa de ser fer coses constantment, i és aleshores quan la paraula reprén la seua importància. De l'acció passem al desig de fer, tot plegat amb la impossibilitat d'acomplir-lo. Dir esdevé fer, dir és ser important per a l'altre que t'escolta, dir és existir, encara. La Rosa semblava entendre-ho com jo. I discutia i discutia. Contínuament. Com dos menuts enganxats a la màgia de les paraules. Com quan érem xiquets. I existíem.

Els fills, no. Ells no ho entenien. Creien que discutíem perquè ens havíem fet grans i teníem mal geni, que després de tants anys de conviure ja no en sabíem, que ens havíem tornat cada vegada més egoistes. Els joves no saben veure més enllà dels seus interessos, que solen acabar on arriba el seu braç. I creuen que ho saben tot, que ho comprenen tot, que ja estan a mitja volta de totes les experiències i que ser vell pot ser sinònim només de feblesa.

Ara, ells, els fills, vénen a veure'm una vegada a la setmana i creuen que ja han complit. Pare, què fa? Com es troba? Li cal cap cosa? Em donen un bes, o no se'n recorden, i se'n van. Sempre tenen pressa. Tanta pressa! Pressa per fer-se vells ben aviat. Però no se n'adonen. Pare, per què no encén el llum quan mira la tele? Ha sopat bé avui? Sí, fills, tot està bé. I se'n van, sempre se'n van. El meu amic, no.

El meu amic viu a la lluna de l'armari de la meva cambra. Amb mi, al carrer dels Àngels. S'hi va instal·lar tot just uns mesos després de morir la Rosa. Al principi em vaig sentir molt sol. Però ara ja no, perquè ell parla sempre amb mi.

.....

El vaig descobrir un dia que no feia sol. La cambra estava fosca, però l'espill resplendia. Jo anava parlant-me sol i em va sobtar veure-hi una ombra que es movia. No sé si té forma humana, no sabria assegurar-ho de totes totes. Ara, braços sí que en té. Uns braços i unes mans blanquíssimes. Ulls? sí, crec que sí, encara que no podria explicar com són. Però tenir-ne, en té. Tampoc no m'importa gens. Sé que ell hi és, això és tot. I ho comparteix tot amb mi.

La veritat és que és molt tímid i em va costar prou guanyar-me la seva confiança perquè pogués eixir de la lluna i baixar al saló,

a veure la tele i comentar les notícies amb mi. Devia ser per si el descobrien els fills. Clar que com només hi venien una vegada a la setmana, no hi havia res a témer.

Cada dia després de dinar jugàvem una partida de guinyot, jo li vaig ensenyar. I en va aprendre, el pillet, vaja si en va aprendre. Massa ràpid i tot, i em va acabar guanyant quasi sempre. Clar, com qui jo no m'hi veia massa bé,estic segur que m'hi feia moltes trampes. Tampoc m'importava molt, perquè m'agradava la seva companyia.

Una vesprada es va presentar el fill major sense avisar i ens va trobar jugant la nostra partideta habitual. Se'm va fer un nus a la gola, igual que un xiquet al que troben fent una malifeta. No el va veure. Va pensar que feia un solitari. Li vaig seguir el corrent. Ara, el que no vaig consentir és que segués a la mateixa cadira que el meu amic. Aquí no, fill, que està el meu amic. Agafa l'altre seient. Em va mirar estranyat, i segué sense contradir-me. Aquell dia no vam poder acabar de jugar, perquè mira per on, el fill semblava que no volia anar-se'n. Tampoc és que parlàs massa, es va limitar a fumar tres cigarretes i prendre's un nescafé. Es va limitar a ésser present. I prou. Però, mira, aquell dia no em va importar gens. Sobretot perquè el meu amic no feia més que picar-me l'ullet i fer-me senyals, i em feia riure mentre m'amagava de la mirada del fill i prenia una actitud seriosa. Aquell dia, dic, em vaig sentir rejuvenir, com quan de menuts jugàvem a amagar al mestre les ganvotes que volien imitar-lo.

Cada nit tornava a la lluna de l'armari. De primer, no em volia explicar res del que allí feia. Ja us he dit que era molt tímida, encara que jo no tenia secrets per a ell. Després em contava coses com si res. Les hi deixava caure com qui no vol i jo les guardava en la meua memòria. Vivía a l'espill perquè no tenia cos visible, com el

nostre vull dir, podies tocar-lo i sentir-lo, era càlid, suau, tot i que no el podies veure. Jo endevinava on era per la resplendor tèbia que emetia el seu ésser i ell, a poc a poc, em contava les seues coses.

Venia de molt lluny, però no havia vingut sol. Els seus amics havien fet altres amics, com ell mateix, perquè necessitaven molt d'afecte per a subsistir. Ell creia, que no tots vivien en la lluna d'un armari, perquè podien sobreviure a l'aigua i també als vidres de les finestres. Això sí, tots buscaven fer-se amics d'algú i esperaven. Que què esperaven? No mai m'ho va voler dir.

Un altre dia, sense tampoc avisar, es va presentar el fill menut i em va trobar a taula, com si estigués sopant amb companyia. Sobre la taula, dos gots i dos coberts, també dos plats de truita i una amanida. Es va riure. Pare, a què jugues? Que m'has parat taula a mi? No fill, no segues ací, agafa l'altra cadira. Vols que et faça una altra truita i sopes amb mi? Me mirà amb burla. Pare, crec que estàs massa sol. Podries venir a menjar a casa. A dormir, no, ja saps que no hi tenim lloc. Però podries passar el dia amb nosaltres i venir a dormir a casa teua. Et cal companyia. Mira, podries anar a recollir el Joan i la Sílvia a l'escola. Ens faries molt de paper i tu et distrauries. Fill, vosaltres no esteu mai a casa, treballeu i sempre treballeu. Els xiquets van a la piscina o a música. Què faig jo allí? Aquí tinc el meu amic. Ell m'hi fa companyia. Vosaltres teniu la vostra vida i jo allí no em trobe. Sóc vell. Veniu sempre que vulgueu però no em separeu de les meues coses ni del meu amic.

El fill menut es va enutjar i va voler seure a la cadira del meu amic. No sé com ho vaig poder fer, em vaig alçar ràpidament i li vaig agafar el braç. Aquí no. T'he dit que hi és el meu amic. No s'hi va voler quedar. Ni una abraçada, ni una mirada comprensiva.

Venia de lluny, d'una altra galàxia, i jo m'ho creia. Li calia afecte per a viure, i jo m'ho creia. També el necessitava jo. Volia conèixer-me i fer-me companyia, compartir la vida amb mi. I jo també ho volia. Per què no me l'havia de creure? És que els meus fills m'oferien quelcom millor?

Així que vaig continuar parant-li taula, fent-li el menjar, jugant la partideta de guinyot i àdhuc li vaig contar com havia conegut la Rosa, i com l'havia estimada tots aquells anys. Els fills deien que tenia al·lucinacions, demència senil, crec. I jo els deixava creure. Total, cadascú és feliç amb les seues manies i les seues no eren millors que les meues.

L'assumpte va començar a preocupar-me quan el major i el menut van venir junts a visitar-me. El seu posat era massa seriós i no em van portar la contrària quan els vaig assegurar que al meu amic li agradava molt veure aquella sèrie de la televisió. Deixaren la cadira buida i em va semblar que el saludaven. Em vaig sentir molt decebut. Volien internar-me en una residència i deien que allí faria, no un, sinó molts amics. Com si es poguessen canviar els amics com els cromos. Els vaig dir que ni pensar-ho. Se'n van anar dient la darrera paraula. La petició d'ingrés ja està feta.

Ara, què podia fer? Em trobava indefens. Qualsevol metge amic els ajudaria i jo em veuria reduït a ser "demència senil". Va ser aleshores quan el meu amic em va confessar què esperava. M'havia estat esperant tot aquell temps a mi. A que jo fos madur i suficientment disposat a donar un pas molt important. Ell era un ser d'una altra galàxia, venia d'un món més pacífic que el nostre, havien volgut comunicar-se amb els humans i explicar-nos que ens havíem equivocat, que ens calia valorar cada individu com el que era, una forma de vida única i irrepètible, que s'havia de defensar la vida amb les ungles, a dentellades si calia, que tots els

ésser vius compartíem un únic destí, un únic viatge a través del temps. S'havien trobat un home sord i cec, enamorat d'ell mateix i enemic de tot el que li portés la contrària, que s'havia enderiat a aconseguir diners i poder, fins a l'extrem de deixar-se morir i de matar. Amb ell no hi havia res a fer. En canvi, els infants i els vells ja no érem igual. Érem confiats, estimàvem els altres, els necessitàvem, podíem veure i sentir la veritat. Havien de fer-se amics nostres. I això era tot. Ara sabia la veritat i, si volia, podia acompanyar-los al seu planeta, a la galàxia d'Andròmeda. Ell també hi aniria, però algú el substituiria en aquella casa. Calia continuar la tasca que havien començat. Al seu planeta podria viure encara molts anys, però havia de desfer-me del cos i evolucionar fins una forma més pura, una mena de consistència gasosa i lluminosa que em mantindria viu, com ell ho estava.

No ho vaig dubtar ni un moment. Era el mes d'agost i la platja es va emplenar de gent gran a les cinc de la matinada. Els amics intercanviaren un collar amb nosaltres. Era una espiral de color verd, amb tres estels a la part de sota dels anells. La resplendor de la lluna plena sobre la superfície de la mar es confongué per un moment amb la claror dels habitants d'Andròmeda. Al cel relluïa una sorprenent lluna blava.

.....

Al nàixer de nou el dia, sobre l'arena jeia els cos inert i vell d'un home. Al seu rostre es dibuixava un somriure, tan clar i lluminós com la blavor de l'espill immens en què s'havia convertit l'aigua de la mar. Sobre el seu pit humit es cargolaven tirabuixons d'algues. Unes quantes gavines grataven insistentment les deixalles que la mar havia escopit al seu voltant.

.....

Al noticiari del migdia, una presentadora afirmà sense cap dubte ni indecisió que un ancià s'havia suïcidat aquella nit en la platja de la ciutat mediterrània de Caltana, durant la segona lluna d'agost. A la seua butxaca no hi havia cap carnet ni targeta identificativa. El suïcida no havia deixat tampoc cap carta de comiat ni nota d'explicació. La policia exhortava a la col·laboració ciutadana per tal d'esbrinar la seua identitat.

J A HO SAPS

Núria Vizcarro Boix

Hola vida, et deixe encara en el llit, adormit i espere que somiant en els nostres moments tendres i apassionats, avui ha sigut un dia molt especial per a mi, ja fa temps que ens trobem però cada dia sempre és com el primer i és tan agradable trobar algú que et faça oblidar els problemes diaris i les preocupacions, gràcies amor.

He d'anar-me'n, els xiquets estan a punt d'eixir d'escola i vaig quedar que aniria a buscar-los jo. Deixe el que ha sobrat del dinar a la nevera, si vols emporta-t'ho per a sopar, si no guarda-ho al congelador i ens ho mengem en la nostra pròxima trobada.

T'esperaré ací, al nostre refugi, imaginant com m'abrades i em fas sentir especial i desitjada. Fins la setmana que ve a la mateixa hora.

T'estime, ja ho saps.

.....

Hola amor, on estàs? Porte tot el dia esperant-te i no entenc què haurà passat. Potser no ens vam entendre o no em vaig explicar bé.

Avui he estat pensant en tot el que t'estime i mentre t'esperava em venien a la ment tots els moments bonics que hem passat junts ací, al nostre refugi, per a mi aquests són moments de descans absolut en què em sento viva un altre colp, creu-me, feia molt que no em sentia així al costat de ningú.

Ara me n'he d'anar, en casa ja deuen estar esperant-me per a fer el sopar.

Per cert, si véns emporta't la llet que hi ha encetada o es farà malbé. T'espere la setmana que ve i m'expliques què t'ha passat.

T'estime, ja ho saps.

.....

Hola, comence a estar un poc preocupada, com és que hui tampoc estàs ací? Porte tot el dia mirant pel balcó, esperant a veure la teua cara tranquil·la i discreta entre la gent. M'imaginava que hui s'aclariria el misteri i entre somriures i complicitats fariem l'amor demostrant-nos tot el que ens estimem.

No estic enfadada però no sé què pensar, no sé si t'haurà passat alguna cosa o si només és que t'ha sorgit algun imprevist durant dues setmanes seguides.

He hagut de tirar la llet per la pica, tenia un aspecte sospitos i començava a fer pudor. Vindré la setmana que ve, per favor estigues.

Amb amor, ja ho saps.

.....

Però ací què passa ? Tot està igual com ho vaig deixar. Ara sí que ja no entenc res, porte tot el dia esperant-te en el balcó i crec que m'he refredat. Quan vingues, si és que et dignes a venir, hauràs d'ajudar-me a penjar la cortina perquè m'ha agafat fred i per no entrar i agafar una manta m'he tapat amb ella.

No crec que estigues malalt perquè pareixies una persona molt saludable i si no pensaves tornar al meu costat m'ho hagueres pogut dir o almenys escriure'm una nota de comiat, no?

.....

Estic farta de fer el fava cada dia a la mateixa hora, només obrir la porta espere trobar-te sentat en el sofà, quan sent l'ascensor pense que seràs tu mirant-me com si no hagués passat res i quan me'n vaig tinc la sensació que hauria d'esperar-me un poc més no siga cosa que ens creuem per les escales. Això és un estrés i jo ja tinc la vida prou complicada com per a haver-me-la de complicar més. Comence a pensar que has passat de mi però encara no entenc perquè. Fes el favor de dir alguna cosa o m'enfadaré de veritat.

Potser ja no t'estime tant, no sé si ho saps.

.....

Va ja està bé de bromes, aquesta setmana m'he dedicat a passejar-me per davant dels hospitals a veure si en alguna finestra hi havia algun cartell penjat dient-me, hola estic ací, no t'enfades, i

quan no passejava pels hospitals caminava sense rumb mirant les cares de tots els desconeguts, a veure si trobava els teus ulls còmplices rient i tocant-me el cul fent-me entendre que tampoc n'hi havia per a tant, que aquesta setmana ens veuríem. Però no he trobat res, ni cartells, ni ulls, ni hòsties. A casa ja m'han dit que em veuen un poc estranya, no sé molt bé com acabarà tot açò.

.....

A la merda, ara sí que ja s'ha acabat, ja no ho aguante més, no crec que tornes i si ho fas no vull continuar amb aquest joc. Ja no és divertit i em fa l'efecte que mai ho ha sigut

Al final m'han obligat a anar al psicòleg, les ganes de trobar-te han desembocat a enganxar a tot el món que passa pel carrer i preguntar-li per tu. He hagut de contar-li al meu psicòleg la nostra història i m'ha fet moltes preguntes estranyes, com ara si tenia alguna foto teua o alguna cosa que verificara la meua història i la teua existència, diu que de vegades la nostra ment fa coses inexplicables i busquem refugis mentals per a fugir de la nostra vida, no ho he acabat d'entendre.

Tornaré la setmana que ve, encara que només siga per dir-te adéu definitivament.

.....

El psicòleg m'ha dit que t'oblide, que hem arribat a un punt de la teràpia en què és necessari mirar endavant i oblidar el passat, i que moltes vegades hi ha coses que només passen al nostre interior que són tan importants com les de l'exterior. Així que jo interiorment et deixo, per a mi la nostra història ja està oblidada i a partir d'ara em comportaré com si mai no hagués passat.

De totes maneres t'he de dir que aquesta tonteria de no donar-nos els telèfons, de trobar-nos sempre al mateix lloc a la mateixa hora eren coses de xiquets i no de persones com cal. A més pense que en el fons ets un immadur que mai podrà tenir un vida decent, tant de romanticisme i tanta tonteria mai han sigut bones i tampoc ets tan meravellós i el meu psicòleg és molt millor que tu i jo molt millor que els dos junts.

M'enduc el DVD que és meu i a casa l'han trobat a faltar com tantes altres coses que vaig anar duent a ací i mai hem arribat a utilitzar. T'avise que vaig a posar a la venda el nostre estimat refugi que només són quatre parets mal col·locades sense cortines ni calefacció. Així que bon viatge i fins mai.

Si algun dia em veus pel carrer no em saludes, ja ho saps.

.....

Estimat amic, ha passat molt temps i tantes coses que no val la pena ni recordar-les. Avui he passat per davant del nostre refugi i he entrat. Al final no vaig poder-lo vendre, em sentia com venent una part de la meua vida i ho vaig deixar tot com l'última vegada que vam estar-hi junts.

He trobat un brick de llet per encetar damunt la taula i la cortina del balcó penjada. La puntualitat mai va ser el teu fort, ara ja ho sé.

